

R. P. FRAY HUMBERTO CLÉRISAC O.P.

# *EL MISTERIO DE LA IGLESIA*



[www.traditio-op.org](http://www.traditio-op.org)

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

## Prólogo

El Misterio de la Iglesia es la plenitud de los Misterios: es *nuestra* inserción viva en el organismo de los misterios sobrenaturales.

Nuestra inserción. Y andarnos la mayoría de los hombres desenraizados. En estos momentos del mundo, quemados con derroche infantil nuestros tesoros espirituales, nos encontramos un poco en el vacío, desgajados; solos con la terrible soledad de la pequeñez individual, sin arterias íntimas que nos integren en una comunión de corazones por comunicación de vida. Está en sequía el mundo.

¿Cuántos cristianos en esta hora angustiosa sienten el orgullo y la alegría profunda de ser ramas vivas de un árbol exuberante de vida? Porque el cristiano en el vértigo de las conmociones tiene que centrarse en la serenidad del que posee solución total y final.

Es hora de reencontrar las deliciosas alegrías del Hogar cristiano. De mirar adentro de nosotros mismos, para no estar solos: para captar en lo más interior del alma el botón jugoso por donde nos injertamos en la gran Comunidad de la vida, del amor.

Somos miembros del Cuerpo Místico. Somos la Iglesia. Y es triste que esta idea, que entusiasmaba a un espíritu de talla tan humana y exigente como el de San Agustín, deje fríos a los hombres de ahora. Sin duda, por falta de penetración en su contenido. Resbala el entendimiento por roca pelada, cuando el corazón está arraigado en la hondura de su fertilidad. Ser Iglesia (¿cuántos saborean esta fórmula vibrante?), pertenecer a la Iglesia, para muchos no es más que estar inscritos, haber sido inscritos antes del uso de razón en una sociedad encargada de velar por las buenas costumbres. Una sociedad benemérita, sin cuya intervención en el mundo quizá el salvajismo camparía a sus anchas: educadora, moralizadora, promotora de obras maravillosas de caridad y de enseñanza. Da buenos consejos. Las obligaciones, aunque fastidiosas, ocupan poco. ¿Media hora a la semana? Queda tiempo para dedicarse a la *vida propia*. Por lo demás, la desazón de esa media hora acaso se compense si nos sirve de salvoconducto para un posible viaje por el más allá, cuando se haya acabado la vida. Naturalmente, esta sociedad —cargada de años— seguirá todavía empleándose en la educación de los niños y el cuidado de los enfermos. ¿Por qué no? Lo ha venido haciendo y no mal. Casi por inercia. Pero calmar las angustias más vitales del mundo contemporáneo... Y no se arredran ante la afirmación: la Iglesia está gastada. Como si dijéramos: la República francesa está gastada.

Como explicación de esta postura escribimos la palabra *ignorancia*. ¿Culpable? ¿De quién es la culpa? No importa. El hecho es: ignorancia. Palabra dura y al mismo tiempo esperanzadora; llena de posibilidad de redención, de luz. Y para la luz pueden ser ventana libros como el del P. Clérissac: *El Misterio de la Iglesia*<sup>1</sup>. Ventana, porque la luz ha de venir de los cielos. Invito al lector a asomarse. Está el aire puro y cargado de esencias.

\* \* \*

---

<sup>1</sup> La primera impresión en lengua española de *El Misterio de la Iglesia* fue publicada en Buenos Aires en 1933 por los Cursos de Cultura Católica, en edición limitada.

El P. Clérissac murió antes de poner en su trabajo la última mano. “Al publicarlo — escribe Jacques Maritain en el prólogo a la edición francesa— cumplimos con un deber de piedad, mezclado de tristeza, pues este resumen, muy substancial, pero excesivamente condensado, sobre el *Misterio de la Iglesia*, no pudo ser perfeccionado por su autor y queda inconcluso. El Padre Clérissac tenía la intención de desarrollar ciertas partes y redactar de nuevo el capítulo VII, que trata de *La Misión y el Espíritu*. Murió antes de escribir el último, sobre *Las Fiestas del Misterio de la Iglesia*. Más que un tratado, lo que damos a publicidad es, pues, un conjunto de pensamientos y fragmentos. No obstante lo cual, esperamos que, en esta alta meditación, interrumpida por la muerte, encuentren muchas almas el alimento que apetecen”.

El P. Clérissac nos hace atravesar esa capa superficial de contextura jurídica, puramente humana, a que queda reducida para muchos la Iglesia, y nos introduce en el Misterio de Iglesia, en la realidad sobrenatural palpitante que hay dentro. Sus capítulos son cortos y densos; pinceladas calientes, saturadas de color, chorros de luz. Y todo sobre un fondo de luminosa serenidad, como corresponde a la serenidad hondísima del Misterio mismo. Se complace en subrayar caracteres constitutivos, matices reveladores. La densidad con que intenta encerrar su riqueza desbordante parece dar un poco la impresión de piezas yuxtapuestas; pero en el fondo y a lo largo del libro late —y a poco que se mire, surge— su unidad orgánica, la simplicidad fecunda, que es el encanto de todas las grandes ideas y de las grandes cosas.

Me permitirá el lector señalar el engarce de las piezas, presentarle la maravilla gozosa del organismo. Y me perdonará el atrevimiento de enmarcar joyas en oropel.

\* \* \*

El Misterio de la Iglesia es una comunión de vida. Para entenderlo hay que remontarse a las alturas de la Vida sobrenatural, que es contacto con la vida de Dios, con la *Vida...*

¿Qué angustia se resuelve sin arribar a eso? ¿Nos vamos a quedar con la perspectiva heideggeriana de la existencia trágica? ¿Vivir para morir? Realmente, esa es la atmósfera en que se debaten los hombres. Y el problema del hombre —sumergido en limitaciones, ahogándose en el acabarse irremediable de su ser y de las cosas— resulta pavoroso si no hay una Vida inmortal o si no hay medio de volcarse en ella.

Ningún espíritu grande (de pensamiento y de corazón) ha dejado de inquietarse por establecer contacto con una Plenitud trascendente. Ninguno se ha aquietado sin él. Porque ese trascendente lo llevamos clavado en carne viva en lo más inmanente de nuestro ser.

Sin él no tiene sentido la vida, no estamos situados en ella.

Pero la *Vida* —humíllense los filósofos soberbios— no adquiere sentido sólo por una relación metafísica de dependencia esencial. Exige comunicación de mente y corazón. Lo único grande que hay en la esfera de lo terreno es el conocimiento y el amor mutuo entre los hombres. ¿Es posible que esta comunicación vital caduca adquiera su sentido de *vitalidad perenne* con una suprema comunicación plenaria?

¡Alegría! En la noche de nuestras búsquedas filosóficas se nos enciende la Revelación de Cristo. Dios no es una fuerza fatal y hosca. Cristo levanta el velo de sus intimidades. Regalo inmerecido. Dios es plenitud de vida. Y como plenitud, comunicación. El conocer y el amar tienen en El Personalidad: son algo sustancial, totalitario. El entregarse de Dios es sublime. Pone todo su ser en el propio conocimiento y amor. Toda la vida de Dios en el Padre, toda en el Hijo (Dios conocer), toda en el Espíritu Santo (Dios amor).

La grandeza del Misterio nos aturde; y está tan lejos que su belleza se nos convierte un poco en aridez matemática. Pero de ahí viene toda vida. Y nuestra vida eterna será tener ojos para verlo de cerca. Lo que ya sabemos es sorprendente. Hay Conocimiento Infinito, hay Amor Infinito: [*Misterio de la Santísima Trinidad*].

Y hay posibilidad de entrar en comunión vital, familiar con esas Personas-Vida. Posibilidad que nosotros ni sospecharíamos; porque aplasta nuestra pequeñez; trasciende los límites de nuestras exigencias y capacidad. Es pasmoso que ya en el momento en que da ser al primer hombre, Dios le admite (y con él a toda la descendencia) a su intimidad. El hombre nace con vida sobrenatural.

Error, soberbia de muchos será confundir esa vida originaria con la vida natural, la que corresponde a la naturaleza del hombre. No; no es exigencia del hombre. Este tendría que contentarse con llegar a Dios por el esfuerzo trabajoso de sus facultades naturales, filosóficamente. Es una manifestación gratuita de Dios mismo, participación de lo más propio e íntimo de Él. [*Misterio de la Creación en un estado sobrenatural*].

Y viene la ruptura. La familia humana se hace indigna de la comunión con Dios... Desde entonces queda abandonada a sus fuerzas naturales, presa en la malla de sus desequilibrios. No agradan a Dios Trino los intentos fatigosos de esas facultades por conocerle y amarle, por llegar a Él. Son, además, inútiles. Dios quiere para ellas la vida sobrenatural. Si no la viven, no es por falta de Él. No se ha retractado. El fin del hombre sigue siendo únicamente el contacto íntimo con la Santísima Trinidad. Pero no puede tenerlo. Desgracia culpable. La historia del mundo es trágica: atisbos, aspiraciones luminosas; y realizaciones mezquinas, forcejeos alocados e ineficaces, desesperación... [*Misterio del pecado original*].

La reconciliación es Jesucristo. Una Persona-Vida, el Hijo, es hermano nuestro: es hombre. Nació de la Virgen María. Ese hombre no ha perdido nunca el contacto íntimo con la Vida de Dios: es Dios. La Persona del Señor vive la vida Trinitaria y vive nuestra vida humana.

Es la suprema Revelación y Comunicación de Dios: Dios mismo revelado y comunicado. Dios hecho uno de nosotros. Cristo no es portador de buena nueva: Él es la Buena Nueva. En la cerrazón que ahoga los impulsos del alma irrumpe una luz avasalladora: la Verdad y la Vida de Dios se nos entregan. El Verbo se hace carne.

Ese hombre-Dios es la realización de todos los ideales humanos. Su sola presencia en el mundo es una glorificación y una dignificación optimista de toda la familia humana. Es, naturalmente, la cabeza y el representante de todos sus hermanos.

Es el Maestro-Luz. Para irradiarla, habla y convive con nosotros. Gozo incomparable el asomarse a su vida histórica, concreta, allá en un extremo de nuestro Mar Mediterráneo, hace veinte siglos, en los primeros años del gran Imperio Romano. Es una ventana abierta a lo divino: se palpa la nueva manera de concebir y vivir la vida. En contacto íntimo amoroso con Dios Padre. La vida es oración. Jesús nos habla del Padre. Sus palabras despegan los corazones de una vida congojosa; se abren a la confianza. Él mismo, bajado del Padre, se nos presenta como camino para subir al Padre.

Jesucristo es el *Sacerdote* de la humanidad, el encargado de nuestras relaciones con el Padre: sumisión amorosa, agradecida, humilde, petición confiada... Este reconocimiento obligado de una total dependencia del Creador no se simbolizará ya con la oblación de una víctima representativa. En todo caso esto nunca podría levantar esas relaciones a aquel plano de intimidad familiar, que es la vida sobrenatural, primigenia. Pero Jesús está en ese plano de vida. Lo que haga Él como hombre, hermano nuestro, tendrá valor infinito de oblación y aceptación; porque ese hombre que pide y alaba es Dios. Por amor a la gloria del Padre y por amor a sus hermanos Jesucristo hace oblación de su propia vida. Oblación que culmina en la Cruz. Es un hombre el que se ha ofrecido; y es

representante de todos los hombres. ¡Estamos redimidos! Hemos logrado —se nos ha dado— que uno de nosotros sea Hijo de Dios, objeto de las complacencias del Padre [*Misterio de la Encarnación*], y se lo hemos presentado al Padre como alabanza y reparación. El Padre acepta a su Hijo; y acepta a todos los que su Hijo le presente como unidos a Sí: por Él no sólo está dispuesto a perdonarles, sino a admitirles de nuevo a la intimidad de su vida con el Hijo [*Misterio de la Redención*]. “*Sicut per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi: ita et per unius obeditionem, justi constituentur multi*”<sup>2</sup>. Por ser de la familia de Adán, el pecador, nacemos enemistados con Dios; tenemos ahora un nuevo Adán, justísimo: los que sean de su familia gozarán de la amistad de Dios. Así fué vencido el pecado, así fuimos liberados de la esclavitud en que nacemos.

“*Propterea sicut per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit...*”<sup>3</sup>. El triunfo sobre el pecado es también triunfo sobre la muerte. La *Resurrección* de Cristo es una glorificación de nuestra cabeza, y en ella de todos nosotros. Son las primicias. Los que son de Cristo tienen la garantía para después de la Pasión de una felicidad perfecta en el cuerpo y en el alma. Solamente los cristianos pueden mirar con exaltación de triunfadores el dolor y la muerte.

\* \* \*

Así, pues, Cristo no sólo nos enseña el camino al Padre: nos lo abre, nos lleva por él. Él es el camino. El punto de sutura con la divinidad. Ha bajado hasta nosotros para levantarnos hasta Él. El Hijo de Dios, heredero sin muerte de toda la vida del Padre, se hace hermano nuestro. Hermanos del hombre-Dios..., coherederos con Él de la vida del Padre. Con Cristo se inscribe nuestra vida en la órbita perfecta, circulación de vida torrencial e infinitamente serena de la Trinidad. Al estar con Cristo, la plenitud de la vida y el amor divinos, el entregarse de Dios, el “abrazo del Padre y del Hijo”<sup>4</sup>, el Espíritu Santo se desborda sobre nosotros. La vida trinitaria nos envuelve. He ahí toda la obra de Cristo: ante la vista del Padre nos cubre con su Amabilidad Infinita, para que, fundidos en una sola cosa con El, “*el Amor con que Tú me has amado esté en ellos*”<sup>5</sup>.

La obra reconciliadora y vivificadora de Cristo se hace realidad en cada uno de nosotros, cuando habita en nosotros *el Espíritu de Cristo*.

“*El Espíritu da testimonio a nuestra alma de que somos hijos de Dios*”<sup>6</sup>. Por eso no reina en nosotros el espíritu de temor a lo siervo, sino el de *hijos adoptivos* en el seno de la familia, y por éste clamamos (el mismo Espíritu clama en nosotros) *Abba, Padre*<sup>7</sup>.

Para que —como hijos— podamos entrar en contacto vital y personal con la vida de Dios, la efusión del Espíritu produce en nosotros una *participación de la naturaleza divina*<sup>8</sup>, una cierta divinización. La nueva filiación es una *regeneración*. Hay una maravillosa pero realísima transformación de lo más íntimo del alma, capacitándola para penetrar y entregarse a Dios en una mutua posesión de conocimiento y amor. Como Jesucristo y por Jesucristo. Esta sublimación a nuevo conocimiento y amor a lo divino, esta comunidad de Vida nos hace *amigos de Dios*. El hombre nuevo se revela en ese *trato amistoso*: por la fe “*Dios se revela inmediatamente en el alma como aquel que la*

---

<sup>2</sup> Rom. V, 19.

<sup>3</sup> Rom. V, 12

<sup>4</sup> San Bernardo.

<sup>5</sup> Jn. XVII, 26; Oración de Jesús al Padre en la Última Cena.

<sup>6</sup> Rom., VIII, 16.

<sup>7</sup> Rom, VIII, 15; Gal., 1, 6.

<sup>8</sup> II Ped. I, 14.

habla”<sup>9</sup>. Y el amor, la *caridad* nos adhiere a la vida de Dios, en cuya posesión nos gozamos; y abraza con generosa totalidad a todos los que poseen la misma vida.

Este abrazo de caridad es eterno, no pasa jamás; pero durante el tránsito por el mundo está velado por oscuridades e imperfecciones. El cristiano *espera* aún la *Redención perfecta*, la manifestación de toda la gloria de los hijos de Dios: una inmersión plena en la vida de Dios, con la definitiva *redención del cuerpo*. “*Ahora vemos por un espejo y oscuramente, entonces veremos cara a cara..., conoceré como soy conocido*”<sup>10</sup>. “*Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es*”<sup>11</sup>.

El Espíritu que nos consumará en la vida está ya en nosotros. El Consolador nos ilumina y estimula en nuestra peregrinación. Tenemos el *germen* de la gloria futura [Misterio de la Gracia].

Y entramos en el *Misterio de la Iglesia*. Que no es más que el Misterio de la Gracia, la vida en el Espíritu de Cristo, desarrollándose en una gran Comunidad Plena y Una. “*Doquiera que en la tierra haya vida verdadera*<sup>12</sup>, *hay una vida creadora. La vida se enciende al contacto con la vida. Tiene por ley de esencia el afán de expansión, de nueva formación, de crecimiento, conservando siempre su unidad orgánica. Siempre en crecimiento y siempre fiel a sí misma, esto es la vida. Así también la vida del Resucitado en la tierra, si es que sea vida verdadera, debe mostrarse como vida de una unidad orgánica infinitamente fecunda, de una comunidad con bríos de creación. Esta nueva vida no puede hallarse en lo individual y aislado, sino tan sólo en la vida pujante de una grande y santa comunidad.*”

Los que viven la vida de Cristo constituyen una familia. El *renacer* (por el *Bautismo*) es precisamente una inserción en el gran Cuerpo, vivificado por el espíritu de Cristo. “*In uno Spiritu omnes nos in unum corpus baptizati sumus*”<sup>13</sup>. La vida de Cristo se vive solamente en su Iglesia. En esta gran familia todo nos viene por Cristo, todo lo tenemos en Cristo, *lo es todo Cristo*. Todo lo que hay de grato al Padre, todo lo que es efusión amorosa del Padre se cifra en su Hijo. Nosotros, en cuanto nos agregarnos y nos fundimos en una sola cosa con el Hijo.

Cristo es la *cabeza*: el miembro más noble, en el que habita la plenitud de la Divinidad<sup>14</sup>, el primogénito de los muertos, que tiene la primacía sobre todas las cosas<sup>15</sup>. Es la fuente de todo *influjo vital* en el cuerpo: no hay gracia que no nos venga por Cristo. Sólo por Él va creciendo y perfeccionándose el Cuerpo.

Tanta es la identificación con Cristo, que, uniendo Cuerpo y Cabeza, se puede decir—lo dice San Pablo—: la Iglesia *es Cristo*. No somos nada sino *en Cristo*. Y Cristo actúa su misión redentora y glorificadora *en nosotros*: venimos a ser el complemento y la *plenitud* de Cristo<sup>16</sup>. “*Christus totus, Corpus et Caput*” (San Agustín): Cabeza y Cuerpo: *Cristo total*.

Esta gran plenitud está muy por encima de ser una simple sociedad unida por relaciones jurídicas de obediencia a una autoridad y subordinación a un fin; no es comunidad como suma de individuos, como resultado armónico de opiniones particulares, sino co-

---

<sup>9</sup> Scheeben: *Las Maravillas de la Gracia Divina*. Desclée, Buenos Aires, 1945.

<sup>10</sup> 1 Cor., 13, 12.

<sup>11</sup> 1 Jn. III, 2.

<sup>12</sup> Karl Adam: *Cristo nuestro hermano*. Herder, 1940, páginas 182-83.

<sup>13</sup> 1 Cor. XII, 13.

<sup>14</sup> Col., I, 19.

<sup>15</sup> Col., I, 18.

<sup>16</sup> Ef. I, 23.

munidad como *ser*, como una unidad supra personal anterior a cada individuo y necesaria para que éste pase a ser miembro de la comunidad<sup>17</sup>. Cristo y nosotros constituimos en un sentido profundamente vital una *Persona*. Jesús *siente* en nosotros como en cosa suya. Es emocionante la escena en el camino de Damasco. Saulo, que no había conocido a Jesús, persigue a los fieles. Postrado en tierra oye que le dicen: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?... Yo soy Jesús, a quien tú persigues*”<sup>18</sup>. Comentario genial de San Agustín: “*Calcato pede, clamat Caput*”. Pisado el pie, dama la cabeza.

Esta unidad supra personal es fruto del Amor. “*El que se adhiere al Señor, es un espíritu con Él*”<sup>19</sup>. Cristo cabeza nos da *su mismo Espíritu*. El Espíritu de Cristo es el *único* principio interno de vida y unidad en *todo* el cuerpo: “*un solo cuerpo y un solo espíritu*”<sup>20</sup>. Es el *alma* de la Iglesia.

El alma reduce a la *unidad* la *diversidad de órganos* que integran el cuerpo. Ella actúa en la variedad de sus operaciones, que confluyen armónicamente al perfeccionamiento del todo.

El Espíritu hace surgir en la Iglesia una floración de solicitud mutua: y para ello reparte sus dones y carismas en órganos jerárquicos y no jerárquicos; suscita instrumentos ocasionales, para enseñanza, estímulo... El Espíritu excita la vitalidad orgánica del Cuerpo según las circunstancias de cada tiempo. En la Iglesia primitiva, para imponer al cristianismo como fuerza divina completamente nueva contra el ambiente pagano, el Espíritu se desbordó en los fieles con una plenitud arrolladora; incontenible. Los cristianos sentían la audacia y la alegría tempestuosa de verse movidos por el Espíritu. A medida de la donación de Cristo recibían para la mutua edificación muy diversos dones: de lenguas, de profecía, de milagros...

San Pablo no se cansa de avisar: “*Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu... Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere. Porque, así como siendo el cuerpo uno tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único, así es también Cristo [Cristo-Iglesia]. Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo cuerpo, y todos, ya judíos, ya gentiles, ya siervos, ya libres, hemos bebido del mismo Espíritu. Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos... Los miembros son muchos, pero uno solo el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: no tengo necesidad de ti... Aún hay más: los miembros del cuerpo que parecen más débiles son los más necesarios, y a los que parecen más viles los rodeamos de mayor honor... [Así lo dispuso Dios] a fin de que no hubiera escisiones en el cuerpo, antes todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. De esta suerte, si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan. Pues vosotros sois el Cuerpo de Cristo...*”<sup>21</sup>

El Espíritu de Cristo anima un Cuerpo *visible*. Cristo organiza una sociedad perfecta y universal; con una determinada estructura jurídica, externa y jerárquica, conforme a la condición de los hombres. Con una cabeza visible, vicaria de El: Pedro y sus sucesores.

Y esa sociedad recibe la misión de Cristo a la faz de los hombres, como la había recibido Él del Padre. “*Como me envió mi Padre, así os envío Yo*”<sup>22</sup>. Es la misma misión de Cristo, son los mismos poderes. La Iglesia seguirá actuando a los ojos de los hombres la vida de contacto con Dios, la misión del Señor. Los tres grandes oficios y poderes de

---

<sup>17</sup> Karl Adam, *op. cit.*

<sup>18</sup> Hech. IX, 4-5.

<sup>19</sup> I Cor. VI, 17.

<sup>20</sup> Ef. IV, 4.

<sup>21</sup> I Cor. XII, 4-31.

<sup>22</sup> Jn. XX, 21.

Cristo (Maestro, Rey, Sacerdote) se continúan en los tres grandes poderes, que son el eje de la constitución orgánica de la Iglesia: Poder de Magisterio, Poder de Jurisdicción y Poder de Santificación o Sacerdotal. Su finalidad es la gloria de Dios, la vida *sobrenatural* de los hombres: cuya consumación será la Visión beatífica en los cielos. Por eso tales poderes no tendrán *continuidad y eficacia* a lo largo de los siglos sino es por un *influjo permanente* de Cristo (“*Yo estaré con vosotros siempre...*”), por su *Espíritu*. La acción del Espíritu se inserta en la acción jerárquica y visible. La gracia del Espíritu responde a medios visibles (los Sacramentos).

La Iglesia no se lanzó al mundo hasta que recibió el Espíritu prometido por su Fundador. Desde el día de Pentecostés el Espíritu es el conductor, el animador, el iluminador de la Iglesia y de cada uno de sus miembros. Es el principio y la garantía de su *unidad* externa e interna: de la *unidad-caridad* en Cristo, que fué la gran petición de Jesús al Padre en la Última Cena.

Esta *unidad en Cristo* florece en *Santidad*, que es unión con la Vida Trinitaria por Cristo; en *Apostolicidad*, que es *pervivencia* real de la organización inmediata de Cristo; en *Catolicidad*, que es la unidad en la plenitud, Cristo asimilándose todos los pueblos y culturas, sin dividirse, sin perder nada de su fuerza...

Unidad en Cristo, que se ha de entender a la luz de la ecuación Iglesia-Cristo, del *Cristo total*. Todo lo que es la Iglesia lo es en Cristo y por Cristo. Por tanto, la Iglesia no es simplemente la *continuadora* de la obra de Cristo. La Iglesia *es* Cristo. Cuando se dice que los sacerdotes son *alter Christus*, no se olvide que esta frase equivale en fuerza a *son* Cristo. Jesús no es “*una noticia sorprendente, sublime de los tiempos pretéritos*”. Por medio de la Iglesia Cristo Jesús viene a ser un poder inmediato del presente... La Iglesia Católica no tan solo confiesa a Cristo Jesús, sino que le *tiene* y le abraza en sus misterios. Sabe que está verdadera y realmente unida con Él, que es carne de su carne, espíritu de su espíritu, su *plenitud*, su *cuerpo*... Nos hallamos... ante la manifestación constante de la vida del Cristo resucitado. Si con fe y amor me sumerjo en esta vida, siento la fuerza de Cristo como la sintió la hemorroisa al tocar la fimbria de su túnica, como la sintió Tomás al poner su dedo en la Haga del Resucitado. El Jesús de ayer se trueca para mí en el Cristo de hoy. Cada una de sus palabras, hace siglos pronunciadas, irrumpe en el momento que vivo y se hace *espíritu y vida*. Por esto la Iglesia Católica, mediante su vida que continuamente brota de Jesús, suprime en Jesús el tiempo y en sus palabras las letras. Ella es la vida pujante del Resucitado, del Cristo que se desarrolla en la historia; es la plenitud de Cristo<sup>23</sup>.

Sencillamente. Todo lo que sea *unión vital* con el Padre únicamente Cristo lo puede hacer: en Él está toda la vida. Toda la eficacia interna de la labor de la Iglesia en todos los siglos y en todos los pueblos es obra inmediata y exclusiva de Cristo por su Espíritu. Pero Cristo se presentó entre los hombres lleno de gracia y simpatía, atrayéndolos con el encanto de su mirada, la dulzura de sus palabras, la bondad palpable de sus milagros. Cristo acercaba a los hombres con el milagro de su presencia *visible*; y una vez junto a Sí, su gracia obraba los milagros invisibles del alma.

Ahora esa acción social, externa y visible de Cristo la realiza su Iglesia. No sólo los sacerdotes: toda la Comunidad, impulsada por los sacerdotes, ha de revestir el *atractivo* externo de Cristo. El espectáculo de su unidad, resultado del dominio de la caridad en todas las manifestaciones de la vida, es el gran medio apostólico indicado por Jesús para hacer sentir a los de dentro y a los de fuera la presencia y la legitimidad de la misión de Cristo. “*Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a estos como Tú Me amaste*”<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> Karl Adam, *op. cit.* págs. 184-185.

<sup>24</sup> Jn. XVII, 23. Oración Sacerdotal de Jesús.



Ya se comprende cuán profunda verdad tienen las expresiones que suelen aplicarse a los sacerdotes, y deben aplicarse también a toda la Comunidad Eclesiástica: le prestan, son las manos, los pies, los ojos, la boca de Cristo.

Y no hay metáfora de ningún género en aquello de San Agustín: “*No es Pedro, no es Pablo el que bautiza, el que predica; Cristo bautiza, Cristo predica.*”

Y aquí está toda la grandeza del Misterio de la Iglesia. En estos momentos, cuando ya hace veinte siglos que Cristo desapareció del escenario humano, sigue siendo Cristo en el mundo el *único* glorificador del Padre, el único que aplaca, el único que ora; toda la acción de los hombres sería inútil sin la presencia íntima de Cristo. Pero Cristo necesita de la comunidad de fieles de este siglo XX: Lo está haciendo para ellos, con ellos, por medio de ellos. Cabeza y Cuerpo. *Cristo total* es quien bautiza y predica. La Iglesia es Cristo total. Unidad de vida.

\* \* \*

Los títulos de la obra del P. Clerissac responden a esta línea esquemática:

¿Qué es?

1) La Iglesia es una realidad vital sobrenatural.  
 (“Palabras preliminares”).

2) ¡La Iglesia es Cristo!  
 (“La Iglesia en el pensamiento de Dios”).  
 (“Cristo en la Iglesia y la Iglesia en Cristo”).

3) Personalidad característica de esta sociedad.  
 (“La personalidad de la Iglesia”).

¿Qué hace?

4) Culto.  
 (“La vida hierática de la Iglesia”).

5) Magisterio.  
 (“El don de Profecía en la Iglesia”).

6) Régimen.  
 La personalidad individual en el cauce jerárquico.  
 (“La Iglesia, Tebaida y Ciudad”).  
 (“La Misión y el Espíritu”).  
 (“Maternidad y primacía de la Iglesia”).

Los tres primeros apartados entran dentro del marco de ideas que acabo de esbozar.

Unas palabras sobre los siguientes.

La vida hierática de la Iglesia. Capítulo precioso. La idea fundamental es ésta. La misión primaria de Cristo-Sacerdote es dar culto al Padre a la cabeza de todos los hombres: revestir de aceptabilidad nuestras relaciones religiosas, que se reducen a las condensa-

das en los cuatro fines del sacrificio: *latréutico* (adoración, alabanza), *eucarístico* (acción de gracias), *impetratorio* (petición), *satisfactorio* (por los pecados).

Sólo el Sacrificio de la Cruz es acepto al Padre. Sólo uniéndonos a Él podemos agradecer al Padre y sentir su benignidad. En la Cruz está toda nuestra vida.

¿Será, pues, necesario que a la altura del siglo XX vuelva la Iglesia los ojos de su recuerdo al Calvario, para poner por delante de su oración al Padre la figura salvadora de Cristo Crucificado? Sí, pero ¡de qué modo! Todo lo que llevamos dicho sobre la presencia continua de Cristo en la Iglesia, sobre la unidad de Cristo-Iglesia se realiza de un modo extraordinariamente concreto en la *Eucaristía*. ¡Recuerdo en que se presenta la persona recordada!

La vida está en la Cruz. Los que han de recibir esa vida son los hombres y las generaciones del siglo X, del siglo XV, del siglo XX. Pues la Iglesia *actual*, la de cada generación, tiene presente el cuerpo de Jesús, a Jesús. Y ese cuerpo crucificado y resucitado, por el cual nos da la vida el Padre, se lo ofrece en este momento al Padre. Es el mismo sacrificio del Calvario, la aplicación de su vitalidad. La Iglesia se reúne en banquete de amigos con Jesús, exactamente como en la Última Cena. Al ver el Padre en medio de nosotros al Jesús crucificado, que está en el Cielo presentándole las llagas, por las que está dispuesto a darnos vida, el Padre nos mira complacido: nos da la vida.

La Misa es *toda la Religión*, y no por cierto en el sentido cómodo o burlesco de muchas gentes. Como la Cruz, cuya *actuación* es. Pero aquí vuelve —aquí se concreta— el Misterio de la Iglesia. La Misa es el *Sacrificio de Cristo total*. A la oblación de Cristo Crucificado, presente en el Altar, une la Iglesia *de hoy* la oblación de su propia vida, la que viven sus fieles a lo largo de todas las horas del día y de la noche. Y es acepta al Padre, por ir unida a la de Cristo. Para eso se actúa tan repetidas veces el Sacrificio de la Cruz. No hay oración, no hay suspiro que llegue al Padre, a no ser por medio de Cristo nuestro Señor en el Altar del Sacrificio.

La *Eucaristía* es el centro que mantiene continuamente la *unidad* de la Iglesia. En ella convergen todos los corazones; de ella nos viene toda la vida. “*Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de este único pan*”<sup>25</sup>.

No es preciso hacer resaltar —lo hace muy bien el autor— el puesto esencial y vital que tiene en la Iglesia la Liturgia. Su condición de recuerdo-actualidad nos la hace presencia viva de los Misterios Divinos.

Magisterio. — Es la *actuación*, adaptada a las necesidades de los fieles, de la Enseñanza de Jesús. El Espíritu de Cristo mantiene su unidad y vitalidad. “*El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho*”<sup>26</sup>. “*Cuando venga el abogado, que Yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí*”<sup>27</sup>. “*Os enseñará toda la verdad. Porque no hablará de por sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. El me glorificará, porque tomará de lo Mío y os lo dará a conocer*”<sup>28</sup>.

En los tres capítulos sobre “La Iglesia, Tebaida y Ciudad”, “La Misión y el Espíritu”, “Maternidad y Primacía de la Iglesia”, el P. Clérissac proyecta luz de matices delicadísimos sobre las relaciones entre las que se ha dado en llamar “Iglesia jurídica” e “Iglesia de caridad”, y que no son sino dos aspectos de una *misma Iglesia*: cuerpo vivificado por el alma; organización jurídica, externa, sociedad visible y acción interior del Espíritu.

---

<sup>25</sup> I Cor. X, 17.

<sup>26</sup> Jn. XIV, 26.

<sup>27</sup> Jn. XV, 27.

<sup>28</sup> Jn. XVI, 13-14.

En ninguna sociedad se aúnan tan íntimamente como en la Iglesia (“Tebaida y Ciudad”) lo individual -independiente— y lo colectivo —jerárquico—. Cada uno somos la Iglesia. Fijémonos en la *caridad*, sustancia de la vida cristiana y vínculo de unidad social. ¿Hay algo más individual y autónomo que la *vida*? La *caridad* no es un afecto cualquiera, es amor a la *vida plena* de Dios, y amamos esa vida comunicada por Dios a todos los hermanos de Cristo: nos amamos a nosotros y al prójimo como a nosotros mismos. Porque amamos todos una misma *vida*.

Maternidad y primacía. —Supuesto lo que es la Iglesia para nuestra vida, es absurda la posición de tantos como pretenden reducir a un *mínimum* sus relaciones con ella. No ven más que unas cuantas normas que se imponen y que hay que procurar impidan lo menos posible el desarrollo autónomo de la *propia vida*.

A la luz de la Maternidad de la Iglesia toda la contextura jurídica de nuestras relaciones con Ella cobra calor de intimidad hogareña. No es extraño que, en el apogeo del influjo materno de la Iglesia, cuando la Cristiandad era Imperio, muchos propugnasen el poder *directo* de la Madre, aun en las cosas temporales de sus hijos.

Basta el poder *indirecto*. Pero no entendido en un sentido minimalista e inexacto. El autor subraya muy bien la extensión prácticamente ilimitada de este poder en manos de una Madre que vela por sus hijos.

Hay que mirar con ojos sobrenaturales el Derecho Público de la Iglesia. Sí; también las *Sociedades civiles* son *hijas* de la Iglesia. Es una pena. En la enseñanza, aun a veces en los centros eclesiásticos, por virtud de reacciones diversas, se nos infiltra prácticamente una concepción liberalista sobre la Iglesia y el Estado. Evidentemente, por desconocer el Misterio de la Iglesia<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> Transcribo de un trabajo mío sobre San Ambrosio:

“... Conviene hacer resaltar aquel principio luminoso, clave para una solución integral, que Ambrosio, con su equilibrio, supo llevar a la práctica, y el Emperador Teodosio entendió y aceptó plenamente: “*Imperator intra Ecclesiam... est*”, el Emperador está *dentro* de la Iglesia. Ambrosio no concebía las relaciones con el Emperador a la manera un poco simplista, unilateral y secamente matemática con que las conciben ahora no pocos, imbuidos, sin darse cuenta (sino en la formulación, sí en el espíritu) de un verdadero Liberalismo.

Para Ambrosio, todo el conjunto de derechos, obligaciones, soluciones prácticas, etc., arrancaban de un núcleo medular muy hondo, y por eso salían con vitalidad y jugo, con sentido.

El Emperador, como todos los ciudadanos, es *hijo de la Iglesia*. El Emperador y la Iglesia no son dos Potencias que marchan paralelamente por su camino, con una serie de vallas respetuosas y unas normas de urbanidad tiesa y de etiqueta. Son, sencillamente, *hijo* y *Madre*. Y las relaciones son de hijo y Madre, teniendo en cuenta, desde luego, el matiz especial que les imprime el carácter peculiar de la Iglesia. El hombre no es sólo lo que aparece a los ojos en la vida de cada día en este mundo; tiene relaciones trascendentes con Dios. La Iglesia tiene por campo de su misión entre los hombres esas relaciones trascendentes. Pero estas relaciones trascendentes se dan en *toda* la vida del hombre, puesto que se fundan en la misma estructura esencial de su ser. No puede haber compartimientos en la sucesión de actos vitales. Es cierto que algunos están dedicados especialmente a las relaciones con Dios (actos de culto); pero no basta: en la nueva Religión en espíritu los actos deben tener ese valor trascendental y de eternidad. Sin excepción. Por eso, aunque es verdad que la Iglesia no se mete en los negocios y actividades terrenas de sus fieles, su influjo impregna íntima y decididamente toda su vida. El fiel no tiene cosas en que es hijo de la Iglesia y cosas en que no: toda su vida tiene que orientar a Dios, toda su vida tiene que orientársela la Iglesia. Está siempre dentro de ella.

Porque muchos fieles se organizan para ayudarse en sus necesidades terrenas, no dejan de ser hijos de la Iglesia. Y no sólo como simples fieles. Sus actividades públicas —exactamente igual que las privadas— tienen sentido trascendente. El Imperio y el Emperador están *dentro* de la Iglesia. La Iglesia sigue siendo Madre de *unos fieles*, que están organizados en una gran sociedad y con una gran potencia. La Jerarquía, desde luego, no interviene directamente en los negocios. Pero la misma gran potencia, como tal, por ser una sociedad de hijos, es hija suya. Más estrictamente: los fieles (organizados en sociedades civiles) *son la Iglesia*. Y al que tiene la responsabilidad de esas organizaciones, por su enorme influjo, la Iglesia lo considera como un fiel digno de espacialísimos cuidados. El Emperador, si sabe orientar a Dios su acción,

\* \* \*

La Iglesia lucha, crece y se perfecciona, como Reino de Cristo, hasta el día del Gran Juicio. Entonces, expulsados los miembros indignos, se consumará definitivamente en la Visión de Dios. Cristo habrá completado su obra. Hablando de la Resurrección de Cristo dice San Pablo: “...en Cristo somos todos vivificados. Pero cada uno a su tiempo. El primero, Cristo; luego, los de Cristo, cuando El venga; después será el fin y entregará a Dios Padre el reino, cuando haya reducido a la nada a todo principado, a toda potestad y a todo poder. Pues preciso es que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo reducido a la nada será la muerte, pues ha puesto todas las cosas bajo sus pies... Cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, para que sea Dios en todo”<sup>30</sup>. Cristo, sentado a la derecha del Padre, tendrá consigo el cuerpo de los elegidos. Todo el Cristo, Cuerpo y Cabeza, vivirá ya para siempre plenamente la vida de la Trinidad con el Padre en el Espíritu Santo.

\* \* \*

¿Quién fué el P. Clérissac? Humberto Clérissac nació el 15 de octubre de 1864 en Roquemaure (Francia). La “Vida de Santo Domingo”, de Lacordaire, le movió a entrar en la Orden de Santo Domingo. Tenía dieciséis años. Empezó el noviciado en Sierre (Suiza). Terminó los estudios en Rijckholt (Holanda). Profesó, el 30 de agosto de 1882. Murió en noviembre de 1914.

Era hombre de vida interior, y por la sobreabundancia de esa vida influyó profundamente en los círculos que le tocaban. Se dedicó, sí, a trabajos apostólicos exteriores; pero éstos quedan en la sombra. Lo que resalta en el autor de “El Misterio de la Iglesia” es el potencial de ideas y amor, que le mantenían elevado en una región de luz ardiente y suave.

Su amigo J. Maritain, editor francés de la presente obra, nos da en el prólogo una semblanza muy sentida de la personalidad del P. Humberto. Recogemos de él los rasgos más salientes.

“Lo primero que impresionaba al abordar al P. Clérissac era la nobleza de su fisonomía y la inteligencia, casi temible a fuerza de penetración, que brillaba en sus ojos. De ahí que en las primeras entrevistas se sintiera ante él una especie de temor y el sentimiento de que él también sabía demasiado “*quid esset in homine*”. Ese sentimiento desaparecía después, cuando conociéndole mejor, ya había podido apreciarse su amor hacia las almas y la gran dulzura de su bondad.”

Le llenaba Dios y a Dios estaba entregado sin reservas. Las reservas eran para todo lo que no fuera Dios. La contemplación aguda y seria de Dios Grande constituía el eje de su vida.

Sentía hondamente su *Santidad* y *trascendencia*. Y ante ellas surgía en su corazón espontánea la *humildad* y un ansia varonil de *purificación*. “Lo que más le caracterizaba

---

como debe, es un fiel distinguido, *un hijo predilecto* y acariciado por la Madre Iglesia. Esta pide en particular por él, le aconseja y asiste, no sólo para que respete unos determinados estatutos jurídicos sobre ciertas materias, no sólo para que *deje* obrar a la Iglesia, sino para que él mismo obre como hijo de la Iglesia, positivamente la proteja, dé sentido trascendente a toda la actividad social. Y para eso también le corrige, le castiga...

La reacción contra el Liberalismo ha de ser el conocimiento y el amor del Cuerpo Místico, del Misterio de la Iglesia. Díganlo aquellas mentalidades de la España de hoy, que son un augurio optimista de más luz cristiana en el campo de las ideas.

<sup>30</sup> I Cor. XV, 22-28.

era esa maravillosa pureza de espíritu y de corazón, que tanto amaba en Santo Domingo y que Dios le había comunicado a él tan generosamente. Pureza, integridad, virginal vigor del alma; tales eran, creemos, los caracteres más profundos de su vida interior y exterior”.

Tenía percepción muy fina de todo lo que significase adherencias naturales en el camino a Dios. Sabía que Dios quiere de sus predilectos “la pura adhesión de la voluntad desnuda”. En el “*Triduum monastique sur la Bienheureuse Jeanne d’Arc*”, 1910, escribe: “Las pruebas que con más dificultad comprendemos son aquellas que purifican la fe. Eso viene de que, siéndonos desconocido el precio de la Verdad sobrenatural, creemos que lo estimamos lo bastante porque adherimos a ella a través de sombras. Olvidamos que, en razón de su carácter sobrenatural y la infinita dignidad de su objeto, nuestra fe puede siempre crecer en desinterés, en firmeza, en independencia, con relación a las cosas humanas. En nuestros días hay quienes no colocan el motivo formal de la fe donde debieran, es decir, en la autoridad de la Palabra divina, sino en cosas tales como, por ejemplo, las tendencias y las necesidades del corazón. De ese modo, y por mucho que pretendan hacer lugar a la gracia, multiplican los peligros de una aleación de lo sensible en la fe. Por desgracia, es probable que los que así rehúyen en sus consideraciones el verdadero motivo formal de la fe lo hagan precisamente para impedir la mezcla de elementos sensibles. Muy al contrario de lo que ellos suponen, lo que Dios tiene en cuenta es la calidad de nuestra adhesión a la autoridad de su Palabra. Dios mismo viene un día a mortificar con rigor en sus grandes elegidos todo lo que podría ser molesto a la absoluta pureza de la fe; muchas veces eso ocurre en un instante, cuando la muerte se aproxima; en otras ocasiones ese momento se multiplica en años; y siempre es a trueque de una noche en el alma y de la ruina de todo humano sostén”.

De acuerdo con las tendencias de la Escuela Dominicana, antes que nada consideraba a Dios como *Verdad*. Le entusiasmaba entrar en contacto intelectual con Ella. Su espiritualidad era vivir la Verdad. “Ante todo, decía, Dios es la Verdad; id hacia Él y amadle bajo ese aspecto”.

*Contemplata aliis tradere* es el lema de los dominicos. Su vida era la contemplación de la Verdad, y su actividad apostólica, un irradiar a los demás de esa contemplación. “No dejaba nunca de dar gracias a Dios por haberle puesto en la familia de Santo Domingo, a causa del amor que esa Orden tiene a la doctrina, y de su fidelidad a la pura Verdad. ¡Y qué celo tenía porque sus hermanos conservasen íntegra su *casta intelectual*, como él decía!”.

Pero no era la suya una intelectualidad seca. La luz de la contemplación está inflamada en caridad. Era un espíritu equilibrado, de delicados matices. Gozaba de la frescura de lo bello y lo viviente. Dante, Fray Angélico y sobre todo Santa Catalina de Sena le cautivaban. “Honraba con alegría a la Santísima Virgen, como Reina de los espíritus angélicos y Trono de la sabiduría. Y le alegraba ver que el esplendor de su inteligencia fuera objeto de veneración, según ocurría en la Edad Media, cuando se la representaba en un pórtico de Chartres, por ejemplo, rodeada de las *siete artes liberales* que adornaban su espíritu. Creía, según me dijo una vez, que la Virgen debió meditar habitualmente — ¡pero con qué profundidad divina! - en las más simples verdades de la fe, en la gran ley de la Cruz, especialmente.”

Se dedicó al apostolado de la Verdad. No ostentoso, sino lleno de emoción y sinceridad, como de quien vive en las dulzuras de la luz y siente en la entraña de su corazón el ansia ardiente de encaminar a ella a sus hermanos. Predicó mucho en Francia, Italia e Inglaterra. “Los últimos sermones del P. Clérissac, en Francia por lo menos, fueron los de un Mes de María, predicado en 1914 en Nuestra Señora de Loreto. No puedo describir la impresión de dulzura, de simplicidad, de santidad, de ternura sobrenatural que se

desprendía de aquellos sermones. Era aquel un puro esfuerzo del alma para conseguir que el conocimiento y el amor de Dios y de la Santísima Virgen penetrasen en lo más profundo de los corazones”.

Como le movía el puro amor a la Verdad, le gustaba más comunicarla a los círculos selectos de las comunidades religiosas: era una acción más serena, más eficaz; podía explayarse más confiadamente en el fluir gozoso de su plenitud interior.

Tuvo el consuelo de atraer muchas almas a la Iglesia. Le preocupaban especialmente los intelectuales y escritores. “Mucho rogaba porque la inteligencia y la belleza se convirtiesen a su Señor. Hoy, cuando recuerdo aquellas oraciones y veo tantos indicios de que han sido escuchadas, el hecho de que el P. Clérissac haya sido testigo de la muerte católica de un poeta tan trágicamente representativo como el pobre Oscar Wilde, adquiere para mí un gran valor”.

En los últimos años de su vida (1913) recibió en la Iglesia a Ernesto Psichari. Y poco después, en Rijckholt, presidió su entrada en la Tercera Orden Dominicana.

Además del “Misterio de la Iglesia”, el P. Clérissac había escrito dos volúmenes, que, no obstante su valor, daban una idea incompleta de lo que él era, debido a su excesiva reserva para franquearse: “*L'Ame Saine y De Saint Paul a Jésus-Christ*. Y un opúsculo sobre Fra Angélico. Más tarde publicó, fuera de venta y en edición de muy pocos ejemplares, un triduo de rica y admirable doctrina sobre Santa Juana de Arco, “Mensajera de la política divina”, como él decía; y, finalmente, un sermón sobre el amor propio en el estudio y en la vida. Muchos monasterios conservan valiosas notas sacadas de sus instrucciones. Un retiro, *Pro Domo el Domino*, sobre la Orden de Santo Domingo, predicado en Londres hacia 1904 y publicado en 1919 en una traducción italiana, se editó más tarde en francés con el título de *L'Esprit de Saint Dominique*<sup>31</sup>. Citaremos aquí una página de ese hermoso libro, donde volvemos a encontrar un eco de las ideas más caras al P. Clérissac. Refiriéndose a la gran doctrina de la elevación del hombre al orden sobrenatural, escribía: “La utilidad práctica de esta doctrina también se ve en el hecho de que es apenas posible comprender el sentido literal de ciertos textos evangélicos, y completamente imposible alcanzar su sentido interior, si no se tiene en cuenta la distinción de lo natural y de lo sobrenatural. Cuando Nuestro Señor dice que aquellos que le conocen poseen la vida eterna; que nadie va al Padre sino por El, y nadie va a El si no es conducido por el Padre; cuando exige de sus discípulos renunciamientos tan grandes; cuando maldice al espíritu del mundo; cada vez que habla de la luz, no haciendo, sin embargo, la menor alusión a las ciencias naturales; cuando promete la felicidad a trueque de la persecución y del sacrificio; en fin, cuando se ve que, desde aquellos días, la Iglesia y la influencia del Evangelio han cambiado tan poco el orden natural de las cosas, entonces entramos en contacto con una vida implícita en nuestra vida presente, y que no sólo está agregada a ella, sino que la trasciende de un modo absoluto, como también trasciende todas nuestras esperanzas humanas y todas nuestras aspiraciones humanas. Si quitamos a esas ideas la luz que en ellas proyecta la noción de lo sobrenatural, pierden su fuerza y dejan de estar acordes con el misterio inicial de la Encarnación. Si de la exégesis se elimina lo sobrenatural, los escritos de San Pablo son los de un loco”.

Para el P. Clérissac, la Teología no era una mole imponente y rígida, de áridas fórmulas. Era jugosa, en contacto viviente con sus fuentes originales. “No obstante su amor a Santo Tomás y gustarle intercalar en la Suma la lectura del Evangelio, se complacía en repetir que la Sabiduría de San Pablo, toda arrebatado e inspiración, es más puramente divina que la sabiduría científicamente elaborada de la Suma Teológica”.

---

<sup>31</sup> *L'Esprit de Saint Dominique* trad. del inglés por René Salomé, editado por «La Vie Spirituelle, Saint-Maximin (Var.)», 1924.

Esta savia de vida corría por las venas de su Dirección Espiritual. De lo dicho se desprende que el Padre Clérissac tenía que ser un gran director de las almas. Que lo diga quien lo conoció, “¿Cómo decir la eficacia incomparable de su dirección en la vida espiritual? Bástenos recordar que se inspiraba siempre en sus maestros predilectos: San Pablo y Santo Tomás, y en la antigüedad cristiana. Hay un defecto que él perseguía sin cesar y es el “Espíritu reflejo”, según él decía, el espíritu de auto-inquisición, de preocupación de sí mismo. Tampoco daba tregua al individualismo, considerando como tendencia al predominio de la sensibilidad, o de la actividad exterior. El alma, decía, cuanto más elevada, es más universal. El camino recto para ir a Dios consiste en volver los ojos hacia Él y mirar; mantener los ojos fijos en la verdad divina, y luego dejar obrar a Dios. Más que los ejercicios ascéticos, estimaba el espíritu de oración y de contemplación, el espíritu de unión con la Iglesia. La escala de que se valía para las ascensiones de su alma, tenía por sostenes la *doctrina* y la *liturgia*. Las definiciones meramente exteriores que de la Liturgia suelen hacerse, no eran de su agrado. Consideraba la Liturgia como la vida misma de la Iglesia, su vida de Esposa y Madre, el gran sacramental que hace participar a las almas de todos los estados de Jesucristo. Le parecía absurdo que se estableciera oposición entre la Liturgia y la oración privada. Creía, en cambio que, en orden a la contemplación, la *opus Dei* es el medio por excelencia para formar al alma en la oración; y que, por otra parte, en orden a la virtud de religión, la oración privada, de igual manera que el *vigilate semper*, cumple su objeto preparando al alma para cooperar dignamente en la obra soberana de la Liturgia, por la cual se derrama y distribuye la caridad de la Iglesia. Sus ideas a este propósito las ha dejado condensadas en el excelente capítulo de nuestra obra “La vida hierática de la Iglesia”.

A la luz de la vitalidad del Cuerpo Místico veía él los matices diferenciadores de los Santos. “Si hubiera que formular uno de los grandes temas -no aseverados, sino más bien propuestos y susceptibles de muchas gradaciones- en que solía ocupar su pensamiento, yo diría que, en su sentir, la historia de la perfección cristiana tal como se la puede leer en la vida de los Santos y en la de las instituciones, dependía, por una parte, de una especie de adecuación providencial con las necesidades del mundo que descende, y por otra, de las leyes de crecimiento y de progreso orgánico del Cuerpo Místico de Cristo. A decir verdad, mayor admiración causaba en él la grandeza, la sencillez, la espontaneidad divina de los primeros santos, más próximos a la Pasión y a Pentecostés, a la plenitud indivisa de la gran efusión que dio nacimiento a la Iglesia. Prefería el Cristo *pantocrátor* de los bizantinos al crucifijo más dolorosamente humano de la Edad Media.

“Consideraba que nunca se habría de insistir lo bastante sobre la importancia histórica y la sublimidad de los Padres del desierto”. Su entusiasmo por San Pablo ya lo hemos visto.

Si la vida y el Misterio de la Iglesia eran la médula de su dirección espiritual, era porque él los vivía intensamente. “Lo que él pedía a quienes se le acercaban era una plena adhesión al *Misterio de la iglesia*”. Él la amaba sin medida. La defendía con afecto y orgullo de hijo. A la Iglesia hay que acercarse con el corazón bañado en caridad. “Según el P. Clérissac, la pérdida de algunos en el error del modernismo provenía, principalmente, de cierta sequedad de corazón y cierto frío amor propio, que oscurecía el espíritu ante el Misterio de la Iglesia”.

Los estados particulares no tenían sentido para él a no ser injertados en la unidad orgánica de la gran Iglesia. El amor al estado religioso, a su Orden, eran la concreción de su amor a la Iglesia. Se complacía en explicar que lo que da a los votos de religión su valor propio, es la intervención de la Iglesia. “La dispersión de su Orden (en 1903) había abierto en él una herida incurable: necesitaba de la vida del coro y de esa común habitación fraterna tan buena y tan gozosa, en el decir de David, y que es como una imagen

abreviada de la Iglesia”. “Desarrollaba una magnífica doctrina sobre el papel providencial, el carácter esencial y la misión de cada una de las grandes familias religiosas”.

En su vida y en la de los demás daba una importancia extraordinaria a sus ideas sobre la Misión y el Espíritu. Decía él: “No basta estar seguro de que una obra pueda ser útil a las almas, para que nos pongamos a realizarla con toda urgencia. Es preciso que Dios la quiera para un momento dado (llegado el cual, ni debe postergarse); y de Dios es el tiempo. Debe pasar primero por el deseo y enriquecerse en él y purificarse, y sólo será divina a este precio. Y aquel que tenga por misión ejecutarla, quizá no sea quien mejor la haya concebido. Temamos que no se esconda una maldición en el éxito humano demasiado entero y demasiado hermoso. No andemos con más prisa que Dios. Lo que Dios necesita en nosotros es nuestra sed, nuestro vacío; no nuestra plenitud”.

Quería que la obediencia a la Iglesia fuese sobrenatural, llena de los más delicados discernimientos, docilidad juiciosa y no ejecución servil; pura, desinteresada. “Fue varón de deseos y parece que Dios se agradó tanto en el espectáculo de esos deseos puros, que rara vez permitió que se cumplieren”. Pero el alcance de su acción fue así mayor, “hasta el punto de confundirse con esa acción absolutamente misteriosa de *instrumento* de la causalidad divina, que atraviesa el espacio y el tiempo”.

El Amor al Misterio de la Iglesia tenía su expresión más perfecta en su entusiasmo por la *vida litúrgica*. “El sacrificio de la Misa, para él era en verdad la consumación de todas las cosas, la acción por excelencia”. Eso se palpaba en la exactitud amorosamente majestuosa con que la celebraba, y en el calor con que aconsejaba unir a ella toda la vida.

Vivía con la Iglesia la variedad riquísima y sustanciosa de sus Oficios. Sus emociones volaban con los cánticos de la Iglesia.

Verdad y vida. Es la lección del P. Clérissac.

Para conocer el Misterio de la Iglesia, hay que amarlo.

Al Misterio de la Iglesia nos ha de conducir la luz divina.

No lo olvide quien se acerque a este libro. Lea y relea estas páginas, después de invocar humildemente el Nombre de Dios.

JOSÉ GUERRA CAMPOS.  
Santiago de Compostela, 1946.



## PALABRAS PRELIMINARES

*Turpis est omnis pars universo suo non congruens.* [Toda parte no proporcionada a su todo es deforme] señala San Agustín en el capítulo III de sus Confesiones<sup>32</sup>. El cristiano se degrada, pues, y enflaquece a medida que disminuye su unión con la iglesia, universo y medio vital de todo fiel. “Ser miembro, dice Pascal, es no tener vida, ni ser, ni movimiento, sino por el espíritu del cuerpo y para el cuerpo”.

§ No hay cristianismo individual; y la fe que justifica se funda en un objeto propuesto a todos por la Madre común de los bautizados. Ya sea misteriosamente infusa en el alma del niño, ya sea el triunfo de la gracia en una voluntad de adulto, la fe incorpora a ambos a la Iglesia tan necesariamente como los hace hijos de Dios.

§ Muchos heterodoxos se complacen en concebir la Iglesia como una invisible sociedad de espíritus. Concepción aparentemente mística, pero romántica en realidad; pues de esa vaga colectividad de las almas excluye toda jerarquía, toda economía sacramental, todo magisterio doctrinal. Y aun cuando introducen en esa concepción de la Iglesia un elemento jerárquico o sacramental, más o menos incompleto, según los grados de su buena fe, todavía se dejan guiar por el sentimiento; empuñan el misterio.

La verdadera noción de la Iglesia requiere una jerarquía y una unidad visibles, y todos los medios visibles de la gracia: sólo ella excluye el sentimentalismo. Si esa noción exige todo lo sensible, es para que el orden sea total. La Iglesia, así concebida, abarca todo el misterio.

§ La apologética, la arqueología cristiana, la sociología misma encuentran en el misterio de la Iglesia el principio de sus más felices soluciones o de sus más hermosos descubrimientos. El sentido de lo real y la inspiración sólo les pueden ser asegurados por la noción siempre presente de la Iglesia. “*Mihi vero archiva Jesus Christus*”, [Mis documentos y mi archivo: Jesucristo]<sup>33</sup>, decía San Ignacio de Antioquía; también la Iglesia es nuestro archivo, y por la misma razón.

Además, es merced al influjo del misterio de la Iglesia que esas ciencias pueden abrir a nuestro corazón un tesoro tan rico de emociones sagradas. ¿Puedese, acaso, comparar el más delicado placer de los arqueólogos con la suavidad del aroma que trascienden los textos y los monumentos de la Liturgia, o los de las épocas de persecución? Si las luchas doctrinales de los Padres, los debates de los Concilios, las gestas épicas de los grandes Papas traen al alma una emoción más profunda que la de la simple realidad histórica, es porque en todo eso respira la Iglesia divina.

§ La Teología especulativa es una ciencia propiamente sagrada, precisamente porque sus principios son suministrados y fijados por la Fe, es decir, por la Iglesia. También se puede decir que es una ciencia sagrada por destinación, pues sus conclusiones preparan

---

<sup>32</sup> Conf., III, 8.

<sup>33</sup> Philadelph., VIII, 2.

y apresuran la hora de las nuevas decisiones dogmáticas. Sus conclusiones son la materia anticipada de esas decisiones, materia que la Iglesia transforma en pura luz revelada, haciéndola objeto de fe divina.

Incomparables son las alegrías y la energía vital que esa ciencia nos proporciona; porque la Teología es la iluminación bautismal hecha consciente y creciente. Pero la medida de ese progreso es nuestra unión con la Iglesia. El simple fiel que comienza a vivir de la oración de la Iglesia, adquiere un seguro instinto de ortodoxia y siente que su necesidad de penetrar las doctrinas de la fe aumenta de día en día. El religioso, que por su estado da testimonio de la nota de santidad de la Iglesia, habita en una atmósfera de doctrina de la cual ya no puede salir. El Obispo, el hombre de la Iglesia por excelencia, es también por excelencia y de pleno derecho, el Teólogo.

§ Hay mucha gente que cuando piensa en la Iglesia sólo ve en ella una institución divina a la que hay que defender, o una restauración social que hay que efectuar con la ayuda del Evangelio. Sus alegrías de creyente, y aun su misma conversión, parecen provenir de este hallazgo, a saber: que la iglesia es una causa defendible ante la razón y ante la historia, y que es una institución susceptible de *adaptarse* a todos los estados sociales. Confusión que distrae el alma de la verdadera fuente de su vida y la libra a un empobrecimiento paulatino.

En realidad, la apologética (científica o social) no es más que una preparación o una defensa. No es la vida de la Iglesia, ni la vida del alma; la vida de la Iglesia es la vida misma de Cristo; la vida del alma es la gracia santificante. El abastecimiento de esas dos ciudades se lleva a cabo interiormente y desde arriba.

La apologética es una incursión feliz en tiempo de sitio. Desembaraza, explora y ampara los contornos de la ciudad, pero no hace entrar en ella. En cuanto el acto de fe es comparable a un argumento, la apologética puede proponer sus premisas: la conclusión de ese argumento, desde que ella conduce hacia un objeto sobrenatural, y es emitida con el valor esencialmente sobrenatural que la hace saludable, tiene un contenido más amplio que las premisas; se coloca y nos coloca en otro orden: el orden del misterio; y en otro mundo: el mundo de la vida divina. Luego, no es la apologética quien engendra esa vida en nosotros<sup>34</sup>.

Pero la apologética puede ser el vehículo de gracias actuales muy valiosas y estrechamente ordenadas a la vida de la Iglesia y del alma: honor bastante para ella.

§ Vayamos, pues, a la Iglesia por razones eternas y divinas.

Conozcamos y amemos a la Iglesia en la idea misma en que Dios la ha querido, la conoce y la ama. Esa idea sólo a Dios pertenece; no es un producto de nuestra razón ni un postulado de nuestra naturaleza: es sobrenatural. Y aunque podamos gustar su hermosura y su riqueza, no alcanzaremos su hondura, pues encierra un misterio.

Si bien es cierto, en un sentido general, que cuanto más luz tenemos más crece ante nosotros el misterio, no es, sin embargo, la comprobación de nuestros límites lo que ha de conducirnos al misterio de la Iglesia, sino la luz de Dios. De ahí que, e inversamente, cuanto más nos adhiramos a ese misterio, tanto más crecerá la luz.

§ Misterios, en lenguaje católico, son aquellos objetos de la Fe considerados no sólo como enunciados incomprensibles, sino también y, sobre todo, como hechos divinos. Es decir, que consideramos los misterios: 1º en su realidad concreta y original: la Trinidad, en la vida íntima de Dios; la Encarnación, en la Anunciación y el Nacimiento; la Reden-

---

<sup>34</sup> Véase *Logic and Faith*, en *Our reasonable service*, por el P. V. Mac Nabb, O. P., Londres, 1912.

ción, en la Cruz; el Infierno, en la eternidad del fuego y del castigo; 2º, en su virtud siempre operante: así, para comenzar en sentido inverso, el Infierno temido como fin último es un móvil sobrenaturalmente eficaz; todo, en la Iglesia, se hace en el nombre y por la virtud de la Trinidad; la Encarnación y la Redención se renuevan incesantemente y de mil modos.

Como hechos divinos, los misterios tienen un valor de *ejemplares*; como hechos operantes, tienen una *eficacia* infinita; es en ese doble aspecto que la Liturgia desarrolla la serie de los misterios: de ellos reconstituye o evoca la realidad original, de ellos aplica y actualiza la virtud inagotable.

Nada menos hay que buscar en el misterio de la Iglesia: es un misterio ejemplar, un misterio tipo; y es un misterio operante.

## I

### LA IGLESIA EN EL PENSAMIENTO DE DIOS

La idea en que Dios ve y ama a la Iglesia, es su Hijo.

§ “*In ipso benedicentur omnes gentes*”<sup>35</sup>. [En Él serán bendecidas todas las naciones]. Esta bendición es bendición antes de Abraham y de Adán. La mirada eterna que establece las complacencias del Padre en el Hijo, ve en Él la cabeza de un inmenso cuerpo y descansa también sobre la Iglesia, que es ese cuerpo.

§ Ya en el siglo II, Hermas representaba a la Iglesia con la figura de una anciana, y lo explicaba de este modo: “Fué fundada antes que todas las cosas, y el mundo ha sido creado para ella”<sup>36</sup>.

Primero: la Iglesia tiene ese lugar en el pensamiento divino, porque participa, de un modo más íntimo y más amplio que la creación natural, de la perfección del Hijo en quien Dios se contempla.

El Elijo es el Pensamiento y la Razón viva de Dios, en quien resplandece, no precisamente la multitud dispersa de los ejemplares de los seres, sino su orden, es decir, las perfecciones y los fines de todos ellos, armonizados según un único designio: “*In ipso constant*”<sup>37</sup>. [Todas las cosas subsisten en Él.] ¿Y quién representa mejor que la Iglesia la perfección de ese orden?

El Hijo aspira el Amor que hace la unidad de las divinas Personas, “*Verbum spirans amorem*”<sup>38</sup>. [El Verbo de quien procede el Amor]: ¿y quién más que la Iglesia representa amor y unidad?

Ella arraiga, por así decirlo, en las mayores profundidades del ser divino. Antes de nacer del costado abierto del Señor en la Cruz, la iglesia estaba eternamente concebida en el Verbo.

Segundo: la Iglesia es el objeto adecuado al decreto eterno que decide la Encarnación. Ese decreto hace del Hijo el verdadero jefe de la raza humana, sustituto y fiador para todos a la vez, como para cada uno en particular, y tanto para el bien como para el mal. Si el Hijo de Dios entra de un modo tan real en nuestras filas, *Caro factum est*, es para rendir al Padre todo el homenaje de satisfacción y todo el homenaje de latría, de que la raza deudora era incapaz; para asumir el pecado de la raza y todos los pecados individuales que resulten de aquél: ha de expiarlos con la plenitud total e infinita de su Sacrificio. Al mismo tiempo resumirá en solo Él toda religión y toda santidad; Él, solo, dis-

---

<sup>35</sup> Cf. Gen., XXII, 18; Galat., III, 8.

<sup>36</sup> *El Pastor*. Vis. II, Cap. IV.

<sup>37</sup> Col. I, 17.

<sup>38</sup> S. Tomás, *Summa theol.* I q. XLIII, a. 5 ad 2.

pondrá de todos los instrumentos de nuestras buenas obras; Él, solo, dará validez y autenticidad a los méritos y a las virtudes. El será todo en todos, y todos serán en Él.

Cuando al revestirse de su nueva condición, *habitu inventus ut homo*<sup>39</sup>, se inclina en un gran acto de obediencia, hace esa reverencia magnífica a su Padre, en calidad de Jefe de la raza —porque su obediencia se opone manifiestamente a la desobediencia del jefe primitivo—: “Sicut per inobedientiam unius..., ita et per unius obeditionem...”<sup>40</sup>. [Porque como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron hechos pecadores; así también serán muchos hechos justos por la obediencia de uno solo.] Ya todos son en Él y Él es todo en todos.

Tercero: Dios contemplaba en la humanidad de su Verbo el tipo de mayor perfección posible de la raza humana: ahí la realización y el ejemplar ideal se confunden. Pero un ser que agota la medida de perfección de su especie y en quien se cumple todo su fin, debe ser el jefe de esa especie. Necesariamente, una tal superioridad reúne todo en sí misma, no sólo por atracción y seducción, sino por derecho. Así Jesucristo, porque a los ojos del Padre es el más bello de los seres humanos, integra en Sí toda la humanidad. Su realeza es, en el sentido más eficaz, su Belleza; y su Reino es la Iglesia. “Specie tua et pulchritudine tua, intende, prospere procede, et regna”<sup>41</sup>. [Con tu belleza y tu hermosura enristra, marcha con prosperidad y reina.]

Cuarto: El interés mismo de la Revelación que Dios quería hacernos de su Verdad, por su Verbo, llamaba a la Iglesia y la colocaba en primer término dentro del plan divino.

“La Revelación, carisma social, es anterior a la fe personal y al padecimiento místico: los condiciona y los regula como hace todo factor de orden general con los individuos dependientes de su acción. De ahí que no sea en la estrecha experiencia íntima y personal del Profeta que Dios se apoya para revelarnos lo que Él es, sino en su facultad de emitir afirmaciones absolutas, transmisibles, reguladoras de los otros espíritus”. Los elementos del sentido común son así transformados en vehículo de la verdad sobrenatural; “comportan un género de verdad que crea un vínculo estable entre los hombres, porque cualquiera sea el valor de los términos empleados, su sentido es absoluto y definitivo”<sup>42</sup>.

Esta observación profunda puede aprovecharnos para demostrar, por la Iglesia, el valor real y absoluto de las fórmulas dogmáticas y, por el dogma, la necesidad de la Iglesia.

Pone también de manifiesto la pobreza de la intuición sensitivista que sólo percibe a Dios como centro de expansión de los fenómenos interiores, y que de ese brotamiento místico hace la única causa y la única regla de la Religión. El misterio de la Iglesia es más humano y más luminoso; podría decirse simplemente: es más limpio.

§ Vana cosa es preguntar si la Iglesia hubiera existido sin el pecado, aun cuando una de sus hermosas figuras esté tomada de Eva en pleno estado de justicia y antes de la caída. Pero, más vano aún es pretender que la perfección misma del estado de justicia original exigía que no hubiese Iglesia bajo ninguna otra forma —según parece hacerlo Dante—<sup>43</sup> cuando describe el ejercicio del libre albedrío individual en el Paraíso terrestre, como la única función de Sacerdocio y de Imperio.

---

<sup>39</sup> "Hecho a la semejanza de hombres, y hallado en la condición como hombre." Filip., II, 7.

<sup>40</sup> Rom., V, 19.

<sup>41</sup> Sal. XLIV, 5.

<sup>42</sup> R. P. Gardeil, *Le Donné Révélé et la Theologie*, Cap. II, La Revelation.

<sup>43</sup> Purg., XXVII. *Io te sopra te corono e mitrio...*

Por el contrario, la estrecha dependencia que vinculaba a la raza humana con Adán, su jefe, en materia de vida sobrenatural y de pecado, ¿no nos sugiere que en el estado de justicia hubiera habido una jerarquía espiritual, tanto como familiar y social?

§ El Antiguo Testamento nos da completa certidumbre sobre el pensamiento de Dios al poner de relieve el carácter *eclesiástico* del Mesías esperado. Ahí el Mesías aparece, esencialmente, como Sacerdote-Rey.

§ La mayor parte de las profecías de Isaías sobre el *Siervo de Dios*, se aplican tanto a la Iglesia como a la persona del Mesías. Eso ya es una especie de “comunicación de idiomas”<sup>44</sup> entre la Iglesia y Cristo.

§ Y más aún: en los profetas, la Iglesia toma expresamente nombre y calidad de esposa:

Y te desposaré conmigo en justicia, y juicio,  
y en misericordia y en clemencia... [Oseas, II, 19].  
No temas, pues no serás confundida...  
Porque tu Esposo es tu Creador [Isaías, LIV].

Notad la misma idea en las divinas adjuraciones de los capítulos II y III de Jeremías. La misma imagen es llevada hasta el más vivo realismo, en el terrible capítulo XVI de Ezequiel.

§ No debe sorprendernos que, a lo largo de la historia de la Revelación, el modo preferido de las intervenciones divinas sea, no solamente la promesa, sino el pacto y la alianza. Así Dios se obliga sucesivamente con Adán, con Noé, con Abraham, con Moisés, con David, con los Profetas. Extraña necesidad de vincularse, en nuestro Dios, y que no explica completamente la necesidad de fijar al mismo tiempo la voluntad versátil del hombre. ¿No será, más bien que, en todas las gestiones divinas hacia la Humanidad, más que un anticipo de amistad, hay una verdadera intención nupcial? Desde el principio, el Reino de Dios es semejante “a un Rey que prepara nupcias a su Hijo”, a su Hijo el Verbo, y a su hijo adoptivo el hombre. La Iglesia del Antiguo Testamento es tratada por Él como esposa. Con razón la Paráfrasis del Targum ve toda la raza elegida, toda la Iglesia, en la Esposa del Cántico.

“Et Spiritus, et Sponsa dicunt: Veni, Veni, Domine Jesu”<sup>45</sup>. [Y el espíritu y la Esposa dicen: Ven. Ven, Señor Jesús.]

§ Exclusivismo y universalidad. He ahí los caracteres de la Iglesia del Antiguo Testamento (y que serán mantenidos, con un sentido concluyente, en la Iglesia del Nuevo).

*Exclusivismo* en el presente, pero futura universalidad.

*Exclusivismo* por parte de Dios, que guarda en Israel sus manifestaciones y sus promesas, y pone un cerco a su pueblo, y pone en su carne el sello de su alianza. Exclusi-

---

<sup>44</sup> Nota del trad. “A causa de la unidad de la Persona que subsiste en dos naturalezas, se atribuye al hombre en Cristo lo que es de Dios: *Este hombre es Dios, este hombre es el Todopoderoso*, y a Dios lo que es del hombre: *Dios es hombre, Dios ha nacido, Dios ha sufrido, Dios ha muerto*.”

Esta atribución recíproca de las propiedades [en griego: *idiomata*] es designada por los teólogos *comunicación de idiomas*.” R. P. Hugon, *Le Mystère de l'Incarnation*, pág. 192.

<sup>45</sup> Apoc., XXII, 17-20.

vismo por parte de Israel que se apropia de un Dios cuya trascendencia no ignora y mira a todos los pueblos con un desprecio más noble y más altivo que el de los griegos y romanos hacia los pueblos bárbaros.

*Universalidad* muy inteligente y muy humana, si se puede hablar así, por parte de Dios y de Israel: pues el Decálogo no invoca una conciencia local, sino la conciencia de todos los hombres; y la Jerusalén de los tiempos mesiánicos es la visión de una patria principalmente espiritual, la patria de las almas. Si los profetas hablan y luchan es para que el Reino de Dios, que ante todo está en los corazones y abarca todos los pueblos, pase a primer término.

Ese *exclusivismo* y esa *universalidad* vendrán después a consumarse en la Unidad católica, que es para siempre, y cabalmente, el carácter de la Obra del Señor Jesús.

## II

### CRISTO EN LA IGLESIA Y LA IGLESIA EN CRISTO

Todo el misterio de la Iglesia reside en la ecuación y la convertibilidad de estos dos términos: Cristo y la Iglesia.

Este principio aclara todos los axiomas teológicos que se refieren a la Iglesia. Por ejemplo: *Fuera de la Iglesia no hay salvación* —no significa realmente otra cosa que—: *Fuera de Cristo no hay salvación*.

Asimismo, ese principio aclara o más bien invoca y exige los cuatro grandes atributos de la verdadera Iglesia: ¿por qué la unidad? Porque la Verdad está en la Iglesia y la Iglesia en la Verdad. ¿Por qué la Santidad? Porque la Gracia está en la Iglesia y la Iglesia en la Gracia. ¿Por qué la catolicidad? Porque la Redención universal se hace por la Iglesia y la Iglesia se hace por la Redención Universal. ¿Por qué la apostolicidad? Porque Cristo está en los Apóstoles y los Apóstoles en Cristo.

§ Ahora bien, este primer principio: Cristo en la Iglesia y la Iglesia en Cristo, se desprende del hecho mismo de la Encarnación. Porque, al asumir una naturaleza humana; el Hijo de Dios empieza por vaciarla de su personalidad, y en su lugar pone su propia Persona divina. Sólo a Dios le es posible alcanzar esa profundidad de nuestra naturaleza, y operar un despojamiento tan íntimo. ¿Para qué lo hace, sino para atestiguar la realidad de su desposorio con la Humanidad? ¿Puede haber una unión más estrecha?

Precisamente, esta asunción por el Verbo de una naturaleza humana *impersonal*, indica que el plan de la Redención pone sus miras, antes que en los individuos humanos, en la humanidad entera, regenerada y unida en Cristo, es decir, en la Iglesia.

§ “¿Qué es la Iglesia?, dice Bossuet<sup>46</sup>. Es la Asamblea de los Hijos de Dios, el ejército de Dios vivo, su reino, su ciudad, su templo, su trono, su santuario, su tabernáculo. Digamos algo más profundo: la Iglesia es Jesucristo, pero Jesucristo propagado y comunicado”.

§ Llama la atención que, de las cuatro Notas, la que haya prevalecido para caracterizar a la Iglesia verdadera, sea la de Catolicidad. Es que ésta comprende a las otras y las comunica, en su conjunto, una singular fuerza de testimonio. La Catolicidad implica esencialmente la Unidad: es la Unidad difundida. Ahora bien, la Unidad reclama una Jerarquía, y una Tradición apostólicas, y así arrastra consigo la Santidad, que no es más que la Unidad de la Moral con la Doctrina.

Así, la Catolicidad es la Unidad amplificada, organizada y resplandeciente. Por eso, al añadir fecundidad y gloria a la Unidad, se convierte, para la Iglesia, en el signo más estable de su institución divina y de su idealidad con Cristo.

---

<sup>46</sup> Bossuet, *Notes sus l'Eglise, tirées d'une Allocution aux Nouvelles Catholiques, d'avant son épiscopat*. Lebarq, t. VI.



Yo no puedo admitir que nuestro Dios se haya encarnado para hacer una obra no tan vasta ni tan bien ordenada como el mundo. “*Ecce enim ego creo coelos novos et terram novam*”<sup>47</sup>. [Porque he aquí que Yo creo nuevos cielos y nueva tierra.] Este será, pues, un orden tan inmenso y aún más perfecto que el de los cielos, tan vasto como la tierra; pero más efectivo y más benéfico que el de todos los reinos.

§ Si se separara a Nuestro Señor de la Iglesia y a la Iglesia de Nuestro Señor, ¿cómo podría justificarse los títulos con que el Profeta saluda a Nuestro Señor? [Is., IX, 6.].

*Admirable Consejero o Maravilla de Consejo*: eso no sólo quiere decir que Él deba ser el oráculo del mundo por su iglesia, sino que Él mismo debe mostrar, ante todo, la Sabiduría sobrehumana de sus consejos, disponiendo su obra de acuerdo con un plan bien concebido y sólidamente cimentado. De otro modo, ni siquiera sería el buen arquitecto que San Pablo pretendía ser<sup>48</sup>. Para que ese Consejo sea enteramente una maravilla, deberá contener Cielo y Tierra, y realizar la unión de las cosas visibles con las cosas invisibles: *Sicut in coelo et in terra*. Ese plan no ha de ser meramente terreno ni puramente espiritual: comprenderá ordenadamente, como en Cristo, lo divino y lo humano.

*Dios fuerte*: he aquí la Iglesia militante investida de la fuerza misma de Dios. “*Non veni pacem mittere sed gladium*”<sup>49</sup>. [No vine a traer la paz, sino la espada.] Nuestro Señor no sería tan combatido, no aparecería tan victorioso, si sólo viviera en lo secreto de las almas. Él es el invencible en su Iglesia: “*Portae inferi non praevalerunt adversus eam*”<sup>50</sup>. [Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.].

*Padre del siglo venidero*: necesita una esposa para engendrar al nuevo Israel, una esposa siempre joven e inmortal y que engendre para la Eternidad.

*Príncipe de la Paz*: mucho mejor que la paz de Augusto, la paz de Cristo es un don regio y universal. La paz de Cristo es obra de su realeza, porque sólo su realeza pone orden en el mundo y en las almas. Pero, sin una Iglesia visible y jerárquica, ¿dónde estaría la dignidad real de Jesucristo?

§ También oímos a Nuestro Señor manifestar desde un principio, y no con el acento febril de la ambición humana, sino con autoridad y certidumbre incomparables, los designios de universalidad que atribuye a su obra. “*Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo*”<sup>51</sup>. Y que aquí no se trata solamente del efecto edificante que producen las buenas obras individuales “*ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem...*”<sup>52</sup> [Para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre], que no se trata sólo de eso, resulta evidente por la imagen de la Ciudad edificada sobre un monte y por la imagen de la Casa, figuras que Nuestro Señor emplea en ese mismo momento, y que anuncian la Iglesia. Lo mismo se desprende de las palabras subsiguientes, dichas por el Señor como soberano legislador de todos los siglos: “*Non venim legem solvere, ser adimplere... donec omnia fiant*”<sup>53</sup>. [No penséis que he venido a abrogar la ley, o los Profetas: no he venido a abrogarlos, sino a darles cumplimiento. Porque en verdad os

---

<sup>47</sup> Isaías, LXV, 17.

<sup>48</sup> I Cor., III, 10.

<sup>49</sup> Mat., X, 34.

<sup>50</sup> Mat., XVI, 18.

<sup>51</sup> Mat., V, 13-14.

<sup>52</sup> Mat., V, 16.

<sup>53</sup> Ibid., 17, 18.

digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la ley ni un punto ni una tilde, sin que todo sea cumplido]. Pero lo importante es advertir que esta doble imagen, celestial y terrestre, de la luz y la sal, anuncia algo sublime y positivo a la vez —una doctrina hermosa como la luz y que se mantendrá incorruptible como la sal, una santidad que no reposa en el sentimiento individual, sino que se sumerge en la luz de la doctrina—; en fin, que la sal apostólica no deberá ser pisada por los hombres. Todo eso, en la Iglesia ha de realizarse.

§ Por lo demás, cuando libra a su Iglesia del estrecho marco de la vida nacional judía, Nuestro Señor no deja de proceder con significativos miramientos. Declara que no ha sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel<sup>54</sup>. No obstante haberlos destinado a evangelizar todos los pueblos, en un primer momento detiene a sus Apóstoles en los umbrales de la Gentilidad<sup>55</sup>. Y en el Monte de las Olivas, cuando llora a la vista de Jerusalén, el “*Quoties volui congregare filios tuos*”<sup>56</sup> [Cuántas veces quise congrega tus hijos], da testimonio de que llora la pérdida de la primacía que de haberle sido fiel, Israel hubiera conservado, aún dentro de la Iglesia universal.

¿Por qué esos miramientos? No tan sólo para mostrar que Dios mantiene su gran promesa mesiánica; también porque, si Nuestro Señor hubiese repudiado bruscamente a Israel, hubiéramos podido creer que repudiaba en todo sentido la Teocracia y dejaba anonadar a su Iglesia en el individualismo religioso. Nuestro Señor no ha querido una religión individual ni una iglesia nacional (en el sentido mosaico o cismático de la palabra): ha querido que su Iglesia mantuviera su carácter de reino. El historiador Josefo<sup>57</sup> creía haber inventado ese gran nombre de Teocracia (que hoy nos espanta porque le referimos nuestras ideas confusas). Mejor hallazgo había hecho Nuestro Señor al hablar-nos del Reino de Dios, de su Reino y de su Iglesia.

§ La claridad con que aparece la idea de la Iglesia en ciertas palabras de Nuestro Señor, tales como los tres grandes textos relativos a la Primacía de Pedro, es de veras adorable. Sin embargo, tiene más interés y es más grato, si esto puede decirse, sentir cómo circula esa misma idea de la Iglesia a través de otras muchas palabras, latente, pero con el calor de las emociones del Corazón divino —o, simplemente—, verla significada por ciertas actitudes del Señor.

Sin buscar en otros pasajes, donde la Iglesia es figurada con un edificio, un redil, una viña, un reino, un organismo vivo, he aquí las más bellas y fuertes de esas imágenes, surgiendo alternativamente de las palabras y de la actitud de Nuestro Señor, en el episodio de la fiesta de la Dedicación según el relato de San Juan, X, 22.

“Era invierno. Y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón”. Ese rasgo inesperado que parece asimilar al Señor a la muchedumbre banal de gente ociosa, señala, en realidad, su carácter de Maestro de la Sabiduría y de jefe de Escuela. El verdadero Peripatético es Él; pero su escuela y su universidad es el Templo, y no un recinto reservado a un pequeño grupo de discípulos inscritos. La arquitectura de ese pórtico salomónico simboliza cumplidamente, no sólo el orden, la precisión, la grandeza armoniosa del edificio doctrinal que la fe de su Iglesia levantará en el mundo, sino también la abundancia de aire y de luz que en él circula, la universalidad y la vida de la síntesis teológica. Se diría que ese simple rasgo ha venido a la pluma del Evangelista traído por la viva

---

<sup>54</sup> Mat., XV.

<sup>55</sup> Mat., X, 5, 6.

<sup>56</sup> Mat., XXIII, 37.

<sup>57</sup> *Contr. Apion.*, II, 16.

impresión del contraste de las Escuelas griegas, que tuvo ante sus ojos. Yo veo en eso una ilustración o una equivalencia del *Docete omnes gentes*.

Los judíos no tardan en rodear al Maestro y le proponen una pregunta airada. Jesús contesta: “Vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz: y yo las conozco, y me siguen”. La Escuela, el Pórtico se abren de pronto sobre una escena pastoril. ¡Cómo conviene este juego de imágenes a la Iglesia, aprisco del Único Amor y escuela de la Única verdad! Estas de que habla Nuestro Señor, son ovejas inteligentes y atentas, y no como las de Dante<sup>58</sup>.

“Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano. Lo que me dio mi Padre, es sobre todas las cosas: y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre”<sup>59</sup>.

He ahí la unidad viviente e inquebrantable del Cuerpo místico de Cristo. He ahí la importancia capital de la Iglesia: *majus est omnibus*. Ella está unida al Hijo con el mismo vínculo que une el Hijo al Padre; está en la mano del Padre como en la mano del Hijo, su Esposo. He ahí el misterio de Cristo en la Iglesia y la Iglesia en Cristo.

§ Cuanto más se aproxima Nuestro Señor a su Sacrificio en la Cruz, más fuerza y amor pone en hacernos entender el misterio de la Iglesia. Los discursos y la Oración durante la Cena y después de la Cena, que debemos considerar como arquetipo de la Liturgia, son el testamento dejado por el Señor a su Iglesia:

“Yo sé los que escogí”.

“El que recibe al que Yo enviare, a Mí me recibe: y quien me recibe a Mí, recibe a aquél que me envió”.

“Ahora es glorificado el Hijo del hombre; y Dios es glorificado en Él”.

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros”<sup>60</sup>.

“Vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que en donde Yo estoy, estéis también vosotros”.

“El que en Mí cree, él también hará las obras que Yo hago, y mayores que éstas hará”.

“El espíritu de la verdad, a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce: mas vosotros lo conoceréis: porque morará con vosotros y estará en vosotros”.

“Todavía un poquito: y el mundo ya no me ve. Mas vosotros me véis: porque Yo vivo, y vosotros viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros”.

“El que me ama, será amado de mi Padre: y yo le amaré, y me le manifestaré a Mí mismo”.

“Si alguno Me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada en él”.

“El Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que Yo os hubiere dicho”.

“La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy yo como la da el mundo”<sup>61</sup>.

“Yo soy la verdadera vid: y mi Padre es el labrador”. “Estad en mí, y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid: así ni vosotros, si no estuviereis en Mí”.

“Como el Padre me amó, así también Yo os he amado. Perseverad en mi amor”.

---

<sup>58</sup> *Purg.*, III, 79.

<sup>59</sup> Juan, X, 29.

<sup>60</sup> Juan, XIII., 18, 20; 31; 35.

<sup>61</sup> *Ibid.*, XIV, 3; 12; 17; 19; 20; 21; 23; 26; 27.

“No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas a vosotros os he llamado amigos: porque os he hecho conocer todas las cosas, que he oído de mi Padre”.

“Porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo”<sup>62</sup>.

“Cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad. El me glorificará porque de lo mío tomará, y lo anunciará a vosotros”.

“Y en aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre. Pediréis en Mi nombre; y no os digo que Yo rogaré al Padre por vosotros: porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios”<sup>63</sup>.

“Padre, viene la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti. Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste a Él, les dé a ellos vida eterna”.

“He acabado la obra que me diste a hacer... He manifestado Tu nombre a los hombres que me diste del mundo... Porque les he dado las palabras que me diste”.

“Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por éstos, que me diste, porque tu- vos son”.

“Ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y Yo voy a Ti. Padre santo, guarda por tu nombre a aquéllos que me diste: para que sean una cosa, como también nosotros”.

“Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad”.

“Como Tú me enviaste al mundo, también Yo los he enviado al mundo. Y por ellos Yo me santifico a Mí mismo, para que ellos sean también santificados en verdad”.

“Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos: Para que sean todos una cosa, así como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, que también sean ellos una cosa en nosotros: para que el mundo crea que Tú me enviaste”.

“Yo les he dado la gloria que Tú me diste: para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa”.

“Yo en ellos, y Tú en Mí: para que sean consumados en una cosa: y que conozca el mundo que Tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste a Mí”.

“Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer: para que el amor con que me has amado esté en ellos, y Yo en ellos”<sup>64</sup>.

Así es como, abarcando toda su Iglesia, la Iglesia universal de todos los tiempos, el Señor Jesús le aseguraba esa maravillosa participación de la Unidad Divina y de su propia gloria divina: *claritatem quam dedisti mihi, dedi eis, ut sint unum sicut et nos*; la participación de su santidad, de su misión, el crédito ilimitado sobre sus méritos y la participación de la omnipotencia de su oración; y la de su paz, y la de su beatitud; y también la de su imperio visible y temporal sobre toda carne, *potestatem omnis carnis*, en atención al fin supremo de la vida eterna. En fin, para que nada falte, la participación del odio del mundo y la participación de la Cruz, *propterea odit vos mundus*.

Esas son las joyas de la Esposa. Ese es el contrato de la alianza, fechado en la hora de la Cena y sellado con la Eucaristía. En él se estipula la dote regia de la Iglesia, a la espera del sangriento desposorio sobre la Cruz y las nupcias abrasadas de Pentecostés.

---

<sup>62</sup> Ibid., XV, 1; 4; 9; 15; 19.

<sup>63</sup> Ibid., XVI, 13; 14; 23; 26; 27.

<sup>64</sup> Ibid., XVII, 1-2; 4; 6; 8; 9; 11; 17; 18; 19; 20; 21; 22; 23; 26.

### III

#### LA PERSONALIDAD DE LA IGLESIA

*Et Unam, Sanctam, Catholicam et Apostolicam Ecclesiam.* Al proclamar las Notas de la Iglesia, esta cuarta parte del Símbolo de Nicea le confiere una personalidad y, por así decirlo, la yergue de pie ante nosotros. Puesta a continuación de las partes que tratan de las Personas de la Divina Trinidad, impone a nuestra fe, de un modo apremiante, la personalidad de la Iglesia.

§ Convenía, ante todo, que el Ser divino, el más universal y personal de los seres, se reflejase en la Iglesia: la Iglesia, pues, debía tener un carácter no solamente colectivo y universal, sino personal.

§ Convenía también que la Iglesia reflejase la imagen del misterio de la Encarnación del Verbo, donde lo más sorprendente es el papel único de la Persona divina con respecto a las dos naturalezas de Cristo.

§ Decimos, sin embargo, que más que Cristo es el Espíritu Santo quien hace la personalidad de la Iglesia. ¿Por qué? No es necesario recordar que esta atribución al Espíritu Santo no excluye la atribución a las demás Personas divinas, “*opera Trinitatis sunt indivisa*” [las operaciones *ad extra* de la Trinidad son producidas indivisamente por las tres divinas Personas]; pero, precisamente al atribuir al Espíritu Santo esta perfección de la Iglesia, que es la personalidad, hacemos más inteligible la unión y la semejanza de la Iglesia con Cristo.

En efecto, si la Iglesia ha de reproducir el misterio de la Encarnación con los tres términos que lo constituyen: naturaleza humana, naturaleza divina y Persona divina —deberá comportar tres términos análogos—: una naturaleza humana, una humanidad proveniente de la multitud de sus miembros, y que comprende un cuerpo, la Iglesia enseñada y un alma, la Iglesia enseñante<sup>65</sup> —una naturaleza divina que Cristo, su Cabeza, su Esposo—, le confiere, elevándola a la vida sobrenatural, a la participación de la naturaleza y de las operaciones de Dios —el Espíritu Santo— principio de amor y de cohesión entre Cristo y la Iglesia, principio de santificación y de perfección que sella, corona y consuma el desposorio, como la Persona del Verbo sella la unión de las dos naturalezas en Cristo.

Estableciendo esta analogía, de ningún modo contrariamos la tradición patrística teológica y litúrgica que ve en el Espíritu Santo el alma de la Iglesia: porque al asimilar, como lo hacemos, la acción del Espíritu Santo en la Iglesia a la de la Persona del Verbo en Cristo, más bien llevamos a su máximo aprovechamiento la virtud analógica del

---

<sup>65</sup> Nota: Es sabido que, desde otro punto de vista, el cuerpo de la Iglesia significa su organismo visible y jerárquico, y el alma de la Iglesia designa la vida sobrenatural que circula en ese gran cuerpo, y que puede propagarse de un modo invisible hasta alcanzar almas lejanas, involuntariamente sustraídas a la influencia jerárquica.

principio vital o del alma<sup>66</sup>. Por otra parte, no atribuimos a la Iglesia enseñante la función de alma, sino en virtud de la acción del Espíritu Santo.

§ Resulta evidente que, si la personalidad de la Iglesia es una imagen, ésta es más que una metáfora. Su noción sobrepuja tanto en precisión y firmeza como en riqueza y extensión, el concepto de la personalidad moral.

*En precisión y en firmeza*, ante todo: Es cierto que de la unión de esos tres elementos tan diversos que componen la Iglesia —la Humanidad, Cristo y el Espíritu Santo— no puede resultar, hablando como filósofos, más que un todo accidental o impropriamente sustancial; pero el vínculo que los une es una Persona divina, y por eso confiere a su conjunto una unidad, una estabilidad, una autonomía excelentemente racional e inteligente que, por cierta analogía y de un modo superior, merece el nombre de personalidad. O más bien, es el caso de decir que sólo la Iglesia realiza el tipo de esta personalidad absolutamente nueva<sup>67</sup>.

*En extensión y en riqueza*: porque mientras la personalidad moral ordinaria está comprimida en los límites de un grupo humano, la personalidad de la Iglesia no sólo integra en sí todas las variedades de los individuos humanos y puede abarcar un número siempre mayor; no sólo se manifiesta por una autoridad augusta y una grandiosa tradición, sino que comporta, además, estas tres excelencias: no se la puede concebir separadamente de las Tres Personas Divinas: se ejerce en el dominio de la actividad y de la vida de Dios; resulta de una comunicación del Bien infinito, que sigue inmediatamente a la representada por la Unión hipostática.

§ Todo lo que podemos decir de la personalidad de la Iglesia contribuye a ilustrar esa doble superioridad que le hemos reconocido.

§ Así, la divina Personalidad de la Iglesia aparece en el hecho de su facultad de *memoria*, memoria más precisa y más firme que en ninguna otra personalidad individual o colectiva. Los Estados tienen su tradición y sus archivos, las burocracias tienen su rutina: pero en todo eso no hay nada que explique la fidelidad de la Iglesia para con sus recuerdos; recuerdos tan antiguos como el mundo y tenidos por revelaciones y confidencias de Dios. La Iglesia se rehúsa a referir a sus memorias y a su autobiografía una fecha menos lejana que la de los orígenes del mundo. En la afirmación de la exactitud de sus recuerdos, ella empeña su honor, su existencia y la salvación del mundo. Sobrehumanas son la tenacidad y la claridad de esa memoria. La Revelación divina que le está confiada, tiene buena custodia.

§ Aun a partir de los tiempos apostólicos en que Nuestro Señor, certificando con su palabra y sus milagros la autenticidad de las revelaciones antiguas y fundándolas en su propia Revelación, confió a su Iglesia el depósito definitivo de la Verdad, aun a partir de aquellos tiempos, la memoria de la Iglesia no deja de mostrarse prodigiosa y atestigua una personalidad real y superior. Ese depósito le fué confiado bajo dos aspectos: en la forma escrita de los libros inspirados y en la forma oral que emplearon los Apóstoles, cuya enseñanza debían transmitirse las cristiandades primitivas por medio de sus Obispos, sus Doctores y sus Concilios. La fidelidad de la Iglesia a esta doble fuente ¿no da testimonio de que sobre ella se ejerce una dirección única y divina? Un discernimiento

---

<sup>66</sup> Nota: Inversamente, en el símbolo atanasiano, la comparación del alma es empleada a propósito del misterio de la Encarnación: *non sicut anima rationalis et caro unus est homo; ita Deus et homo unus est Christus.*

<sup>67</sup> Véase el hermoso artículo del R. P. Cathala, *Revue Thomiste*, abril 1913.

tan fino para seguir esa doble corriente y un vigor tan grande para resistir a los contradictores de la tradición y a los adulteradores de los Libros, suponen el esfuerzo de una memoria milagrosa, y personal, que aún perdura. “*Ille vos docebit omnia, et suggeret omnia*”<sup>68</sup>. Él hará que os acordéis, traduce Bossuet. “*Hanc praedicationem cum acceperit, et hanc fidem... Ecclesia, et (quidem) in universum mundum disseminata, diligenter custodit, quasi unam domum inhabitans; et similiter credit iis, videlicet quasi unam habens et unum cor; et consonanter haec praedicat et docet et tradit, quasi unum possidens*”<sup>69</sup> [Habiendo recibido esta predicación (apostólica) Y esta fe..., la Iglesia, aunque diseminada, en el mundo entero, guarda ese depósito con un cuidado fiel, como si realmente ella tuviera su habitación en una única casa; y cree, asimismo, en esas cosas, quiero decir como no teniendo más que un alma y un corazón; y con esa misma unidad las predica y las enseña y las transmite a las generaciones, como no poseyendo más que una sola boca.— San Ireneo].

§ No menos sobrehumana aparece la conciencia de la Iglesia, otro signo de su personalidad. Puede entenderse la *conciencia* en dos sentidos muy diferentes: como facultad central que registra las diversas percepciones del ser viviente, o como hábito interno de los primeros principios de la moralidad. En uno y otro caso, el carácter de la conciencia es la certeza. Consideremos, pues, la certeza en la Iglesia — me refiero a la certeza divina de la Revelación y de la Fe— como un signo indudable de su personalidad divina.

La conciencia de la Iglesia muestra una sensibilidad exquisita al servicio de esa divina certeza. Define sus grados, percibe sus matices: porque mientras que la certeza sobrenatural es absoluta e inmutable respecto a las verdades que son propiamente de fe; respecto a los datos de la Tradición patristica y a las conclusiones de la Teología, esa certeza presenta diversos grados, según la luz divina pase más o menos tamizada a través de las razones humanas que se inspiran en ella. Y eso no significa un doblegamiento en la conciencia de la Iglesia: es una prueba de su fineza y de su orden. La Iglesia no hace más que graduar la fuerza de sus afirmaciones, y de ningún modo la relaja.

Además, la conciencia de la Iglesia se muestra altiva e indomable al servicio de la certeza divina. Poner en discusión esa certeza es traicionar a la Iglesia y provocar su anatema. Puede decirse de ella que se aplica a mantener la inviolabilidad de esa convicción con más energía aún que a mantener la inviolabilidad de su moral; o más bien, que si mantiene la santidad de su moral es por la inviolabilidad de su fe. En fin, si se llega a exigirle una denegación de su divina certeza, aunque sea bajo pena de muerte, la Iglesia manda o acepta el martirio para afirmarla más aún. Así la doctrina y el ejemplo del mártir constituyen el signo más hermoso de la invencible personalidad de la Iglesia: “*Quapropter Ecclesia omni in loco, ob eam quam habet erga Deum dilectionem, multitudinem martyrum omni tempore praemittit ad Patrem*”<sup>70</sup>. [De ahí que la Iglesia, a causa de su amor hacia Dios, disputa ante el Padre, en todo lugar y en todo tiempo, la multitud de sus mártires.-- San Ireneo].

§ San Agustín nos ha dicho cuál fué su asombro cuando, escuchando a San Ambrosio, reconoció de pronto esa gran personalidad de la Iglesia: “*Confundebar et convertebar et gaudebam, Deus meus, quod Ecclesia tua unica, Corpus Unici tui, in qua mihi nomen Christi infanti est inditum, non saperet infantiles nugae*”<sup>71</sup>. [Me avergonzaba, volvía

<sup>68</sup> Juan, XIV, 26. "Y el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho."

<sup>69</sup> San Ireneo, *Adv. Haer. lib. I, cap. X, 2*.

<sup>70</sup> San Ireneo, *Adv. Haer., lib. IV, Cap. XXXIII, 9*.

<sup>71</sup> *Confesiones*, VI, 4.

sobre mí y me alegraba, Dios mío, de que la sabiduría de tu Iglesia única, el Cuerpo de tu Unigénito, en la cual siendo yo niño se me comunicó el nombre de Cristo, no estaba hecha de pueriles simplezas].

§ De la diversidad de los elementos, Humanidad, Cristo y Espíritu Santo, que componen el ser de la Iglesia, no resulta ninguna confusión: esos elementos se atraen y sostienen entre sí, como en un astro la masa, el movimiento, la incandescencia y la luz. La masa es la colectividad de los bautizados; la incandescencia y la luz es la acción vivificante de Jesucristo Redentor y Revelador; el movimiento es el Espíritu Santo.

Históricamente, jamás se ve operar uno de esos elementos sin que los otros le acompañen. Hay un doble hecho que da suficiente testimonio de su coordinación y su armonía: la Iglesia enseñante tiene muy en cuenta el sentir de la Iglesia enseñada, hasta tomar de éste, a veces, la materia de sus definiciones y regular sobre él la hora que conviene a esas mismas definiciones. Por otra parte, la acción de Cristo y del Espíritu Santo en las almas enseñadas, siempre aparece dependiente del ministerio de la Iglesia enseñante, o subordinada a su vigilancia. Nada muestra mejor que eso la unidad de espíritu y la indivisible personalidad de la Iglesia.

§ ¿Podría objetarse que los cismas y las herejías introducen una perturbación en ese orden? De ningún modo: son más bien desperdicios o estallidos fragmentarios como los que suelen ocurrir en los astros; pero la masa no es por eso disuelta, ni inmovilizada, ni oscurecida. Y sería necesario colocarse en la perspectiva celeste para juzgar de la importancia o de la insignificancia de esos desprendimientos.

§ Se preguntará, al menos ¿por qué la acción de Cristo y de su Espíritu en la Iglesia es tan dependiente de las circunstancias? ¿Por qué padece atrasos y comporta un concurso a veces tan torpe de los individuos? ¿No hay, acaso, intermitencias en la marcha de una doctrina? ¿No puede asimismo haber una aleación de materiales de valor desigual y transitorio en la preparación y en los considerandos de los actos más incontestablemente asistidos por el Espíritu Santo? Contentémonos con responder que el obstáculo de las circunstancias pronto se gasta, que los retardos son enseguida compensados, y que las aleaciones imperfectas del concurso de los hombres son absorbidas prontamente en la acción de la Sabiduría y del Poder que gobiernan la Iglesia. En el principio, el Espíritu parecía dejarse llevar ociosamente sobre las aguas; mas operaba sobre los elementos en previsión del *fiat* ordenador: no puede estar más ocioso que entonces cuando parece abandonar la Iglesia al oleaje del tiempo.

§ Si las cuatro Notas de la Iglesia sugieren su personalidad, es porque no se animan plenamente y no tienen toda su fuerza y su alcance, sino entendidas en un sentido personal. Dad a la Iglesia una conciencia y una memoria: oís enseguida a esa conciencia proclamar su unidad, la véis elaborar y exigir su santidad. La memoria de sus orígenes apostólicos le impedirá faltar a su honor; y puesto que el depósito recibido de los apóstoles es definitivo, puesto que no debe ceder el sitio a ninguna nueva economía, luego es también universal: la Iglesia se proclama católica y se sabe indefectible.

§ Conclusión de una importancia suprema en cuya enunciación he puesto un retardo sólo aparente, pues está implícita en todo lo que acaba de decirse, y surge con la primera afirmación de la personalidad de la Iglesia: esa personalidad no puede concebirse sin una Cabeza visible, sin Pedro y el Papa.



La persona humana se manifiesta excelentemente y se afirma por medio de la voz. La voz expresa por la palabra, mejor que todo otro órgano, los pensamientos y las libres decisiones del ser racional. El Papa es la voz sensible de la Iglesia.

La voz de la iglesia no puede ser un libro; ni siquiera un libro inspirado. Debía ser Platón el que observara que hay libros semejantes a esas pinturas que parecen vivas, pero que guardan un solemne silencio cuando se las interroga. “Una vez escrito, el libro circula entre lectores competentes y lectores extraños a su espíritu. No tiene la habilidad de hablar tan sólo a aquellas personas que conviene; y no se sabe defender”<sup>72</sup>. La reserva divina y el misterio de un libro inspirado, lo exponen más aún a la afrenta de las interpretaciones contradictorias. La voz del hombre que comienza a formarse, es indistinta; mas conforme su organismo desarrolla y se afirma, su voz se hace más expresiva y adquiere acento personal. Esa es toda la razón y toda la historia del ejercicio progresivo, pero ya en sus comienzos formal y continuo, de la autoridad papal en la Iglesia.

---

<sup>72</sup> *Fedro*, 275.

## IV

### LA VIDA HIERÁTICA DE LA IGLESIA

Hierático o sacerdotal. Así debe ser calificado, en primer término, el oficio que la Iglesia desempeña entre Dios y los hombres.

Según el cuadro grandioso de San Pablo, en el momento que Jesús hace su entrada gloriosa en el cielo para concluir allí, como en su templo definitivo, su función sacerdotal: “*Non enim in manufacta Sancta introivit, sed in ipsum coelum... semel oblatus*”<sup>73</sup>. [Porque no entró Jesús en un santuario hecho de mano que era figura del verdadero: sino en el mismo cielo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros..., una sola vez inmolado], entonces la Iglesia aparece ante el mundo en el esplendor de las insignias del Sacerdocio, para continuar, inseparablemente unida a Él, esa misma función en la tierra.

Pero, notémoslo bien, el Señor Jesús ya había sido sacerdote desde el comienzo y en todos los instantes de su vida mortal por los actos anticipados de su Corazón: deberá seguir siéndolo en todas las cosas dentro de la Iglesia, y de una manera visible. Plena realización del “*sacrificium et oblationem noluisti, tunc...*”<sup>74</sup>. [Sacrificio y ofrenda no quisiste... Entonces dije: He aquí que vengo].

§ En efecto, dentro de la Iglesia todo se funda en el Sacrificio. Y, en primer lugar, su constitución jerárquica; que así se llama porque, compuesta de diversos Órdenes, todos reciben su aptitud por el Sacramento que confiere el poder del Sacrificio.

Las otras funciones de la Iglesia no son más que una prolongación de su Sacerdocio: su Enseñanza no tiene otro objeto que el de hacer conocer al mundo el Plan divino de la Redención por el Sacrificio; su Oración no es más que la preparación, o el acompañamiento o la acción de gracias de su Sacrificio; su acción apostólica y caritativa no tiende más que a la aplicación universal y continua de los méritos y de los frutos del Sacrificio.

§ ¡Cuánto supera este Sacerdocio al sacerdocio natural del hombre en la Creación! Miembro del cuerpo místico de Cristo, todo bautizado es hecho concelebrante del Único Sacrificio, con la Iglesia y con Cristo: *Unde et memores nos servi tui sed et plebs tua sancta*<sup>75</sup>. Esta participación en el Sacerdocio de la Iglesia (y el bautizado tiene también su parte, aunque a veces inadvertida, en las prolongaciones del Sacerdocio a que nos referimos anteriormente) viene a constituir su verdadera realeza: “*Gens sancta, regale sacerdotium*”<sup>76</sup> [Pueblo santo, sacerdocio real.]

---

<sup>73</sup> Hebr., IX, 24-28.

<sup>74</sup> Salmo, XXXIX, 7.

<sup>75</sup> Canon de la Misa.

<sup>76</sup> I Pedro, II, 9.

§ Lleguemos al extremo de esta consecuencia que acabamos de sacar, y no temamos decir que el carácter hierático es, en la vida de la Iglesia, dominante y dominador y también exclusivo.

*Dominante:* constituye de hecho, en la visión de la Iglesia primitiva, el rasgo más saliente y más hermoso. La liturgia celestial del Cordero, en el Apocalipsis, no es más que la transposición profética de lo que realmente pasaba en los Misterios. Los Apóstoles, hombres del Templo y de la oración en común, en las Comunidades que van a fundar a sitios lejanos, siguen siendo Hierarcas, según toda la magnificencia del sentido que San Dionisio atribuirá más tarde a esa palabra y a ese oficio. Y no son solamente los primeros sacerdotes y diáconos, sino también los primeros fieles, quienes comparten con los Apóstoles, día y noche, esa vida canónica de la cual el altar es el centro luminoso.

¿Quién se atreverá a decir que esa vida hierática de la Iglesia primitiva sea una utopía accidentalmente realizada, o simplemente una perfección demasiado grande como para que las exigencias del estudio y las necesidades de la acción nos permitan tender a ella en nuestros días? La ciencia que nos apartara totalmente de esa vida, no sería más que un vano humanismo; y la acción que prescinde de esa vida no es más que individualismo. Mucho estudio y mucha acción son necesarios, sin duda; pero mucho estudio y mucha acción no valen una misa.

En derecho, como de hecho, el carácter hierático es dominante en la vida de la Iglesia; porque teniendo un sentido enteramente divino de los derechos de la Majestad Divina — *Offerimus praeclarae Majestati tuae*, dice en el Canon— la Iglesia no sólo reconoce la preeminencia de la virtud de religión sobre las otras virtudes morales, sino que además difunde y exalta su ejercicio. Quiere que éste sea completo, es decir, sensible y manifiesto, tanto como interior; quiere que sea colectivo y oficial; asegura su continuidad y su regularidad cotidiana, y le añade pompa y esplendor.

De ese modo, la religión de la Iglesia continúa, concluye y transmite hasta a las formas más sensibles, la religión misma del Alma de Cristo.

*Dominador:* el carácter hierático es, en verdad, dominador. Lo único que la Iglesia impone al mundo, lo que más le cuesta hacerle aceptar, y con lo cual conquista al mundo, es su Sacerdocio, es la necesidad mediadora y universal de su intervención. En su historia, las luchas por la dignidad y la independencia del sacerdocio vienen inmediatamente después de las luchas doctrinales. La acción de los Papas más grandes y más santos es tan poderosa y tan fecunda, porque obran como Pontífices. Los obispos y los monjes no pretenden civilizar a los bárbaros para convertirlos: los bautizan para civilizarlos. Ningún pacto ni concordato ajusta, entre la Iglesia y los reyes, lazos tan fuertes y vivos como el hecho de la consagración. En cambio, también es cierto que lo que más han envidiado los príncipes es el derecho divino de la Iglesia y su imperio sobre las conciencias. Aun en nuestros días, el único sostén de las civilizaciones amenazadas o semi-disueltas por la anarquía es lo que les queda de los Sacramentos; pues éstos, consagrando las funciones privadas y públicas, las generaciones y las grandes fechas de la vida humana, conservan su moralidad y su salud, y esto para no agregar su santidad. De tal manera que, como antiguamente, la fuente de nuestras civilizaciones es siempre el baptisterio, y por ahí, el Sacerdocio.

Se comprende que sea el Sacerdocio —que el mundo no le perdonaría que olvidara— lo que sus enemigos querrían verle abdicar.

*Exclusivo:* el carácter hierático debe ser exclusivo, puesto que toda participación, aun remota, al sacrificio de Cristo, hace del cristiano, en cierto grado, una hostia: *offerens et*

*oblatio*, como Cristo mismo. El sacerdote y el bautizado son, aunque en distinto grado, seres segregados; no sólo en virtud de una necesidad de ascetismo individual, sino porque ambos son seres consagrados; y esto, en virtud de la inmolación activa y pasiva de Cristo, en la cual están comprendidos<sup>77</sup>.

El sacerdote aísla su corazón en la soledad del voto; y ¡cuántos otros renunciamientos a las superfluidades profanas no le ha significado ya la tonsura, al darle una fisonomía más viril! No debe esperar la triste experiencia de que en ciertos lugares su presencia es imposible y que su acción no tiene fruto, para templar su celo únicamente en la fuerza de la misión y del espíritu, alimentando su alma con la savia de los ritos sagrados y haciéndola resplandecer en la llama de su sacrificio. Nada tiene eso que ver con la extravagancia de estar en perpetua ceremonia o bendecir sin que venga al caso: sino, simplemente, el *Imitamini quod tractatis*.

Por su Bautismo, todo cristiano es puesto sobre aviso contra los *saecularia desideria*<sup>78</sup>, contra la conformidad con el mundo<sup>79</sup>, y advertido sin cesar de que está “crucificado con Cristo”.

§ Tal es la fuerza, la extensión, la exigencia del carácter hierático en la vida de la Iglesia; tal es la unión de la Iglesia con Cristo-sacerdote, la identidad de la Jerarquía y del Sacerdocio, la dependencia de la Oración común y privada, y asimismo de las virtudes individuales, con respecto al Sacrificio y a los Misterios sacramentales. Dos hechos gloriosos destácanse de consuno. El primero de ellos es la fidelidad de la Iglesia al recuerdo que su Esposo pidió que le guardara: *hec quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*. Todos los documentos más antiguos que se encuentran en las diversas Liturgias no son otra cosa que las huellas dejadas en la memoria y en el corazón de la Iglesia por la primera Liturgia del Jueves Santo. Esa emoción sagrada se manifiesta en rasgos fugaces y tiernos, como estas pocas palabras del Canon: *Accepit panem in sanctas ac venerabiles manus suas*, palabras que son un testimonio ocular, un recuerdo personal, insertas seguramente por los mismos Apóstoles.

Ese fiel y delicado recuerdo de la Iglesia inspira y anima toda su vida. Su viudez no es un duelo, y tiene, sin embargo, todo lo patético de un duelo; su unión no es la presencia gloriosa, pero tiene su irradiación y su fuego constante.

El otro hecho es la viviente eficacia de sus ritos. La vida hierática de la Iglesia, su Liturgia, aun suponiendo que no estuviese fundada en los Sacramentos, seguiría siendo el mejor de los Sacramentales. Es incomprensible que existan cristianos que no vean en ellos sino un sistema de símbolos y los desacrediten por inoportunos o aburridos. Ya hemos visto que el carácter hierático debe penetrar como un principio todas las otras funciones vitales de la Iglesia. La vida hierática es la entrada en los estados de Cristo, y la reproducción de esos estados. Todo en ella es espíritu y vida. La vida de los sacerdotes, como largo sábado, en el que la Iglesia quisiera ver entrar a todos los bautizados, no es menos ociosa que el ocio eterno de Dios. “*Pater meus usque modo operatur et Ego operor*”<sup>80</sup>. [Mi Padre hasta ahora obra y Yo también obro]. Turbado por el torbellino de las ambiciones terrestres, y reducido por las mismas fiebres intelectuales, el recreo del

---

<sup>77</sup> “*Per hoc et sacerdos est, Ipse offerens, Ipse et oblatio. Cuius rei sacramentum quotidianum esse voluit Ecclesiae Sacrificium: quae, cum Ipsius capitis corpus sit, seipsam per Ipsum offerre.*” [Cristo es el sacerdote que ofrece este sacrificio, y al mismo tiempo es la oblación. El cual sacramento quiso que fuese el sacrificio cotidiano de la Iglesia, de modo que siendo ésta el cuerpo del cual Él es la cabeza, ella misma se ofreciera por Él]. (San Agustín, *De Civ. Dei*, lib. X, cap. XX.).

<sup>78</sup> Tit. II, 12.

<sup>79</sup> Rom., XII, 2.

<sup>80</sup> Juan, V, 17.

alma, la mejor y la más acendrada de nuestras alegrías, pronto ya no será posible sino dentro de la Iglesia.

Sólo al hieratismo pagano convienen la inercia, el frío convencionalismo, la ociosidad, la puerilidad, la fealdad. El Ritual de bendiciones de la Iglesia hieratiza a la muchedumbre de criaturas con un recto optimismo y con un justo sentido de su utilidad y sus peligros, de su belleza y de su profanación posible, y no sólo a las criaturas, sino también a las industrias del hombre. La Iglesia somete todas esas cosas a la influencia saludable de su Sacrificio; hace de ellas la redención detallada y continua: “*Ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis in libertatem filiorum Dei*”<sup>81</sup>. [La misma creación material será librada de la servidumbre de la corrupción en la libertad de los hijos de Dios].

Atribuyen comúnmente al hieratismo una esencial inmovilidad: en eso hay un índice por demasía del reflejo de la Inmutabilidad y de la Majestad divinas que lleva sobre sí el Sacerdocio; o si se quiere, un sentimiento nacido de la cesación del rito sangriento y animal del Sacrificio mosaico, inspirado por la infinita dignidad de la nueva y única Víctima. Eso es lo que justifica, y por eso nos conmueve, la opulenta rigidez del arte de los bizantinos. Más majestuosa aún es en el Misal (misa *Statuit* para un confesor pontífice) la figura del Gran Sacerdote: *Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus...* Para hacer una perfecta composición del personaje hierático de la Iglesia se han tomado los rasgos de los más grandes Patriarcas antiguos. Pero es en la Epístola de San Pablo a los Hebreos donde ese personaje alcanza la plenitud de su carácter sagrado, donde se anima y se identifica con Cristo: “*Considerate apostolum et pontificem confessionis nostrae... amplioris enim gloriae prae Moyse dignus est habitus*”<sup>82</sup>. [Considerad al Apóstol y Pontífice de nuestra confesión, Jesús... Porque éste es tenido por digno de mucha mayor gloria que Moisés].

§ Esta divina vitalidad del Sacerdocio constituye la incorruptible juventud de la Iglesia, la pureza virginal de la fe en su Esposo. “*Propter hoc Dominus in capite suo accepit unguentum, ut Ecclesiae spiret incorruptionem. Ne ungamini tetro odore doctrinae principis hujus saeculi*”<sup>83</sup> [El Señor ha recibido la unción en su cabeza para que la Iglesia respire incorrupción. No seáis tocados por el fétido olor de la doctrina del príncipe de este mundo. —San Ignacio de Antioquía].

Es de experiencia que la vida hierática y litúrgica produce sosiego en las almas y da inspiraciones al espíritu. ¿Y qué puede ser más lógico? ¿No es acaso en su función hierática donde la Iglesia tiene que hallarse más plenamente investida por virtud del beneplácito divino? “El Espíritu Santo, observa Bossuet, ha admirado hasta el ruedo de su vestidura: *in fimbriis aureis...* Todo lo que hay en la Iglesia respira amor santo y hierre con un dardo de igual amor el corazón del Esposo”<sup>84</sup>. Mas donde tiene lugar ese comercio y se renueva esa divina unión es en el Sacrificio. Si el Verdadero Sacerdocio fué instituido en medio de los tiempos, puede creerse que ha sido para indicar que la Iglesia está igualmente exenta de arcaísmo y de decadencia, y que las primicias de su oblación no pueden marchitarse. Porque Dios ama lo antiguo, pero no lo viejo: “*Comedetis vetustissima veterum, et vetera novis supervenientibus projicietis*”<sup>85</sup>. [Comeréis lo más añejo de lo añejo, y sobreviniendo lo nuevo arrojaréis lo añejo].

---

<sup>81</sup> Rom, VIII, 21.

<sup>82</sup> Hebr., III, 1-3.

<sup>83</sup> Epístola de San Ignacio de Antioquía a los Efesios, XVII.

<sup>84</sup> *Pensées chrét. et morales*, Leborg. VI.

<sup>85</sup> Levítico, XXVI, 10.

§ Fuente de juventud y de pureza, la vida hierática también es fuente de alegría — alegría que se comunica y derrama como un bálsamo — *unxit te Deus oleo laetitiae*— alegría que resplandece y que canta. La vida cristiana, en sus actos más discretos, es un cántico: “*Sicut in locutionibus exterioribus, secundum melodiam et proportionem prolatis, resultat cantus sensibilis; ita in locutionibus interioribus et etiam affectionibus, secundum proportionem et ordinem debitum ad Deum directis, resultat quaedam melodia spiritualis et quidam cantus intelligibilis*”<sup>86</sup>. [Así como de las palabras exteriores, proferidas según la melodía y la proporción que convienen, resulta el canto sensible, de las palabras interiores de la inteligencia y también de los afectos del corazón dirigidos a Dios, según la proporción y el orden debidos, resulta cierta melodía espiritual y un como canto inteligible. — Santo Tomás de Aquino].

Y aún podemos decir más: la vida cristiana es un canto dialogado entre varios: es sinfónica. Cuando San Pablo, por dos veces, nos recomienda cantar, quiere que el alma se desdoble y se multiplique: “*Loquentes vobismetipsis in psalmis et in hymnis*<sup>87</sup> *commonentes vosmetipsos psalmis, hymnis...*”<sup>88</sup>. [Hablando entre vosotros mismos en salmos y en himnos y canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones. La palabra de Cristo more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos a los otros con salmos, himnos y canciones espirituales...]. Pero, sobre todo, está Dios, Dios, de quien viene el movimiento que conduce las potencias del alma en esta sinfonía, Dios, que, digámoslo, canta en nosotros, ya que en nosotros ora y en nosotros gime<sup>89</sup>. Luego, ¿cómo no ha de cantar la Iglesia? Si cada alma cristiana es un cántico, la Iglesia es el Cántico de los Cánticos, la patria del lirismo sagrado, el prelude de las sinfonías eternas. Si la paz es la tranquilidad del orden, el canto es su júbilo; es el rapto entusiasta de la caridad y de la unidad. “*Nam memorabile vestrum presbyterium, dignum Deo, ita coaptatum est Episcopo ut chordae citharae. Propter hoc in consensu vestro et concordia charitate Jesus Christus canitur. Sed et vos singuli chorus estote, ut, consoni per concordiam, melos Dei recipientes in unitate, cantetis voce una per Jesum Christum Patri...*”<sup>90</sup>. [Porque el colegio de vuestros sacerdotes, loable y digno de Dios, está unida y conformado al obispo como las cuerdas a la cítara. Por eso Jesús es cantado en el concierto de vuestras almas y vuestra unánime caridad. Y vosotros mismos, sed cada uno un coro para que, puestos de acuerdo por la concordia y recibiendo en la unidad la armonía de Dios, cantéis al Padre, con una sola voz, por Jesucristo...—San Ignacio de Antioquía].

La necesidad de cantar y la excelencia de ese canto constituyen también una de las glorias definitivas de la Iglesia. Una apología “*De adventu Messiae praeterito*”, [Que el advenimiento del Mesías ha tenido lugar], escrita hacia el año 1070 por un judío converso de Marruecos, señala esa prueba de institución divina en el hecho de que el lirismo de la Sinagoga ha pasado a la Iglesia pues sólo ella canta ese Cántico nuevo y universal que Pedían los Profetas<sup>91</sup>.

§ Todo lo que acaba de decirse explica las insistencias, las lentitudes, digamos también lo largas que suelen ser la Oración, la Alabanza y la mayor parte de las funciones hieráticas de la Iglesia. En esas ocupaciones, aun cuando suplica urgida por necesidades actuales, la Iglesia parece perder el sentimiento de la duración terrestre, del choque

---

<sup>86</sup> Segundo Comentario de Santo Tomás de Aquino sobre el *Cántico*. Prólogo.

<sup>87</sup> Efes., V, 19.

<sup>88</sup> Colos. III, 16.

<sup>89</sup> Rom., VIII, 26.

<sup>90</sup> San Ignacio de Antioquía a los Efesios, IV. 56.

<sup>91</sup> Artículo del R. P. Dom J. Rabory, en *L'Univers* del 10 de julio de 1912.

apremiante de las contingencias; parece no querer ser más que el eco indefinido de la Memoria de su Esposo, a quien celebra; parece sumergirse en profundidades de adoración sin fin ante la Majestad de su Dios. *O altitudo! O Bonitas!* La Iglesia no termina de pasar de la una a la otra. Y eso se debe a que la verdadera contemplación es, de suyo, insistente y continua; absorbe y fija el alma en su objeto. Ahora bien, es un don completamente divino, el don de contemplación y sabiduría que mueve a la Iglesia en su vida hierática, don que, a su vez, la vida hierática sostiene y alimenta. Y con no menos razón que María, sentada a los pies del Señor, la Iglesia no puede renunciar a ésta su mejor parte.

§ Nadie ha puesto de manifiesto mejor que San Dionisio esas relaciones entre la vida hierática y el don de Contemplación y Sabiduría, ese carácter inspirado e inspirador de la vida hierática: “El principio de la Jerarquía es la Trinidad. En el seno de su excelencia y de su bondad infinitas, la Trinidad indivisible mantiene el deseo de salvar a toda criatura inteligente, -Ángeles y hombres”<sup>92</sup>. “La Jerarquía es a la vez orden, ciencia y acción que se conforman (en cuanto es posible) a los atributos divinos, reproduciendo con sus luces originales como una expresión de las perfecciones que hay en Dios. Con mirada tranquila contempla la Belleza sobre-eminente, e imitándola cuanto puede, transforma a sus miembros en otras tantas imágenes de Dios”<sup>93</sup>. Es cierto que aquí se habla en primer término de las jerarquías angélicas, pero en el pensamiento del gran Doctor hierático, toda jerarquía creada participa de esa misma perfección, pues agrega:

“Así, por jerarquía se entiende una cierta disposición y orden sagrado, imagen de la Belleza increada, que celebra en su esfera propia, con el grado de poder y ciencia que le corresponde, los misterios iluminadores... La perfección de los miembros de la Jerarquía consiste en aproximarse a Dios por medio de una animosa imitación y, lo que es más sublime, en llegar a ser sus cooperadores, tal como dice la palabra santa, y hacer que en ellos resplandezcan las maravillas de la acción divina”<sup>94</sup>. Por lo demás, San Dionisio aplica expresamente a la jerarquía eclesiástica este rasgo magnífico: “Mientras que el vulgo sólo ha considerado los velos sensibles del misterio, el jerarca, siempre unido al Espíritu Santo, se ha elevado hasta los tipos intelectuales de las ceremonias, en la dulzura de una contemplación sublime, y con la pureza que conviene a la gloria de la dignidad pontificia”<sup>95</sup>.

§ Fácil nos es ahora determinar en cuatro proposiciones precisas los elementos esenciales de la vida hierática de la Iglesia:

1° *La Iglesia reviste en su Oficio Sacramental la persona, de Dios: está unida al Padre, al Abraham Divino, para inmolar al Hijo; y con el Hijo, Ella misma se inmola al Padre. La Iglesia engendra para la Vida divina, perdona, salva e imprime caracteres eternos.*

2° *La Iglesia asiste a la Majestad divina con su Oración y su Alabanza; ata a su Sacrificio y apoya en su sacrificio su Oración y su Alabanza, las cuales revisten de ese modo el valor latréutico de una hostia: “Per Ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo”<sup>96</sup>. [Pues ofrezcamos por Él a Dios sin cesar sacrificio de alabanza].*

---

<sup>92</sup> *Jerarquía Eclesiástica*, I.

<sup>93</sup> *Jerarquía Celeste*, III.

<sup>94</sup> *Ibid.*

<sup>95</sup> *Hierarchie Ecclesiastique*, III. Traducción Darboy.

<sup>96</sup> Hebr. XIII, 15.

Sacrificio y Alabanza, horas del día y vigiliias de la noche, la Iglesia refiere todo a la Liturgia de la Eternidad.

3° *La Iglesia difunde la virtud de Dios* — con sus bendiciones, sus exorcismos, sus sacramentales—. No es con agua bendita, es con la Sangre de Cristo, que sin cesar rocía al mundo. Y difundiendo la virtud de Dios por todas partes derrama alegría, una alegría divina.

4° *La Iglesia, en su vida hierática, reproduce los estados de Dios hecho hombre*. Antes de ser imitados por cada una de las almas, los estados de Cristo son significados y reproducidos en los Sacramentos y en la Liturgia. Las gracias de oración y los estados místicos tienen su tipo y su fuente en la vida hierática de la Iglesia, son una refracción de la Imagen de Cristo en los Miembros, la cual Imagen es perfecta en el Cuerpo. La participación en la vida hierática de la Iglesia aparece, pues, casi como un fin, o al menos como el medio por excelencia para los estados de oración particulares, puesto que es la verdadera entrada en los estados de Cristo. Pretender simplificar demasiado en tal sentido la disciplina individual de la virtud sería, sin duda, ilusión temeraria, pero esa tacha, aun merecida con justicia, no probaría que toda la vida de la Iglesia tiene por fin el ascetismo individual. Probaría que toda participación en los estados de la Iglesia y de Cristo supone ciertos resultados ya adquiridos en el orden de las virtudes y confiere, precisamente, a la virtud individual su excelencia, la perfección de su eficacia y de su alegría.

Finalmente, la Enseñanza de la Iglesia (que en las primeras épocas era distribuida desde el altar por la homilía y la catequesis, al mismo tiempo que el Pan Eucarístico) sigue dependiendo de su vida hierática, de una manera menos sensible, es cierto, pero tan estricta como antes, así como también la Contemplación de la Iglesia depende de esa vida.



## V

### EL DON DE PROFECÍA EN LA IGLESIA

El don de profecía — entendido en el amplio sentido que le dan San Pablo y Santo Tomás— siempre ha existido en la Iglesia, porque siempre ha sido necesario en ella un magisterio sobrenatural. El ministerio de los Profetas fué un oficio doctrinal y el magisterio doctrinal de la Iglesia sigue siendo un oficio profético. *Qui locutus est per Prophetas*: eso también ahora es verdadero, pero de un modo más perfecto aún<sup>97</sup>.

§ Parece que el auxilio profético ha sido necesario a la Iglesia, aunque no sea más que para mantener el aspecto humano y visible de la Encarnación. “La Iglesia, hace notar Pascal, ha tenido tanta dificultad en mostrar que Jesucristo era hombre, contra aquéllos que lo negaban, como en mostrar que era Dios...”. Pero la profecía en la Iglesia va mucho más lejos.

§ Lo que los Profetas proclaman desde el Antiguo Testamento, no es sólo el anuncio de la Redención y la predicción de otros acontecimientos futuros, sino además toda una enseñanza verdaderamente sobrenatural, que se refiere a la Redención, y que les viene de Dios en la doble forma en que se comunica la profecía: ya sea por la infusión de nociones nuevas, es decir, por revelación —o bien por una simple luz que les hace juzgar sobrenaturalmente de nociones ya reveladas o conocidas por vía natural—<sup>98</sup>, y ésta es la inspiración.

§ Esos tres elementos, predicción, revelación, inspiración, llenan los Libros santos en una proporción muy desigual. Los dos primeros aparecen intermitentemente; sólo la inspiración se mantiene desde la primera hasta la última palabra.

§ En el Nuevo Testamento, Nuestro Señor centraliza en sí mismo, por así decirlo, el don de Profecía: la visión beatífica y la ciencia infusa ponen en su alma todas las luces del cielo y de la tierra. En cuanto a la Revelación, su oficio es ejercido por Nuestro Señor de una manera exclusiva: “*Omnia quoecumque audivi a Patre meo, nota feci vo-*

---

<sup>97</sup> Nota: Me parece inútil insistir sobre la verdadera naturaleza del don de profecía (el cual no consiste solamente en previsión y predicción de un acontecimiento futuro) cuyo objeto puede ser cualquier verdad que dependa del conocimiento que sólo Dios tiene de ella, objeto que viene a ser, por ahí, sobrenatural y distante. Nótese que Santo Tomás subraya con cuidado esta última palabra [*ut procul existentis*. IIa IIae, q. CLXXIV, 5]. Eso le permite extender la definición de la profecía, ya sea introduciendo en su dominio todos los grados de visiones que presentan una mezcla de imágenes sensibles, empezando por el sueño [q. CLXXIV, 3] — ya sea, al contrario, refiriéndole a los más altos grados de visión intelectual que siempre conservan su carácter de conocimiento distante q. CLXXIV, 2] — y hasta las iluminaciones excepcionales de visión directa de Dios, como el arrebató de San Pablo, las cuales, al no producirse *per modum formae immanentis*, no tienen la plenitud, ni la repercusión corporal de la gloria: *Ideo talis raptus aliquo modo ad prophetiam pertinet* [CLXXV, 3].

<sup>98</sup> Santo Tomás, *Sum. theol.*, II IIae q. CLXXIII, a. 2.

*bis*”<sup>99</sup>. [Todas las cosas que he oído de mi Padre os he hecho conocer.] Después de Él, ninguna verdad propiamente nueva de orden sobrenatural será comunicada; nadie, después de Él, será revelador. En cuanto a la Predicción, sin dejar de ser el mayor Vidente y el primer profeta de los destinos de su Iglesia, Nuestro Señor comunica, sin embargo, a sus apóstoles cierta previsión de esos destinos como, por ejemplo, a San Juan en el Apocalipsis. Y aun es de notar que esas visiones del porvenir han sido dadas con mucha medida, porque son menos necesarias a la Iglesia, desde que ésta posee la realidad divina<sup>100</sup>.

Pero es por la Inspiración como el Señor Jesús comparte con la Iglesia su don soberano de Profecía: por la inspiración, salvaguarda y perpetúa vivo en la Iglesia todo lo que ha revelado.

§ Esa inspiración se manifiesta, desde el comienzo de la era apostólica y después en toda la vida de la Iglesia, por medio de dos grandes órganos: *los escritos de los Evangelistas y de los Apóstoles*, testimonio de la Revelación de Nuestro Señor, sellado por el Espíritu Santo mismo; y *el Magisterio oral y viviente de la Iglesia* que, creando una tradición paralela a la Escritura, no sólo juzga el sentido de la Escritura, sino que, con Divina autoridad, determina además el contenido revelado de esa tradición.

§ De modo que, así como la acción providencial que conserva los seres no es más que el prolongamiento de la acción creadora que los produce, la inspiración no es, en la Iglesia, sino el prolongamiento de la Revelación y de la luz que hay en Cristo.

§ Esa luz, que ilumina el magisterio de la Iglesia, es, pues, la gracia de “*interpretatio sermonum*” [interpretación de lenguas, don de comprender y de exponer lo que ha sido dicho por palabra de Dios], pero inmensamente amplificada. Esta gracia, forma cierta de profecía<sup>101</sup>, no solamente no data de las primeras asambleas cristianas, ni siquiera del día en que, resucitado, el Señor da a los Apóstoles la inteligencia de las Escrituras<sup>102</sup>, sino del momento en que Pedro recibe sus prerrogativas personales y supremas.

§ Esa luz profética continúa en la iglesia el pensamiento divino de Jesucristo. Y es sobre todo en tal sentido como la profecía del Nuevo Testamento aventaja en excelencia a las profecías del Antiguo. Por ella, la Iglesia juzga clara y firmemente acerca de las verdades más misteriosas, aquellas de las cuales sólo Dios tiene la llave.

§ El privilegio de inerrancia o infalibilidad asegurado al magisterio de la Iglesia, no deberá, pues, ser entendido en un sentido puramente negativo y pasivo, como si Dios no interviniera sino en el preciso momento, para impedir un error. El magisterio de la Iglesia procede por juicios positivos, que implican una inteligencia profunda, un discernimiento ilimitado. Las fórmulas en que la Iglesia engarza el diamante del dogma, ya son de suyo obras maravillosas, pero mucho más precioso es el juicio que contienen. Y es esa forma superior de profecía, lo que hace de la Iglesia una prodigiosa contemplativa: “*Manifestatio divinae veritatis per nudam contemplationem*”<sup>103</sup>. [La forma más elevada de la Profecía, dice Santo Tomás, es la que manifiesta la verdad divina por la desnuda contemplación de esa misma verdad].

---

<sup>99</sup> Jn. XV, 15.

<sup>100</sup> *Sum. theol.* IIa IIae, q. XCV, a. 2 ad 3.

<sup>101</sup> *Ibid.* q. CLXXIII, a. 2; q. CLXXIV, a. 2 ad 4.

<sup>102</sup> Lc. XXIV.

<sup>103</sup> *Sum. theol.* IIa, IIae, q. CLXXIV, a. 2.

§ Esta excelencia del don de Profecía, propio de la Iglesia, se manifiesta con tal claridad en ciertas definiciones, que casi estaríamos tentados de ver en ellas una revelación nueva. Y es porque, al fundar las verdades definidas sobre la certeza de la fe divina, estos juicios de la Iglesia dan a dichas verdades una precisión y una fuerza que completan su noción y sobre elevan el conocimiento: “*judicium est principalius in prophetia, quia est completivum cognitionis*”. [En la profecía, el elemento principal es el juicio, porque es él, el que perfecciona el conocimiento. Santo Tomás.] Revelación relativa si se quiere. El diamante es siempre el mismo, pero una u otra de sus facetas dan luces de un fuego nuevo.

§ Los juicios dogmáticos de la Iglesia no podrían aportar *descubrimientos* propiamente dichos o revelación nueva, y menos todavía (después de la venida del Salvador) podrían hacerlo los santos favorecidos con el don de profecía, a lo largo de los siglos<sup>104</sup>. Nuestro Señor Jesucristo es el único Revelador. Todo lo que después de Él es inspirado, definido o profetizado, corresponde a su Revelación, por lo menos como la consecuencia corresponde al principio. La misma revelación que recibe Pedro en el momento de confesar al Hijo de Dios en Cesarea de Filipo, no es independiente del Señor. Le ha sido comunicada por el Padre, pero no sin pasar por el Hijo; la pregunta de Jesús que provoca la confesión, da la luz y la gracia de esa revelación; la carne y la sangre son extrañas a ella, pero no la presencia ni la voz del Señor. También, en ese caso, ya es Jesús el Revelador.

§ De este modo, el magisterio de la Iglesia no desmerece porque se lo asimile al don de Profecía: esa asimilación más bien señala su superioridad, aun sobre la misma Escritura. Más que la Escritura, el magisterio recuerda y continúa la enseñanza del Señor, que era oral y viviente. Por otra parte, el magisterio es más necesario para la conservación y la inteligencia de la Escritura, que la Escritura para el mismo magisterio. Y, finalmente, mientras los Libros santos constituyen un cuerpo de doctrina, el magisterio de la iglesia es un instrumento de desarrollo y de progreso doctrinal.

§ Precisamente, por ser un don profético muy amplio, es por lo que el magisterio de la Iglesia llega a poder penetrar ciertos misterios del orden natural en estrecha coordinación con las Verdades reveladas: por ejemplo, decide en problemas filosóficos como el de la sustancia y los accidentes, o el del alma *forma* sustancial del cuerpo. De igual modo puede juzgar sobre la realidad de ciertos hechos históricos que constituyen la ocasión o la base de sus definiciones.

Compréndese cuán superior es el grado de luz profética que exige un juicio tal, aplicado a manifestar la relación existente entre la verdad revelada y un objeto naturalmente conocible —mientras que no había sino una forma inferior de profecía en la ciencia natural dada a Salomón, por la luz divina, es cierto—, pero sin relación con el orden revelado<sup>105</sup>.

---

<sup>104</sup> Nota: De acuerdo con la enseñanza de Santo Tomás, sábase que, bajo la nueva Ley, las profecías ya no son dadas para hacer conocer mejor a Dios [pues Jesús ha consumado toda revelación a ese respecto], sino con un fin práctico, para dirigir los actos humanos, *ad directionem actuum humanarum* [*Sum. theol.*, IIa, IIae, q. CLXXIV, a 6, ad. 3].

<sup>105</sup> *Ibid.* art. 3

§ El don de profecía, habitual y permanente en la Iglesia, en las almas, no es sino un avizoramiento pasajero de la Verdad Divina que se manifiesta<sup>106</sup>. La profecía atestigua en la Iglesia, no la influencia lejana o la visita fugaz, sino la presencia íntima, la acción tranquila y estable del Espíritu Santo, que le confiere su personalidad sobrenatural. Nada tiene eso de común con un transporte adivinatorio: es la función normal de un ser que tiene un pensamiento sucesivo y que lo expresa. La Iglesia sabe en qué condiciones puede usar de ese don, y está segura de poseerlo siempre.

§ Por su carácter habitual y permanente en la Iglesia, el don gratuito o carisma de profecía presenta una analogía con los dones del Espíritu Santo, habituales en todo cristiano. Y esta analogía con los dones nos descubre inmediatamente otras más profundas.

§ En efecto, por su naturaleza misma, los dones del Espíritu Santo ofrecen esta delicada particularidad: que son de frecuente aplicación, no obstante disponernos a la recepción de mociones divinas, más bien excepcionales, y a la ejecución de actos que traspasan el término medio de los actos de virtud ordinarios. No sólo con fervientes deseos se pueden multiplicar sus ocasiones; también pueden ser determinadas por la necesidad, como en el caso de una tentación violenta; y es difícil apreciar el grado de excepción de las disposiciones o de las circunstancias que solicitan en el ímpetu del fervor o en la angustia de la tentación, el ejercicio del don de fortaleza, por ejemplo. Más aún: el alma cristiana, dócil a la acción divina por efecto de esos dones, y capaz de reclamar esa acción cada vez que la necesita, es un instrumento que el Espíritu Santo puede emplear de una manera continua. Ahora bien, de la Iglesia puede decirse que, aunque en los actos solemnes de su magisterio extraordinario es donde ejerce claramente el don de profecía, ese ejercicio no se reduce a las solas definiciones de las Verdades de fe divina, ni a los meros documentos infalibles de su magisterio universal.

La inspiración profética también circula, y de un modo más misterioso, en el magisterio ordinario de la Iglesia: en él mantiene ese sentido penetrante y estable de la Verdad sobrenatural, el *sensus Ecclesiae*, al que responde gozosamente el instinto bautismal de los fieles; en él revela preferencias que constituyen una valiosa dirección para las discusiones y debates; en él destaca puntos luminosos, por donde se ilustran la disciplina canónica y la piedad.

§ De ahí la extensión y diversidad en cierto modo infinita de objetos en el ejercicio del don de profecía propio de la Iglesia.

También es fácil reconocer una extensión del don de profecía en multitud de prerrogativas secundarias que imprimen a la fisonomía de la Iglesia, o a su enseñanza ordinaria, o a su acción pública y social un sello de excelencia que de otro modo sería inexplicable.

Así, ciertos dones gratuitos (carismas), que en las almas individuales pueden estar separados de la profecía, tratándose de la Iglesia se ordenan bajo la profecía —y de ella fluyen—.

La Iglesia posee un discernimiento seguro de espíritus: *discretio spirituum*<sup>107</sup>, y no se cansa de perseguir, desenmascarar y exorcizar la acción del espíritu maligno.

Con la creación divina del apostolado, cuya fuente está en la Iglesia, la palabra humana ha sido investida de una función y de un carácter nuevos que hacen de ella una fuerza

---

<sup>106</sup> A modo de pasión o impresión transitoria, q. CLXXI, a. 2.

<sup>107</sup> IIa IIae, q. CLXXI.

de salvación y de santidad: “*sermo sapientiae*”<sup>108</sup> [don de enseñar la sabiduría ilustrando los espíritus y conmoviendo los corazones].

La Iglesia alimenta las virtudes más solitarias y las más escondidas; descubre la santidad en la oscuridad y el silencio de una tumba; obtiene de Dios la certificación de esa santidad por medio del milagro y la canoniza: otras tantas maneras que ella tiene de ejercer la “*operatio virtutum*” [don de operar efectos sobrenaturales o milagros].

En la Iglesia todos esos dones son como anexos de la inspiración profética.

§ Si después de esto consideramos la ciencia moral, no en sus elementos revelados y solemnemente definidos, sino en cuanto es objeto de enseñanza ordinaria en la Iglesia, ¿no sería necesario reconocer la influencia de una luz divina y profética en el perfeccionamiento que la Iglesia le ha dado? Porque no es bastante decir que la Iglesia tiene el genio de la ciencia moral; esta ciencia la Iglesia la ha constituido sobre el dogma y ha hecho de ella una ciencia sobrenatural, teológica. Mientras que en las almas individuales los carismas y los dones del Espíritu Santo pertenecen a dos órdenes muy distintos<sup>109</sup>, en la enseñanza moral de la Iglesia el don de consejo viene a ser, por decirlo así, un florecimiento de la profecía.

Consideremos, además, en la Iglesia la seguridad de su dirección en el ascetismo y la espiritualidad, su competencia única en la comprensión y organización de la vida de consejo, el secreto que ella posee para armonizar con el fin sobrenatural los intereses de la vida presente, su maravillosa competencia en materia de educación, competencia exigida a la vez por su maternidad universal y su misión iluminadora —, aún, hasta la calidad de finura psicológica que, agregándose a su experiencia secular, hace de ella, en ocasiones, la primera potencia diplomática del mundo—. En todo esto actúa el don de ciencia, que, en la Iglesia, se aduna con el don de consejo.

§ Pero la Iglesia tiene, sobre todo, y aun en su misma enseñanza ordinaria, un sentido de las Verdades reveladas que se podría llamar intuitivo, tan seguro y directo es. De ahí su devoción primordial y fundamental a los grandes misterios, y su insistencia en recordar e inculcar los términos esenciales que constituyen la noción de ellos -y el arte y gusto con que los patentiza en todos los instantes de su oración—. De ahí su familiaridad con las Personas divinas: su celo por la ortodoxia, especialmente en lo que se refiere al misterio del Verbo encarnado. De ahí la justificación dogmática de sus devociones y su cuidado en honrar un reflejo de los misterios de Cristo en cada uno de los santos que ella venera. Los grandes misterios son, para ella, no sólo las cumbres que cierran su horizonte, y cuyos contornos, dorados por la luz eterna, mantiene siempre delante de sus ojos; son los elementos y alimentos de su vida.

No nos asombre, si la Iglesia es esencialmente contemplativa, si ha creado en su seno un maravilloso organismo de oración, en el cual la alabanza desinteresada tiene la mejor parte, si todo lo que participa de su vida lleva señales de una gracia de unción, de ternura, de alegría y como un acento paradisiaco.

Esos son los efectos provenientes del don de profecía en la Iglesia; por ahí se ve cuál es su analogía con los dones individuales de entendimiento, de piedad, de sabiduría: analogía no solamente de equivalencia, sino también de excelencia.

---

<sup>108</sup> Ibid. q. CLXXVII.

<sup>109</sup> Nota: Los carismas son dados, esencialmente, para utilidad del prójimo; los dones para las operaciones inmanentes del sujeto. Pero, si consideramos la persona común de la Iglesia, lo que tiende al bien de los miembros sigue siendo inmanente al cuerpo mismo. Los dones, a diferencia de los carismas, son *habitus*. Pero el carisma de profecía permanece en la Iglesia, como se ha visto anteriormente, en estado habitual.

## VI

### IGLESIA, TEBAIDA Y CIUDAD.

La ciudad y la soledad son necesarias al hombre. La herejía destruye la ciudad y hace la soledad atroz; en cambio, la Iglesia, ciudad perfecta, es también la tebaida de las almas. En el movimiento de una gran urbe uno se siente a la vez más solitario y más humano; pero cuanto más realmente en la Iglesia, está uno al mismo tiempo consigo y con todos.

§ Fuera de la Iglesia, la soledad conduce a uno u otro de los excesos individualistas que Pascal señala en Epicteto y en Montaigne. “Mientras el uno (Epicteto), conociendo el deber del hombre e ignorando su flaqueza, se pierde en la presunción, el otro (Montaigne), conociendo la flaqueza y no el deber, cae en la cobardía”<sup>110</sup>.

§ La verdadera soledad no es el país del ensueño, el refugio del desencanto, la patria de la obsesión. Es olvido de sí, muerte de sí, pero para encontrar a Dios y a sí mismo. Ella hace florecer enteramente la personalidad que el bautismo nos ha dado: “*Ego flos campi et lilium convallium*”<sup>111</sup> [Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles].

§ Fuera de la Iglesia, el error individualista lleva también a una especie de fatalismo moral: se divide a los seres humanos en dos clases igualmente irreformables, los buenos y los malos. O si se admite la compenetración del bien y del mal, es por indiferencia; pero nadie cree verdaderamente en el tránsito del mal al bien, en la transformación del pecado en santidad. Por la soledad que es propia de la Iglesia se opera ese cambio, por la soledad del alma con Dios.

§ Únicamente la Iglesia puede aislarnos del mundo, conducirnos al desierto, sin menospreciar nuestras necesidades personales más imperiosas, porque poseyendo y enseñando ella sola la verdadera noción de la personalidad, nos revela nuestras verdaderas aspiraciones y nuestras necesidades más personales. La Iglesia inculca y recuerda sin cesar, y de mil modos que, si bien es cierto que el ser humano está individuado por la materia, no es, sin embargo, una persona ni puede llegar a ser *alguien*, sino perfeccionándose en razón y libertad. De manera, pues, que si sus instintos bastan para desarrollar su individualidad, en cambio, su personalidad no crece sino por medio de la libertad espiritual<sup>112</sup>. Pero más que nada la Iglesia nos revela nuestra personalidad sobrenatural y provoca su vuelo.

Tebaida de las almas, no sólo la Iglesia nos separa del mundo donde se organiza el reino tiránico de los apetitos; no sólo ella posee como propia la doctrina, el espíritu y la

---

<sup>110</sup> *Entretien avec M. de Saci.*

<sup>111</sup> Cantar de Cantares, II, 1.

<sup>112</sup> Véase *Le Sens Commun et la Philosophie de l'Etre*, por el P. Garrigou-Lagrange, 2ª parte, cap. II, pág. 164.

gracia del recogimiento, de la humildad, de la penitencia, que son como los caminos del desierto por donde nuestro ser espiritual se evade hacia la libertad y la pureza — sino que además nos entresaca de todo lo perecedero. Nos da el sentido de la insuficiencia absoluta de lo creado respecto de nuestro fin y de nuestra felicidad, y al mismo tiempo suple a la naturaleza con facultades nuevas que nos hacen alcanzar a Dios.

§ De modo que el Misterio de la Iglesia es el que exalta definitivamente la personalidad del cristiano:

*Vous m'avez fait, Seigneur, puissant et solitaire.*

Ese misterio se multiplica tantas veces como bautizados hay: “*Despondi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo*”<sup>113</sup>. [Pues os he desposado con Cristo para presentaros como virgen pura al único Esposo.] Cada uno de nosotros es la Iglesia y forma la Iglesia, pues edifica el Cuerpo de Cristo<sup>114</sup>. Cada uno de nosotros es quien reviste ese Cuerpo con sus vestiduras de gloria: “*Datum est illi ut cooperiat se byssino splendenti et candido. Byssinum enim justificationes sunt sanctorum*”<sup>115</sup>. [Le fué dado que se cubra de finísimo lino resplandeciente y blanco. Y este lino fino son las virtudes de los santos].

§ La misma universalidad del precepto de amor, que parecería oponerse a nuestra necesidad de soledad, de intimidad, de libre elección, por el contrario, liberta, fortifica y engrandece nuestra personalidad verdadera y contribuye, más que antojos y privanzas al enriquecimiento espiritual. Así como Dios hace de sí mismo el bien de todas sus criaturas, porque es y permanece en sí el Sumo Bien, así la caridad hace de nosotros, en cierto modo, bien de todos, porque nos hace, en primer término, buenos a nosotros mismos. Lejos de disolvernos y de dispersarnos en la muchedumbre, la caridad garantiza y protege la unidad de nuestro ser: porque amamos a los otros como a nosotros mismos, y no por igualdad. La unidad, explica Santo Tomás<sup>116</sup>, es el principio de la unión: el amor de nosotros mismos, conforme a Dios, es la unidad, principio de nuestra unión con el prójimo. Para hallar en nosotros el tipo y la norma de nuestro amor hacia el prójimo, necesitamos encontrar en nosotros algo perfecto que amar.

§ El espíritu de soledad y de silencio que siempre ha florecido en la Iglesia y en ella ha encontrado su regla y su medida, al mismo tiempo que estímulo y atractivo. Su verdadera medida —entre el miedo, que ve en la soledad de una cárcel, y el entusiasmo que se promete en ella un Tabor—. Fundada en la verdad y la caridad, la Iglesia estimula la soledad para que el alma, volviendo a encontrar el tipo, según el cual fué creada, dé a Dios gloria y amor. Fundada en el Verbo, la Iglesia no nos lleva al silencio, sino en cuanto el silencio permite oír hablar a Dios, y nos enseña a usar de la palabra. He aquí por qué toda soledad tiene una disciplina y una media.

Además, el fuerte atractivo de las gracias de contemplación es permanente en la Iglesia, y se apodera de las mismas almas principiantes por la aniquilación del arrepentimiento o el silencio imperioso de la adoración. Y cuántas otras arrebatada por las grandes vías luminosas de la vida monástica o los senderos apacibles de la oración privada, en busca de sólo Dios, *ad deiformem quamdam unitatem*, como dice San Dionisio<sup>117</sup>. A

---

<sup>113</sup> II Corintios, XI, 2.

<sup>114</sup> Efesios, II, 21, 22.

<sup>115</sup> Apocalipsis, XIX, 8.

<sup>116</sup> *Sum. theol.*, IIa, IIae, q. XXVI, a. 4.

<sup>117</sup> *Jerarquía Eclesiástica*, VI.

veces, el espíritu de soledad sopla tan fuertemente, que es como una huida al desierto; después el mundo se venga de haber sido despreciado por tantas almas, *quibus dignus non erat*<sup>118</sup>, penetrando en la soledad e imponiendo al espíritu sus bajas sujeciones. Pero una acción vigorosa de la Iglesia consigue liberar el espíritu y purificar la soledad profanada. Por fidelidad a ese espíritu de soledad y de contemplación las almas han sufrido casi tanto por la fe. Por otra parte, ese espíritu procede de la fe como su fruto perfecto, y el florecimiento del desierto es una promesa de Dios a la Iglesia: “*Exsultabit solitudo et florebit quasi lilium*”<sup>119</sup>. [Se alegrará la soledad, y florecerá como el lirio.]

§ No se puede oponer la soledad a la vida en común, ni las instituciones monásticas a la Iglesia, de la que son parte integrante. Más bien se ve cómo el claustro, el grande y único claustro, nuevo paraíso en cuyas sombras Dios se pasea, es la Iglesia misma<sup>120</sup>. No hay, a decir verdad, claustros pequeños construidos dentro del grande. La esencial santidad de la jerarquía halla su cauce, y su término, en la santidad consagrada por los estados religiosos.

§ Por eso, en otros tiempos, el sentido de la soledad se afirmaba con una intensidad de fervor enteramente sobrenatural y una clásica plenitud de razón y de poesía. Eso pasaba, precisamente, en épocas en que más sólido era el establecimiento de la Iglesia entre los pueblos, cuando nadie discutía su divina constitución. Recordemos aquí, sin mencionar los grandes ejemplos de vida contemplativa aparecidos en el siglo XVII, este cuadro dulce y simple que los evoca todos a la vez : “En la soledad de Saint-Fare, tan alejada de las vías del siglo como su venturosa situación la separa de todo comercio con el mundo; en esa santa montaña que Dios había escogido mil años antes, donde las esposas de Jesucristo hacían revivir la belleza de los antiguos días, donde las alegrías de la tierra eran desconocidas, donde no aparecían rastros de hombres mundanos ni de curiosos y vagabundos; bajo el gobierno de la santa abadesa que tanto sabía dar la leche a los párvulos como el pan a los fuertes, los comienzos de la princesa Ana eran felices”<sup>121</sup>.

§ Ya se ve, por lo que precede, que en el orden espiritual la soledad no envuelve a la ciudad, sino que la ciudad envuelve y penetra la soledad, y que la soledad, propiamente dicha, es imposible en la vida cristiana. Tebaida o ciudad, es siempre el misterio de la Iglesia; y cuando el cristiano recobra el alma en una de ellas es para perderla en la otra; y nunca se sale de ese misterio. Las delicias de los contempladores de la naturaleza y de los amantes terrestres de la soledad, nada son comparadas con las alegrías que gusta el alma cuando entra en el misterio de la Iglesia y pierde pie en sus honduras. Es entonces que se olvida de sí y se niega a sí misma, pero para transformarse y desplegar su nuevo ser hasta el infinito. Y en su transporte el alma exclama y canta: “La Iglesia es quien me ha dado la conciencia increíble de las riquezas de que estoy colmada. Ya me siento como imposibilitada de encontrarme un yo personal: me parece que soy de todos los tiempos; tengo una raíz real en el Antiguo Testamento; pertenezco a toda la Iglesia, y todo el mundo es mío. Creo todo y espero todo de Dios: me falta la visión, pero en la fe tengo todo... Esas realidades serán vivas en mí, en proporción de mi nada, y la alegría de mis riquezas se transforma en un estímulo austero. Debo marchar hacia adelante y hacia arriba, y no sobre la tierra; es necesario, no que desprecie ni olvide, sino que ignore; no debo detenerme en el mal ni en el bien que hay en mí: pero debo hacer pureza y luz con

---

<sup>118</sup> Hebreos, XI, 38.

<sup>119</sup> Isaías, XXXV, 1.

<sup>120</sup> Génesis, III, 8.

<sup>121</sup> Bossuet, *Oración fúnebre de la Palatina*.



todas mis fealdades, dándolas como alimento a esta llama que consume todo pecado, a este adorable Salvador que una vez para siempre ha vencido a la muerte. *Exi a me quia homo peccator sum Domine*, significa para mí en lo sucesivo: “Alejaos, Señor, para que pueda tomar impulso y alcanzaros más a fondo...”.

Gemido inenarrable que el alma repite, porque es el Espíritu Santo, principio de cohesión y de amor entre Cristo y su Esposa, quien primero lo exhala en el corazón de la Iglesia y lo hace oír al alma: “*Et Spiritus et Sponsa dicunt: Veni*”<sup>122</sup>.

§ La Comunión de los Santos no se detiene, pues, en el umbral de las tebaidas. No hay excelencia individual en los miembros de Cristo que no esté ligada a la vida de todo el cuerpo y no redunde en él. La Comunión de los Santos es el enriquecimiento de todos por todos; pero a menudo puede ser el enriquecimiento de todos o de muchos por uno solo. La Iglesia, considerada como tebaida de las almas, presenta una jerarquía misteriosa de valores y de poderes subordinada, sin duda, a la jerarquía visible, aunque no corresponde a sus grados; y ése es el milagro más hermoso de la Comunión de los Santos. Pero la vida y el fin son ahí la misma vida y el mismo fin que en la Iglesia ciudad. “*In ecclesiastica hierarchia, interdum qui sunt Deo per sanctitatem propinquiores, sunt gradu infimi et scientia non eminentes... et propter hoc superiores ab inferioribus doceri possunt*”<sup>123</sup>. [Dentro de la jerarquía eclesiástica ocurre que los que están por la santidad más cerca de Dios, suelen estar por el rango en el grado más bajo, y no ser eminentes en la ciencia. Y es por esto que en esta jerarquía los superiores pueden ser enseñados por los inferiores.— Santo Tomás]. Esos humildes miembros de Cristo, que forman la jerarquía de la Tebaida, llegan a veces a reproducir en ellos la imagen perfecta de Cristo, en la cual han sido incesantemente transformados<sup>124</sup>, y parecen disponer de su poder redentor y mediador —pero siempre al servicio de la ciudad—.

San Agustín hubiera mirado como una ofensa el comparar con nuestros mártires, y aun con los miembros más flacos de la Iglesia, los héroes que los paganos deificaron: “*Contra unam aniculam fidelem christianam, quid valet Juno?*”<sup>125</sup> [¿Qué vale Juno, comparada con una fiel viejecita cristiana?].

§ La Comunión de los Santos une la Tebaida con la ciudad, y no por un vínculo puramente espiritual e invisible, sino mediante la participación en los sacramentos, en la religión de la ciudad y en la profesión de la Fe que la ciudad enseña.

§ El misterio de la Iglesia no se hace inquietante ni oscuro porque se prolongue en las profundidades de la Tebaida. No debe decirse: *Quis descendet in abyssum?* Pues esa hondura es toda simplicidad. En la Comunión de los Santos, el comercio de bienes invisibles no se realiza sin orden, y la jerarquía invisible de las almas está sujeta a leyes; y ese orden y esas leyes tienen su principio en la ciudad.

¿Acaso el misterio de la Iglesia no aparece sensible aun a los mismos ojos? Es la Ciudad-Esposa, tal como el Apocalipsis nos la muestra<sup>126</sup>, visible a todos, llena de resplandor como un fenómeno celeste. Hela aquí que descende de las alturas luminosas, ya terminada, con sus cimientos y sus muros, y no a la manera de las viejas ciudades

---

<sup>122</sup> Apoc, XXII, 17.20. "Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven, Ven, Señor Jesús".

<sup>123</sup> *Sum. theol.*, Ia, q. CVI, a. 3.

<sup>124</sup> II Corintios, III, 18.

<sup>125</sup> Serm. 273, t. IX, Edit. Gaume.

<sup>126</sup> Apocalipsis, XXI, 10 sg.

que dejan su recinto primitivo en la montaña para acercarse lentamente a la llanura. La Ciudad-Esposa parece suspendida en el aire, como un plano propuesto de modelo a los constructores, o invitando de lejos a los peregrinos: pero muestra, al mismo tiempo, el aspecto macizo de una ciudad fortificada; tiene una plaza, de cristal y de oro, para las reuniones y las transacciones de sus ciudadanos, para sus fiestas y sus triunfos: *platea civitatis aurum tanquam vitrum perlucidum*<sup>127</sup>. Si su vida religiosa no está localizada en ningún templo, *templum non vidi in ea*, no es porque allí se haga un culto abstracto, sino que el templo<sup>128</sup> de ella es el Cordero, con Dios omnipotente. La luz que la ilumina no es, por cierto, una claridad de este mundo, *non eget sole neque luna*, aunque es la Luz hecha Hombre: *Lucerna ejus est Agnus*<sup>129</sup>.

§ *La Ciudad-Esposa*. ¡Qué idea y qué imagen! ¡Qué revelación espiritual y sensible, divina y humana! Junto a ella se desvanecen todas las tentativas de deificación de la ciudad terrestre y pagana, y eso que se ha tenido la osadía de llamar “los milagros de la civilización”. También se desvanecen ante ella todos los falsos sistemas de religión puramente interior y espiritual.

§ Lo que hace la excelencia de esta Ciudad, es el ser divina y humana al mismo tiempo. Como Cristo introduce en el orden de la humanidad el tipo del Hombre Nuevo, cuya imitación es obligatoria porque es Dios, y posible porque es Hombre, así la Iglesia, porque su constitución es Divina y humana, se impone desde muy alto a todos los estados terrestres, a la vez que opera con gran eficacia sobre la misma materia humana. Decimos que se impone: en efecto, su fin sobrenatural hace de ella el tipo de sociedad más elevado que pueda darse; y a su fin se subordina el fin de las sociedades temporales. Decimos que opera: en efecto, ocupa un sitio real entre las sociedades terrestres, está visiblemente organizada, y es efectivamente activa. Dando a todos los órdenes de servicios sociales un alcance sobrenatural, puede decirse que los duplica, que acrecienta y completa la eficacia y la beneficencia propias de esos servicios<sup>130</sup>.

§ Esta aleación, hecha por Dios, está tan bien equilibrada que empieza por sustraer la Iglesia a los excesos y a las confusiones que no evitan los más famosos constructores de sociedades. Vemos caer a Platón, por exceso de idealismo, en el comunismo que sabemos, tan vigorosamente refutado por Aristóteles<sup>131</sup>. Este, a su vez, al asignar al Estado un fin moral, y no solamente utilitario, a saber: hacer virtuoso al hombre, no destaca con

---

<sup>127</sup> Ibid., 21.

<sup>128</sup> Ibid., 22.

<sup>129</sup> Ibid., 23.

<sup>130</sup> Nota: “A los hombres políticos que declaran a la Iglesia una guerra sin tregua, después de haberla denunciado como enemiga; a los sectarios que no cesan de calumniarla y vilipendiarla con un odio digno del infierno, a los falsos paladines de la ciencia que se ingenian para hacerla odiosa con sus sofismas, acusándola de ser la enemiga de la libertad, de la civilización y de los progresos intelectuales, contestad con intrepidez que la Iglesia Católica, señora de las almas, reina de los corazones, domina al mundo porque es la esposa de Jesucristo.

Teniendo todo en común con El, rica de sus bienes, depositaria de la Verdad, ella es la única que puede reclamar de los pueblos la veneración y el amor.

Por eso, todos los que se vuelven contra la autoridad de la Iglesia, bajo el injusto pretexto de que ella invade el dominio del Estado, imponen límites a la verdad; los que, dentro de una nación la declaran extranjera, declaran al mismo tiempo que la verdad debe ser extraña a esa nación; los que temen que la Iglesia debilite la libertad y la grandeza de un pueblo, vense forzados a confesar que un pueblo puede ser grande y libre sin la verdad”. (Discurso del Sumo Pontífice Pío X, en ocasión de la *Beatificación de Juana de Arco*, abril de 1909).

<sup>131</sup> *Polit., II*; véase *Outlines of the Philos. of Aristotle*, by Edwin Wallace, cap. VIII.

suficiente precisión la idea de la virtud que espera del ciudadano<sup>132</sup>. Además, para completar la obra de las leyes, recurre al auxilio de la Filosofía<sup>133</sup>, la cual no podría ser función orgánica del Estado.

La Iglesia previene esos excesos y repara esa falta. Mantiene la Ciudad cristiana en conformidad con las leyes de la naturaleza y con el fin temporal; pero bajo la dependencia, además, de una ley moral más precisa y perfecta que la virtud cívica, porque es sobrenatural.

Por otra parte, el equilibrio de los dos elementos, divino y humano, de que está hecha la Iglesia, es tan armonioso que permite justificar al uno por el otro. El origen y la base de la sociedad natural es la familia; el origen y el fundamento de la Iglesia es la Paternidad de Dios, “de quien toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra”<sup>134</sup>. Nuestro Señor mismo quiso tener una genealogía y una familia.

Más aún: la función esencial de la autoridad, en la sociedad humana, es hacer reinar la justicia por las leyes. De un modo semejante, la ciudad cristiana toma su vida de la justicia satisfecha en Dios por la Redención, restablecida en el hombre por la gracia. La Iglesia da a la autoridad y a las leyes su apoyo y su sanción verdaderos, haciéndolos partir de la Razón misma de Dios y concluir en su juicio. Mirando estas cosas de cerca se ve que la justicia es el alma de la Caridad; la Caridad concluye la obra de la justicia, hace encontrar en ella reposo y alegría. La justicia cristiana es, pues, la que hace de la ley cosa moral, y no cosa convencional, “como pretende Licofrón”<sup>135</sup>.

Finalmente, el más hermoso derecho de la autoridad humana es el de fiscalizar la educación de los niños —por más subordinado que esté al derecho de la familia y al de la Iglesia—; pero el derecho primordial de la Ciudad-Esposa, así como también su misión primordial, es enseñar.

Por lo demás, todas las formas que la sociedad humana puede adoptar —ya sea de un modo sucesivo, o bien combinándolas con mayor o menor acierto— la Iglesia las reúne con entera felicidad en su seno; Patriarcal en el Antiguo Testamento, la iglesia es a la vez Monarquía absoluta, Jerarquía de derecho divino, Pueblo inmenso de elegidos y de santos. Y puede decirse que, al manifestar su aristocracia por la sucesión apostólica del episcopado, y canonizar el número por la catolicidad, lo hace en la misma medida en que exalta, por la unidad, su Cabeza.

§ Ese paralelismo, o más bien esa compenetración del elemento divino y del humano, ¿adónde nos conduce sino a la idea de cristiandad? La ciudad cristiana penetra en la vida de las ciudades terrestres demasiado profundamente para que entre ellas no haya un orden. Los seres colectivos, como seres individuales, tienden a formar un conjunto, pues de otro modo ya no responderían a los designios de Dios. Los planes divinos son planes de conjunto, y en eso se ve la excelencia de todo plan. “*Substrahere ordinem rebus creatis est ei substrahere id quod optimum habent: nam singula in seipsis sunt bona, simul autem omnia sunt optima propter ordinem universi. Semper enim totum est melius partibus, et finis ipsarum*”<sup>136</sup>. [Sustraer a las cosas creadas su orden, es privarlas de lo mejor que tienen: pues cada una es buena en sí misma., pero todas juntas son muy buenas, a causa del orden del universo. El todo, en efecto, es siempre mejor que las partes, y es además el fin a que están ordenadas. Santo Tomás]. La cristiandad es la manifesta-

<sup>132</sup> Nota: "De estas dos ideas: rectitud moral y eficiencia, la segunda tenía mayor parte en lo que los griegos entendían por *virtud*." (Véase esta interpretación de la *Política* de Aristóteles, con las citas precisas, en *Political and moral Essays*, del R. P. Rickaby, S. J., pág. 146 y sigs.).

<sup>133</sup> *Polit. II.*

<sup>134</sup> Efesios, III, 15.

<sup>135</sup> Nota: Aristóteles, *Polit.* lib. III, c. 5, 11.

<sup>136</sup> *Contra Gentes*, III, 69.

ción necesaria de ese orden. Los pueblos y los Estados, como los individuos, también forman parte de la Iglesia.

§ Esa armonía de los dos elementos, divino y humano, que se realiza en la Iglesia, explica también la predestinación de Roma a ser el asiento de la primacía pontifical. En efecto, ¿qué personificaba Roma, sino el genio de la ciudad terrestre? En ella se afirmaba la unidad del mundo, se organizaba poco a poco aquella legislación que debía llegar a ser la *razón escrita*, la ley latina, madre de todas las legislaciones. El apogeo de Roma debía, pues, ser la señal de la aparición de la Ciudad-Esposa; las dos ciudades, unidas, realizan como un resumen del plan divino. Esa unión no es alcanzada sin lucha, las luchas de las persecuciones imperiales -pero por parte de la Iglesia nunca fué una absorción, no obstante las muchas probabilidades que tuvo de sustituirse al Imperio—. Las palabras del Maestro, *Non veni legem solvere, sed adimplere*, pueden ser repetidas por la Ciudad-Esposa con alusión a la ciudad romana, sin casi variar el sentido. Cristo se digna hacerse ciudadano de Roma para llevar a perfección su civilización y su ley<sup>137</sup>: por efecto de esa unión con la Iglesia, Roma reviste un ser nuevo, espiritual, simbólico, que abarca todos los tiempos y se extiende aún más allá de los tiempos. Como se dice la *Jerusalén celeste*, se dirá la *Roma eterna*.

§ Es a la Edad Media que corresponde el honor de haber concebido a la Iglesia bajo la forma de una ciudad gloriosa, de haber penetrado tanto y haber conocido tan profundamente la razón de la diversidad y del orden de las funciones de ese gran organismo: “*Diversitas officiorum in Ecclesia pertinet ad perfectionem, ad actionem, ad decorem*”<sup>138</sup>. [La diversidad de los oficios en la Iglesia está ordenada a la perfección, a la acción y a la belleza de la Iglesia] — de haber siempre basado sobre la vida general de la Iglesia, o sobre una institución hecha a su imagen, el perfeccionamiento del individuo y de la persona—. Eso no quiere decir que haya ignorado las alegrías de la Tebaida. Instintivamente y únicamente ha vivido de la fe en el Misterio de la Iglesia. “Relación de todas las cosas con la Iglesia, y de la Iglesia con todas las cosas”<sup>139</sup>, señalaba Bossuet. Esa fué toda la Edad Media.

---

<sup>137</sup> Nota:

*Sarai meco, senza fine, cive  
Di quena Roma onde Christo e Romano...*

[Serás conmigo, por siempre, ciudadano  
De aquella. Roma en que Cristo es Romano]

(*Purg.*, XXXII, 102.)

Aquí Dante opone la Roma eterna del Cielo a la Roma terrestre. Pero no, ya no debe hacerse tal oposición; si Jerusalén no es más que un símbolo, Roma está viva, así en la tierra como en el cielo.

<sup>138</sup> Sum. theol., IIa IIae, q. CLXXXIII, a. 2 y 3.

<sup>139</sup> *Pensées*, Lebarq, VI.

## VII

### LA MISION Y EL ESPÍRITU

*Scribam super eum nomen Dei mei, et nomen Civitatis Dei mei nove Jerusalem*<sup>140</sup>  
[Escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios; la nueva Jerusalén].— Tanto el nombre de la Iglesia como el nombre de Dios y el de su Ungido.

§ La Encarnación es una misión del Hijo de Dios en el mundo, y esa misión se continúa y se difunde en todos los tiempos por la multiplicidad de los ministerios eclesiásticos. *Como mi Padre me envió*<sup>141</sup>. Así como en el Antiguo Testamento los Profetas, y los Ángeles mismos, nunca intervienen sin ser enviados, tampoco hay ministro de la Redención, en el Nuevo, que carezca, no digo solamente de un llamado o de una vocación que lo haga apto, sino de una misión formal que lo impulse a la obra. Dios no se muestra en esto menos celoso de su derecho exclusivo de ser El quien envía<sup>142</sup> Ahora bien: esa misión de los ministros jerárquicos, así como la misma vocación<sup>143</sup>, no vienen de Dios sino pasando por la Iglesia. La Iglesia es una vasta y perpetua misión.

§ La distinción entre el poder de orden y el poder de jurisdicción<sup>144</sup> está fundada en esa necesidad permanente de la misión; de la cual la Iglesia tiene un sentido admirable, recibido de la Escritura y del Espíritu Santo. Sin la misión — al menos bajo la forma elemental de un permiso—, el poder sacerdotal, aunque válido, ya no honraría a Dios, no ofrecería un sacrificio en olor de suavidad; así como el poder de perdonar o de retener pecados sería ineficaz sin la jurisdicción, pues la jurisdicción es la que determina su materia.

§ Pero hay también en la Iglesia misiones extra-jerárquicas. San Francisco de Asís, que no es sacerdote, es reconocido como maestro de perfección evangélica. Mujeres hubo, investidas de una misión reformadora. Y aun las mismas misiones diplomáticas y militares, en cuanto tienen por objeto los intereses de la cristiandad y son conferidas por mandato de la Santa Sede, llegan a ser misiones propiamente sobrenaturales. Don Juan de Austria, encargado de salvar a Europa en Lepanto, merece tener por epitafio la magnífica apropiación: *Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes*.

---

<sup>140</sup> Apocalipsis, III, 12.

<sup>141</sup> Juan, XX, 21.

<sup>142</sup> Véase Jeremías, XXIII, 21.

<sup>143</sup> Nota: “Es conocida la interesante respuesta de la Comisión cardenalicia especialmente instituida en junio de 1912 para examinar la doctrina de la vocación sacerdotal. Hace consistir únicamente el elemento formal de la vocación sacerdotal en el llamado de la Iglesia por el Obispo. (Carta de la Secretaría de Estado al Obispo de Aire, 1 de julio de 1912)”.

<sup>144</sup> Nota: “Según los teólogos, el poder de *orden*, en la Iglesia, es el poder sacramental, indeleble, que tiene por objeto la oblación del Santo Sacrificio y todo lo que se relaciona con la administración de los sacramentos y con la santificación de las almas. El poder de jurisdicción es el poder de gobierno, el poder de dirigir a los fieles por la enseñanza de la doctrina y por medio de leyes”.

§ Más aún: la doctrina de la misión debe extenderse a los estados de vida más comunes; puesto que, a todos esos estados, en los cuales se entra por la puerta del matrimonio, la economía sacramental les asegura una gracia propia, una gracia *de estado*, al mismo tiempo que precisa y completa la noción de sus deberes. Bien puede verse en eso una especie de misión. Por lo demás, ¿no nos ayudan todos los sacramentos a sujetar las circunstancias de nuestra vida a la única regla de la voluntad Divina? ¿No nos susurran el santo y seña de Dios que corresponde a cada uno de nuestros años o de nuestros días? Toda la moral sobrenatural, y en consecuencia la espiritualidad misma, se funda en la santificación del deber de estado. Por ahí se manifiesta la superior sabiduría y la beneficencia universal de la dirección de la Iglesia. Pero, también en este caso, tratase de una extensión de la doctrina de la misión a todas las circunstancias diarias de los estados comunes de vida cristiana. Por esta conformidad sobrenatural con el orden providencial nos adherimos al gran acto de obediencia que realiza el Hijo de Dios viniendo al mundo, acto ordenado, a su vez, al del Calvario.

§ ¿Por qué exaltar preferentemente y mirar casi como a mártires a aquéllos que por el progreso de la ciencia o de las invenciones del hombre pierden su vida en hazañas extraordinarias? La humilde cristiana que muere en la labor silenciosa de su hogar, ¿no se encuentra más genuinamente en la línea del deber? ¿Tiene, acaso, un fin menos hermoso? ¿No se ha sacrificado por una verdadera misión? *Quotidie morior*.

§ Muchos hay que quieren alguna misión, como si ya no tuvieran una: en realidad, lo que ambicionan es el estímulo humano de una elección excepcional; quieren hallarse fuera de las condiciones de la vida ordinaria para sentir el gusto de la acción. No les falta misión, sino espíritu. Otros, tienen el espíritu de las más altas y difíciles misiones, pero las temen y se ocultan. Estos, sin embargo, ¿no siguen siendo dentro de la Iglesia instrumentos invisibles?

§ Tales observaciones nos llevan a completar el principio de la necesidad de la *misión* por el principio de la necesidad del *espíritu*. La misión en la Iglesia, ya sea jerárquica o extra-jerárquica, debe estar siempre acompañada por el espíritu de la Iglesia. La totalidad de su virtud, su valor real, su fecundidad no pueden venirle sino del espíritu. Esto es evidente.

§ Ahora bien, uno de los primeros efectos del espíritu es darnos una fe viva en la misión; es hacer que en el mandato de Dios y de su Iglesia encontremos la principal fuerza para obrar; es eliminar el exceso de la actividad natural y personal, la persecución de la propia gloria, la agitación; es inspirar el sentimiento de la dignidad que corresponde al derecho y a los principios que se confiesa; es mantener la abnegación hasta el sacrificio.

§ El espíritu secunda la misión y no dispensa de ella. No hay mística fuera de la Iglesia.

§ El espíritu, a veces, antecede a la misión; lo cual no quiere decir que la usurpe o la presuma temerariamente, sino que la prepara y la merece. Así, en la historia de casi todas las órdenes religiosas, se ve a los fundadores y a sus primeros discípulos vivir la idea de la Institución antes de formularla a sí mismos o de someterla a la Iglesia. Este fervor inspirado conquista la sanción de la Iglesia, que formula definitivamente su idea y confiere oficialmente la misión.

A menudo esa sanción suele llegar, por desgracia, en momentos en que termina la edad de oro. Y entonces sobreviene la amenaza de un doble peligro: la rutina o la sistematización exagerada; en el primer caso el espíritu se amodorra; en el segundo se falsea.

Ese doble peligro, que se presenta después que la misión ha sido legítimamente conferida, es tan real para los individuos como para las instituciones. Para los maestros en ciencia teológica, para los predicadores, por ejemplo.

§ En las épocas de herejía y de cisma lo que se repudia es la necesidad misma de la misión.

En las épocas de servidumbre política o de liberalismo lo que falta es la plenitud del espíritu.

§ Esa falta de integridad del espíritu en las épocas de liberalismo se explica, en su aspecto psicológico, por dos rasgos manifiestos: los liberales son individuos receptivos y febriles; receptivos, porque se acomodan con excesiva facilidad a los estados de espíritu de sus contemporáneos; febriles, porque por temor de ofender esos diversos estados de espíritu están en una continua inquietud apologética; parece que padecen en sí mismos las dudas que combaten; no tienen suficiente confianza en la Verdad; quieren justificar demasiado, demostrar demasiado, adaptar demasiado, y llegan hasta querer excusar demasiado.

Esa nervosidad y esa fiebre no son un homenaje suficientemente puro a la Verdad, indican un comercio demasiado imperfecto con ella; disminuyen la fe en la misión recibida y debilitan sus correspondientes gracias.

Eso explica el mal éxito de las restauraciones cristianas emprendidas en nombre del liberalismo. En sus comienzos, la Iglesia ha podido bendecirlas; pero el espíritu ha terminado por traicionar la misión.

Hoy podernos darnos cuenta, gracias a documentos recientemente encontrados<sup>145</sup>, de las caídas lamentables del espíritu de Lamennais frente a la misión fecunda que pudo ser la suya. Todos los reproches de falta de atención y de apresuramiento que imputa a la Santa Sede en *Les Affaires de Rome* son de probada falsedad<sup>146</sup>. Por lo que puede verse en una carta del mes de mayo de 1833, dirigida a Ventura, ya antes de *Paroles d'un Croyant*, la apostasía se había consumado en su corazón. “Para exaltar el papado, Lamennais tuvo un acento imperioso y una especie de tono de mando... El papado debía ser grande porque él lo quería grande, y del modo que él quería que lo fuera; y de ese papado que él soñaba tenía empeño en llamarse hijo obedientísimo. Así entendida, su obediencia era como un detalle de su sueño: semejante a esos escultores de la Edad Media que se representaban acurrucados y prosternados bajo la cátedra que construían, Lamennais se prosternaba bajo la cátedra de Pedro, pero bajo una cátedra que sus manos soberanas de profeta hubiesen erigido sostenida mediante nuevos puntales”<sup>147</sup>.

§ Otras veces, en cambio, todo parece requerir la misión de la Iglesia, y la misión no viene. Basta, sin duda, para explicarlo, el sentido superior de las oportunidades, que es propio de la Iglesia. En vano Newman elabora ciertos grandes proyectos para estabilizar al catolicismo en Inglaterra: esos proyectos tenderán a realizarse después de su muerte.

---

<sup>145</sup> Véase *Lamennais et le Saint Siège*, por Paul Dudon.

<sup>146</sup> “M. Goyau hace notar que desde 1829, el futuro Gregorio XVI, cardenal Capellari, había tenido que ocuparse de Lamennais, en una larga correspondencia con el cardenal Lambruschini, Nuncio en París. Dos años más tarde, cuando las cancillerías se alarmaron a causa de las doctrinas *lamenesianas*, el Papa ya no necesitaba el informe de las cancillerías: su opinión teológica estaba hecha, y su conciencia no debía nada a la política”.

<sup>147</sup> Georges Goyau.

Pero este mismo ejemplo nos sugiere otra explicación. Cuando el hombre que concibe una gran obra religiosa es un gran sensitivo, acaricia esa obra como el fruto de su arte personal; en su condición de artista pone en ella exigencias sutiles y ardores de fiebre. Ahora bien, las obras de Dios y de la Iglesia son frutos de razón y de sabiduría; y deben ser tales que no se las pueda atribuir al capricho y ni siquiera al genio de un artista humano. Dios confiere al artista el honor de presentir y de anunciar la obra; pero reserva a su Iglesia el de cumplirla, y a menudo, por medio de instrumentos humildes. Esta prueba, esta ley de purificación de lo individual y de lo humano se impone tanto a las ideas como a las obras. Si Dios no quiso que Santo Tomás de Aquino terminara la Suma, no fué porque la humildad del gran doctor estuviese en peligro, sino para significar que la perfección de tales materias corresponde a la Eternidad.

§ No diré, por cierto, que Pascal haya desconocido, como Lamennais, el misterio de la Iglesia, ni que a pesar de sus relaciones con la herejía haya rechazado la necesidad de la misión y del espíritu. Para evitar toda injusticia a su respecto hay que reconocer el mérito de algunos bellos pensamientos de Pascal sobre la Iglesia: “La historia de la Iglesia debe llamarse propiamente la historia de la Verdad. —Tan evidente es la Iglesia, que los que aman a Dios de todo corazón no pueden desconocerla. —El ejemplo de la muerte de los mártires nos conmueve, porque son nuestros miembros. — Me hago presente a ti por mi palabra, en la Escritura; por mi espíritu, en la Iglesia”. Sin embargo, su empresa apologética no se funda suficientemente en el misterio de la Iglesia; y la visión que tuvo de ese misterio fué disminuida por la influencia jansenista.

Su demostración es retorcida, dramática, cuidadosa del individuo y del asunto. Y hasta cuando derrama su alma en “El Misterio de Jesús” es patético más que tierno. En vano buscaríamos en él esa especie de bonhomía cristiana, forma exquisita de la fineza y de la rectitud, y que no puede darse plenamente sino en la atmósfera aquietadora del misterio de la Iglesia. Podría decirse que no se olvida suficientemente de los libertinos, y que, su cuidado para defenderse de ellos, se traduce más a menudo en fiebre que en doctrina. Podría decirse, sobre todo, que Pascal no olvida su jansenismo — en tanto que Bossuet olvida a cada momento su galicanismo, para exaltar el misterio de la Iglesia—.

“Dios ha hecho una obra, en medio de los hombres que, separada de toda causa que no sea Dios y sólo a El sujeta, llena todos los tiempos y todos los lugares, y lleva por toda la tierra, con la impresión de su mano, el carácter de su autoridad: Jesucristo y su Iglesia. Y ha puesto en esta Iglesia la única autoridad capaz de abatir el orgullo y exaltar la sencillez...”<sup>148</sup>.

§ Alguien ha dicho que es necesario saber sufrir no solamente por la Iglesia, sino también sufrir a la Iglesia. A veces necesitamos ser tratados con rigor, mantenidos en la sombra, en el silencio y con apariencia de estar en desgracia, y quizá, por no haber aprovechado tan santamente como debíamos el favor y el crédito que la Iglesia nos hizo en otro tiempo.

Y no dudemos de que ese trato duro, haciéndonos cooperar eficazmente al orden y a la santidad de la Iglesia, será para nosotros el equivalente sobrenatural de una misión.

En todo caso será signo cierto de que no hemos perdido la plenitud del espíritu el que no admitamos nunca que sea posible sufrir por la Iglesia en forma distinta de lo que podemos sufrir por Dios.

---

<sup>148</sup> *Oration funèbre d'Anne de Gonzague de Clèves.*



## VIII

### MATERNIDAD Y PRIMACÍA DE LA IGLESIA

Ninguna maternidad es comparable a la maternidad de la Iglesia por la nobleza, por la fecundidad, por la ternura, por la fortaleza.

Por la nobleza: salida del Corazón de Dios y del Corazón de Cristo, inmune contra la herida del mal y la arruga del tiempo<sup>149</sup>; la Iglesia no engendra para la esclavitud; y lleva el honor de Dios mismo. ¡Con qué orgullo saluda San Pablo esa maternidad! “Illa autem, que sursum est Jerusalem, libera est, que est mater nostra”<sup>150</sup>. [Mas aquella Jerusalén que está arriba, es libre; la cual es nuestra madre].

§ Por la fecundidad: en proporción con el amor que la une a Cristo, la de la Iglesia es, pues, sin límites, y está siempre en acto. Todos tenemos que renacer por ella: “*Nisi quis renatus fuerit...*”<sup>151</sup>. [No puede entrar en el reino de Dios sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo]. Pero al entrar en la vida verdadera no abandonan su seno. “Para la Iglesia, engendrar es recibir en sus entrañas a sus hijos; la muerte los hace nacer”<sup>152</sup>. En el preciso momento que dejamos este mundo, en ese *día natal*, la Iglesia es más que nunca nuestra madre: en el Cielo somos perfectamente suyos. La maternidad de la Iglesia es inmensa, como la paternidad de Dios.

§ Por la ternura: su ternura de Esposa recae sobre sus hijos: en ellos la Iglesia ama a Cristo. Y nadie ama a Cristo como le ama la Iglesia; y así también, no hay nada que Cristo ame tanto como la Iglesia. De ahí que no haya nada tan puro y desinteresado como ese cariño: “Sólo amamos cualidades”, dice Pascal; pero la Iglesia ama nuestras personas, y en primer lugar nuestras almas, sin abstracción ni sutileza.

De ahí, también, que ninguna madre sepa rogar por sus hijos como la Iglesia. Conoce el precio del bien que anhela para ellos: y les desea ese bien, como se los desea el Corazón de Cristo. Por eso a la Iglesia le ha sido dada la fórmula dominical de la oración: “*Oratio dominica profertur ex persona communi totius Ecclesiae*”<sup>153</sup>. [La oración dominical es proferida por la persona común de toda la Iglesia], y con ella, más que el genio de la oración, la plena posesión de ese Espíritu que es oración viva y divina, que es la oración única que brota en el seno de Dios.

Tampoco hay madre que llore como llora la Iglesia: siente la pérdida eterna de sus hijos con una intensidad de duelo enteramente sobrenatural, en el que puede verse el signo más aproximado de lo que sería el dolor de Dios, si ese dolor fuera posible. Los compadece en sus desgracias con los gemidos de una angustia maternal, en sus Letanías

---

<sup>149</sup> Efesios, V, 27.

<sup>150</sup> Véase Gálatas, IV, 24-26.

<sup>151</sup> Juan III, 5.

<sup>152</sup> Bossuet, *Pensées Chret. et Morales*, Lebarq, t. VI.

<sup>153</sup> *Summa theol.* IIa IIae, q. LXXXIII, a. 16, ad 3.

y Oraciones: llora la muerte temporal de sus hijos con los sollozos de su liturgia de difuntos; pues sólo ella es verdaderamente fiel a las almas, y las asiste en su indecible Purgatorio. ¡Y cuán tierna es la veneración con que ha rodeado siempre los restos mortales de sus hijos!

La oración y las lágrimas que brotan de nuestro corazón y de nuestros ojos pueden traducir profundidades de ternura y de tristeza; pero nosotros no nos sentiremos nunca cumplidos con los que amamos, ni dignos de nuestro propio dolor; sino es haciendo pasar por el corazón y la voz de la Iglesia nuestra aflicción y nuestro duelo.

§ Por la fortaleza: la fortaleza de la maternidad de la Iglesia nace del celo que Dios le da por las almas. Las almas valen a sus ojos más que todos los mundos: “*quam commutationem dabit homo pro anima sua?*”<sup>154</sup> [¿Qué cambio dará el hombre por su alma?]. Todas, y cada una de las almas, valen toda la Sangre de su Esposo divino. En atención a las almas de sus hijos es que la Iglesia pone tanta constancia en afirmar el carácter absoluto de la ley de Dios, en denunciar los escándalos, en reclamar justicia. Podría ser reducida a la impotencia y aun al silencio ante la injusticia material y la opresión de los cuerpos, pero nunca dejará de reivindicar los derechos de las almas. Por ellas sabe padecer con longanimidad, y ceder magnánimamente. Por ellas muestra en sus avisos y prohibiciones una vigilancia tan previsora y a veces tan alarmada, que llega a tener de madre no sólo la fuerza, sino también la debilidad y los temores. Es “*a mother of innumerable fears for those she loves*” [una madre llena de temores por aquellos a quienes ama]. Alimenta, al mismo tiempo, el heroísmo del celo, y mantiene una viril severidad en el amor. No recurre sino a lo que hay de más puro en la obediencia: “*Animas vestras castificantes in obedientia charitatis* (texto griego: *veritatis*)”<sup>155</sup> [Haciendo puras vuestras almas en la obediencia a la caridad; en el texto griego: en la obediencia a la verdad.]

§ Es cierto que entre la paternidad de Dios y la maternidad de la Iglesia hay un tipo intermedio, pero es el de Nuestra Señora<sup>156</sup>. La maravilla de la maternidad de María se refleja en la Iglesia, que, por la sola gracia del Espíritu Santo, engendra a Dios en la humanidad, y a la humanidad en Dios. La universalidad de la mediación maternal de María se realiza también y se consume por la Iglesia.

§ La maternidad de la Iglesia añade agrado y alegría a todos los gozos de la Fe. Del amor filial por la Iglesia puede decirse cabalmente: “*Charitas omnia credit*”<sup>157</sup> [La caridad todo lo cree]. La regla de fe se hace viviente y familiar, llega a ser una voz querida y armoniosa. Esa autoridad maternal obra en nosotros como un principio de absoluta docilidad intelectual. Aun cuando no alcancemos el encanto de la maternidad de la Iglesia sino desde muy lejos, ya no nos es posible jugar con la idea de Catolicidad, ni querer limitar el dominio de la certeza católica, porque eso sería limitar la maternidad de la Iglesia. En cuanto nos inclinamos a reconocer a la Iglesia como Madre de nuestra fe, es preciso reconocer que no solamente debe ser la unión de los corazones la que contribuya a la Catolicidad, sino también y, en primer término, la unión de las inteligencias; y que la caridad fraternal no puede suplir a los estragos que se hayan hecho en la Unidad de la Fe.

---

<sup>154</sup> Mt. XVI, 26.

<sup>155</sup> I Ped. I, 22.

<sup>156</sup> Nota: “Si el autor hubiera podido terminar su obra habría insistido en esa comparación de la maternidad de la Iglesia y de la maternidad de María. Hubiera mostrado en María y en la Iglesia el mismo pensamiento divino bajo dos formas diferentes”.

<sup>157</sup> I Cor. XIII, 7.

La maternidad de la Iglesia inspira al cristiano las más nobles intransigencias y, si puede decirse, los más delicados pudores. Con sólo dejar debilitarse la lealtad o el fervor de su obediencia, impugnaría, de hecho, el derecho maternal de la Iglesia; lo cual sería como si de pronto se despertase en él una grave sospecha contra la legitimidad de su nacimiento y el honor de sus padres.

§ La abnegación de una madre puede muy bien medirse por el valor del alimento que da a sus hijos y el cuidado que pone en prepararlo. ¡Considerad qué Pan nos da la Iglesia, y cómo nos lo prepara! “*Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis*”<sup>158</sup>. [Venid, comed mi pan, y bebed el vino que os he mezclado].

§ En la maternidad de la Iglesia encontramos la raíz de su poder coercitivo, porque es a la Madre a quien corresponde e incumbe corregir y castigar. Y, en efecto, solamente sobre sus hijos la Iglesia pretende ejercer ese derecho. También la raíz de ese poder indirecto, pero real, de primacía temporal que le permite intervenir en la vida de los Estados hay que buscarla en la maternidad de la Iglesia: “*Quidquid igitur est in rebus humanis quoquomodo sacrum, quidquid ad salutem animorum cultumve Dei pertinet, sive tale illud sit natura sua, sive rursus tale intelligatur propter causam ad quam refertur, id est omne in potestate arbitrioque Ecclesiae*”<sup>159</sup>. [Luego, lo que en las cosas humanas es de algún modo sagrado; lo que toca a la salvación de las almas o al culto de Dios — ya sea tal por su naturaleza, o que tal se lo entienda a causa del objeto a que se refiere—, todo eso cae bajo el poder y el arbitrio de la Iglesia. —León XIII].

La salvación de las almas es el cargo propiamente maternal de la Iglesia; el culto de Dios es su función de Esposa de Cristo: en suma, en la maternidad de la Iglesia se funda su derecho de primacía temporal.

§ El emperador está en la Iglesia, y no por encima de ella, dice San Ambrosio: es hijo de la Iglesia. Y el recordárselo no es ofenderle, sino, por el contrario, honrarle... “*Quid honorificentius quam ut Imperator Ecclesiae filius esse dicatur? Quod cum dicitur sine peccato dicitur, cum gratia dicitur. Imperator enim intra Ecclesiam, non supra Ecclesiam est; bonus enim Imperator querit auxilium Ecclesiae, non refutat*”<sup>160</sup>. [¿Qué mayor honra para un emperador que la de ser llamado hijo de la Iglesia? Porque al darle este nombre no se le ofende, sino que se le honra. En efecto, el emperador está en la Iglesia, y no por encima de ella; si el emperador es bueno, no rehúsa la ayuda de la Iglesia; al contrario, la busca].

§ No hay que perder nunca de vista la relación que guarda ese derecho de primacía y de intervención con la maternidad de la Iglesia, pues sólo así podrá explicarse al mismo tiempo la exactitud con que su objeto es definido y la latitud que lleva en su ejercicio.

Ciertamente, conviene definir con precisión el objeto de ese derecho: lo especifica el elemento espiritual, tan frecuentemente implicado en los negocios humanos, y que de un modo necesario incumbe a la Iglesia. Pero, en la práctica, suele hacerse difícil circunscribir el elemento espiritual; y es la Iglesia quien debe juzgar en esos casos, no tan sólo según las reglas de su jurisprudencia, sino, ante todo, nótese bien, en atención a lo que exige su responsabilidad maternal, la cual tiene extensión indefinida. También la

---

<sup>158</sup> Proverbios, IX, 5.

<sup>159</sup> Encíclica *Immortale Dei* del I de nov. 1885.

<sup>160</sup> *Serm. contra Auxent.*

*ratio peccati*<sup>161</sup>, por la cual puede la Iglesia llegar a eximir del juramento de fidelidad a los súbditos de un príncipe, permite a la Iglesia un muy amplio ejercicio de su derecho, porque el derecho que tiene la Iglesia de preservar a sus hijos del escándalo, es ilimitado. La aplicación de semejante juicio no ha de limitarse únicamente al pecado de escándalo contra la fe; la Iglesia puede también extenderla a muchos otros escándalos: “*Aliquis per infidelitatem peccans potest sententialiter jus dominii amittere, sicut etiam quandoque propter alias culpas*”<sup>162</sup>. [Un hombre puede perder su derecho de dominio, por sentencia de justicia, en razón de un crimen contra la fe (apostasía y herejía), como también por razón de otras faltas. —Santo Tomás].

§ Aun respecto de príncipes o de señores infieles, cuyo dominio no es revocable *ipso facto* por el derecho divino de la Iglesia, la Iglesia tiene el poder de pronunciar sentencia de desposesión, a causa, siempre, de su maternidad, que hace de sus hijos los hijos de Dios: “*Quia infideles merito infidelitatis suae merentur potestatem amittere super fideles, qui transferuntur in filios Dei*”. [Porque los infieles merecen, por su misma infidelidad, se les quite el poder que tienen sobre aquellos que, por la fe, pasan a ser hijos de Dios. Santo Tomás de Aquino]; poder que, por otra parte, la Iglesia no ejercerá, sino allí donde la autoridad temporal está en sus manos, o en las de un soberano fiel<sup>163</sup>.

§ No se diga que aquí se trata de un Derecho de la Edad Media, convencional y transitorio. Es en el Evangelio donde el derecho maternal de la Iglesia aparece estrictamente definido en su objeto formal: *reddite quae sunt Dei Deo*, a la vez que casi ilimitado en su aplicación y su ejercicio. La didracma que reclamaron a Pedro era un impuesto nacional, tanto como religioso: el Señor se declara eximido de ese impuesto, como Hijo de Dios; El, y, en principio, todos los hijos de la Iglesia: “*Ergo liberi sunt filii*”<sup>164</sup>. [Luego, los hijos están exentos]. Impuesto nacional, decimos; y, en consecuencia, el Señor piensa lo mismo de los impuestos debidos al César. Si es excesivo ver en eso una especie de correctivo del *Reddite quae sunt Ccesaris Caesari*, no hay, en cambio, ningún exceso en considerarlo como un signo del derecho que tiene la Iglesia de ser la única que juzgue en lo que respecta a la extensión o a los límites de su derecho.

§ Fundados en que la maternidad de la Iglesia exige esa extensión, por así decirlo, indefinida de las aplicaciones de su derecho preeminente, algunos teólogos, en el curso de la historia, han llevado la convicción entusiasta del derecho de la Iglesia hasta el punto de reivindicar para ella, directamente, todo poder terrestre. El *ne scandalizemus eos* que Nuestro Señor, al pagar la didracma, da con motivo de su pura y gratuita concesión, les ha parecido el único límite que se pueda poner a los derechos de la Madre de los rescatados: ¿y qué razón hay para que se les repruebe tanto por eso?<sup>165</sup>

---

<sup>161</sup> Nota: “La Iglesia tiene un poder indirecto sobre los asuntos temporales *en razón del pecado* a que puede inducir una medida cualquiera, meramente temporal en sí misma, decretada por la autoridad civil”.

<sup>162</sup> *Sum. theol., IIa IIae, q. XII, a. 2*. Evidentemente, si se trata del dominio que el Soberano ejerce sobre sus súbditos, ese dominio no puede perderse por una falta cualquiera, sino tan sólo por una falta que pone en grave peligro el alma de sus súbditos. *De hecho*, Santo Tomás no tiene en vista más que el caso de crimen contra la fe, “la apostasía (o la herejía) que separan al hombre totalmente de Dios, lo cual no ocurre en los otros pecados” (ad 3), y “el apóstata que medita el mal en la depravación de su corazón, y que se esfuerza por separar de la fe a los otros hombres”. Pero ¿no puede haber otros crímenes que pongan en tan grave peligro el alma de los súbditos?

<sup>163</sup> *Ibid.*, IIa IIae, q. X, a. 10.

<sup>164</sup> Mateo, XVII, 25. Santo Tomás (*IIa IIae, q. X, a. 10*) interpreta del mismo modo ese pasaje.

<sup>165</sup> Si se leyera atentamente las cartas de San Gregorio VII ¿no se hallaría en ellas la teoría del poder directo?

Más aún: es esa extensión de las aplicaciones posibles de su derecho lo único que justifica que la misma Iglesia diera, a veces, una noción del objeto o del ejercicio de su primacía que, por lo comprensiva, haya parecido, a primera vista, indistinta; como, por ejemplo, la noción dada al final de la Bula *Unam Sanctam*, de Bonifacio VIII: “*Subesse Romano Pontifici omnem humanam creaturam declaramus, deffinimus, dicimus et pronuntiamus omnino esse de necessitate salutis*”. [Es de necesidad de salvación que toda criatura humana esté sometida al Pontífice Romano.] La interpretación exacta de esa definición es fácil, pero debe quedar siempre como una cuestión filial.

Finalmente, la misma razón explica cómo le fué tan fácil a la Iglesia en algunos momentos críticos en Occidente tomar a su cargo los asuntos y la sucesión del Imperio, hasta que, terminada la difícil transición, pudo entregarlos a los reyes bárbaros bautizados por ella, y restaurar el Imperio Romano en el Sacro Imperio.

§ Por lo demás, son testimonio de los miramientos maternales con que la Iglesia ha ejercitado su primacía las muchas concesiones que ha hecho a los príncipes. También lo son los Concordatos, que no adjudican a la Iglesia la mayor parte de las ventajas, y que rara vez reconocen, aunque no fuera más que en principio, la plenitud de su derecho divino. Mucho menos titubean los poderes terrestres antes de trasponer los límites de lo espiritual, y los juristas se muestran menos discretos en sus pretensiones que la Iglesia cuando interviene en el dominio mixto. Y huelga hacer esta comparación en los hechos; basta con establecerla entre las ideas que el mundo y la Iglesia tienen de sus derechos respectivos. No hablemos de las pretensiones ciertísimas de Alejandro y de César a los honores divinos; ni de las de Octavio, quien, según el testimonio de Vegetius, al adoptar el nombre de Augusto, en el año 27 antes de nuestra era, entiende asumir un título sagrado: el paganismo, tanto entre los príncipes como en los pueblos estaba predispuesto a esa idolatría<sup>166</sup>. Pero los mismos emperadores cristianos, y el primero de ellos, Constantino, no repudian de inmediato algunas muestras de adoración, como templos dedicados y juegos ofrecidos en su homenaje. En Bizancio, los iconoclastas destruyen las imágenes de Cristo, y de los santos, pero respetan las del emperador. El título de *Pontifex Maximus* no es abandonado sino en el siglo IV por el emperador Graciano. Y para evitarnos recorrer todo el resto de la historia observemos que la Bestia blasfema del Mar y la Bestia de la Tierra poderosa en prodigios, de quienes se dice en el Apocalipsis que obtienen la adoración rehusada al Cordero, simbolizan, precisamente, la civilización profana y usurpadora de todos los tiempos y de todas las naciones<sup>167</sup>.

¡En qué luz más precisa y más clara mantiene la Iglesia la idea de su derecho! Es un derecho absolutamente divino; pero que no admite excesos en el homenaje que reclama para aquéllos que son su propio órgano. Los honores extraordinarios que se han rendido a los Papas, a imitación de los imperiales, son tardíos y poco numerosos. Nunca se aplica a los Papas el epíteto de *divino*. Hasta el siglo VIII, en Roma, el palacio llamado sacro es el imperial; y en ese mismo siglo son dos emperadores bizantinos los que introducen la costumbre de besar los pies del Vicario de Cristo, y casi podría decirse que se la imponen a él mismo<sup>168</sup>.

Más tarde, cuando por el vigor santo de un Gregorio VII o la actividad universal de un Inocencio III, la Iglesia quebranta las resistencias del Poder terrestre o mantiene a Europa en la unidad, por cierto, que sus personas no pueden ser acusadas de exigencia idolátrica ni de ambición dominadora. Más tarde aún, cuando la creciente de vitalidad natural que refluye hacia el paganismo oscurece y confunde en los espíritus todas las

---

<sup>166</sup> Véase Hechos, XII, 22.

<sup>167</sup> Apocalipsis XIII.

<sup>168</sup> Véase *Ancien King-Worship*, by C. Lattey, S. J. Cath. Truth Soc.

nociones de los derechos divinos y humanos, cuando la intrusión o la influencia del espíritu secular produce dentro de la misma Iglesia los abusos personales de poder, la extravagancia en el lujo, la manía del clasicismo, no es la Iglesia la responsable del ideal del “Príncipe”, de que tanto se ufana el Renacimiento. El ideal de su derecho es muy otro, y permanece inalterable en el alma de la Iglesia, aun en medio de aquella confusión. Y si un Papa adjudica sin vacilar a una monarquía europea las tierras recién descubiertas, ese acto, en realidad, no es otra cosa que el ejercicio de un derecho de arbitraje a propósito de un bien vacante; derecho determinado en su forma por las condiciones de la época, pero proveniente de la primacía maternal de la Iglesia; no es más que una de las aplicaciones indefinidamente variadas de esa primacía, como lo son también las instrucciones y los consejos políticos dados en nuestros días por la Iglesia.

§ Todos los instintos de la razón cristiana y del alma católica tienden, pues, no a confundir los dos Poderes, divino y humano, sino a no distinguir entre la maternidad de la Iglesia y su primacía, a hacer de una el fundamento y la medida de la otra, a dejar que el derecho de intervención de la Iglesia llegue a los límites trazados por ella misma; a reconocerle un carácter de árbitro y de consejera, no solamente benéfico, sino también necesario y, digámoslo, prácticamente soberano e ilimitado.

Porque el cristiano refiere el derecho público y preeminente de la Iglesia a las cuatro prerrogativas inviolables que certifican su origen y su constitución divinos. La Unidad es, necesariamente, la que le devuelve unidos todos los pueblos y todos los estados, y hace que quepan en su seno. La Santidad la constituye inaccesible a los errores, como también a las ofensas hostiles de la legalidad humana. La Catolicidad la exime de todo vasallaje nacional. La Apostolicidad es el sello de su sacerdocio y el muro de su jurisdicción<sup>169</sup>. No puede decirse con entera propiedad que esas garantías divinas tengan algo de infinito, pero es muy cierto que por lo menos tienen algo de ilimitado en su aplicación.

El cristiano llega hasta desear para la Iglesia, no el lujo vano, pero sí la magnificencia —los más bellos servicios del arte—, el homenaje de las ciencias; en fin, la plena ostentación de su vida de Ciudad del Rey de los reyes.

§ Mas como es requerida por su misión maternal, esa fuerza sobrehumana del Derecho de la Iglesia no opera sino por el amor. “Todo en la Santa Iglesia es del amor, en el amor, para el amor y con amor”, decía San Francisco de Sales<sup>170</sup>; y esto, en su pensamiento, nada quitaba a la fuerza de la Iglesia. La Iglesia es fuerte, pero la Iglesia merece toda la reciprocidad de nuestro amor. Tiene derecho a nuestro amor *más sencillo*, ya que en la tierra somos siempre sus niños: ella nos toma en sus brazos y sostiene constantemente en nuestra miseria y en nuestra desnudez moral y física, como sólo una madre puede hacerlo; en el bautismo, nos quita los pañales para ungirnos; y nuestro sudario en el lecho de muerte, para volver a ungirnos. Dependencia total de nuestro ser, interior y visible, privado y público, sin reserva y sin violencia.

Tiene derecho a nuestro amor *más heroico*, o por lo menos, a un amor tan habitualmente generoso, que aun en las ocasiones ordinarias nos dé la alegría que se emparenta con el heroísmo. Porque con ser tan fuerte, la Iglesia no carece de ninguna de las debilidades que Dios ama. “Reúne todos los títulos por donde puede esperarse el auxilio de la justicia. La justicia debe particular asistencia a los débiles, a los huérfanos, a las esposas

---

<sup>169</sup> Véase nuestro *Triduum Monastique de la Bienheureuse Jeanne d'Arc, II: Jeanne d'Arc et la Politique Divine*.

<sup>170</sup> Prefacio del *Traité de l'Amour de Dieu*.

desamparadas, a los extranjeros”<sup>171</sup>. La Iglesia es todo eso. Necesita la abnegación caballerescas de todos sus hijos.

§ El amor que tenemos a la Iglesia significa que conservamos en nosotros el don divino de la caridad, la prenda viva y personal del amor infinito por nosotros, que es el Espíritu Santo: en nuestro amor por la Iglesia, amamos la unidad ; y en nuestro amor, multiplicado por el amor que hay en la Iglesia, crece hasta el infinito, se pierde en la unidad del amor, prepara la consumación de esa unidad: “*Accipimus ergo et nos Spiritum Sanctum, si amamus Ecclesiam, si charitate compaginamur, si catholico nomine et fide gaudemus. Credamus, fratres: quantum quisque amat Ecclesiam Christi, tantum habet Spiritum Sanctum... Si amas unitatem, etiam tibi habet quisquis in illa habet aliquid*”<sup>172</sup>. [Luego, si amamos a la Iglesia, si estamos unidos por la caridad, si el nombre y la fe católicos hacen nuestra alegría, también nosotros recibimos el Espíritu Santo. Creámoslo hermanos: cualquiera que ama a la Iglesia, en cuanto la ama guarda en sí al Espíritu Santo. Si amas la unidad, lo que otro tiene en la unidad también para ti lo tiene. —San Agustín].

---

<sup>171</sup> Bossuet, *Oraison funebre de M. Le Tellier*.

<sup>172</sup> San Agustín, *In Joan*, Tract. XXXII, 8.

## IX

### LAS FIESTAS DEL MISTERIO DE LA IGLESIA

*(Este capítulo no ha sido redactado. En el manuscrito, sólo se encuentran las indicaciones siguientes).*

#### I.

#### FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS

*Todos los Santos* corresponde a Epifanía.

*“Nec sane tunc unctus est Christus Spiritu Sancto, quando super eum baptizatum velut columba descendit: tunc enim Corpus suum, id est Ecclesiam suam, praefigurare dignatus est, in qua praecipue baptizati accipiunt Spiritum Sanctum”.* (San Agustín, *De Trin.*, lib. XV, c. 26, 46.) [Por cierto que Cristo no fué ungido por el Espíritu Santo en el momento de su bautismo, cuando el Espíritu Santo descendió sobre Él como paloma. Lo que entonces se dignó prefigurar fué su Cuerpo, es decir, su Iglesia, en la cual los fieles reciben por primera vez el Espíritu Santo al ser bautizados].

#### EPIFANÍA:

- el Bautismo (*Adopción*).
- las Bodas de Caná (Desposorios divinos).
- los Reyes Magos (Universalidad).

#### TODOS LOS SANTOS:

- los Ángeles.
- los Santos del Antiguo Testamento.
- la Cristiandad al fin realizada.

\*

Lectio IV. [Maitines de la Fiesta de todos los Santos, en el Breviario dominicano]. — “Esta solemnidad no está solamente dedicada a los Ángeles, sino a todos los Santos habidos desde el origen del mundo. Los primeros son los Patriarcas, padres de los Profetas y de los Apóstoles. Fueron hallados dignos de Dios, eminentes en fe, sabios en sus obras, reparadores de la raza, insignes por su justicia, llenos de una esperanza indefectible, sumisos a los Preceptos, confiados en el cumplimiento de las Promesas, huéspedes de los Ángeles”.



“Después de ellos, los Profetas escogidos, interlocutores de Dios, confidentes de sus secretos; entre los cuales profetas, algunos santificados en el vientre materno, y otros en su infancia, o en su juventud, o en su vejez; llenos de fe, y en devoción incomparables, fértiles en recursos (industria solertes), señores por la inteligencia, dueños, por experiencia, de todos los secretos de la disciplina espiritual, asiduos en la meditación de las cosas santas, ante la muerte intrépidos, azote de las tiranías, afligidos hasta llorar por los pecados del pueblo, gloriosos por el don de prodigios”. (*Ex Sermone Rabani, vel Maximi Tarentini*).

§ Sobre nuestra unión con los Santos del Antiguo Testamento —Canon de la Misa—. “*Omnes in nube baptizati sunt; bibebant de spiritali...*” (I Cor., X, 2-4.) [Y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en la mar; y todos comieron una misma vianda espiritual, y todos bebieron una misma bebida espiritual: (porque bebían de una piedra espiritual, que los iba siguiendo: y la piedra era Cristo)]. “*In labores eorum introistis*”. (Joan. IV, 38). [Otros lo labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores].

“*Abraham exsultavit*” [Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día. —San Juan, VIII, 56.]— “*Idem est motus in imaginem in quantum est imago et in rem... et ideo antiqui Patres, servando legalia sacramenta, ferebantur in Christum per fidem et dilectionem eandem, qua et nos in ipsum ferimur*”. (Sto. Tomás, *Sum. theol.*, III q. 8, a. 3 ad 3.) [Un mismo movimiento nos lleva hacia la imagen en tanto que tal y hacia la cosa de la cual es imagen... Es así cómo los antiguos Padres guardando los preceptos figurativos de la Ley, eran llevados hacia Cristo por la misma fe y el mismo amor que hoy nos lleva a nosotros hacia Cristo].

“*Qui ex fide sunt filii Abraham*”. (Gal., III, 7). [Conoced, pues, que los de la fe, éstos son hijos de Abraham.] —“*Ut in gentibus benedictio Abrahae fieret in Christo Jesu*”. (Gal. III, 14). [Para que la bendición de Abraham se verificase a favor de las gentes en Cristo Jesús].

“*Christianismus non in judaismum credidit, sed judaismus in christianismus*”. (San Ignacio de Ant., ad Magn., X, 3). [El cristianismo no ha creído en el judaísmo, sino el judaísmo en el cristianismo].

\*

Penetración de la idea de Iglesia en la Doxología trinitaria de la parte final del Canon primitivo, atestiguada por la fórmula de anáfora (o Canon) de los Palimpsestos de Verona publicados por Hauler, y por los Estatutos Etíopes, dos documentos que, según la demostración de Dom Cagin, parecen, con mucha probabilidad, contener el tema apostólico de la anáfora<sup>173</sup>:

---

<sup>173</sup> He aquí el texto completo de la anáfora primitiva (palimpsestos de Verona) que puede considerarse, según los trabajos de Dom Cagin, como el que más se acerca al tema apostólico del Canon. (Cf. Dom Paul Cagin: *L'Eucharistia, canon primitif de la Messe, Rome, Paris, Tournai, Desclée, 1912, in 4, 334 p.*; *L'Eucharistia, Fragments de la 3 partie, Desclée, in - fol., 48 p.*; el abate A. Vigourel ha publicado un resumen de los trabajos de Dom Cagin en la *Revue pratique d'Apologetique*, 1 de mayo de 1915, págs. 146-160).

Texto latino:

Gratias tibi referimus, Deus, Per dilectum Puerum tuum Jesum Christum, Quem in ultimis temporibus Misisti nobis Salvatorem Et Redemptorem Et Angelum voluntatis tuae; Qui est Verbum tuum inseparabile, Per quem omnia fecisti Et beneplacitum tibi fuit; Misisti de coelo in matricem Virginis, Quique in utero habitus incarnatus est Et Filius tibi ostensus est Ex Spiritu Sancto Et Virgine natus. Qui voluntatem tuam complens Et populum sanctum tibi acquirens, Extendit manus, cum pateretur, Ut a passione libera-

“*Per quem tibi gloria et honor, Patri et Filio cum Sancto Spiritu, in Sancta Ecclesia tua et nunc et in saecula saeculorum. Amen*” (Verona). [Por quien gloria y honor a ti, Padre y al Hijo con el Espíritu Santo, en tu Santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos].

“*In quo tibi laus et potentia in sancta Ecclesia*”. (Est. Etióp.) [En quien a Ti alabanza y poder en la Santa Iglesia].

§ San Pablo había escrito (Ephes. III, 21): “*Ipsi gloria in Ecclesia et in Christo Jesu, in omnes generationes saeculi saeculorum. Amen*”. [A El la gloria en la Iglesia y en Jesucristo por todas las edades del siglo de los siglos. Amen].

(Cf. Dom Cagin, *Eucharistia*, — Canon primitivo de la Misa, Desclée, 1912).

§ Las dos oraciones eucarísticas de la *Didaché* (IX, X) hacen mención de la Iglesia, entre la acción de gracias y la doxología.

La primera, *de Pane fracto*: “*Gratias tibi agimus, Pater noster, pro vita et scientia quam indicasti nobis per Jesum puerum tuum: gloria tibi in saecula. Sicut hic panis fratus dispersus erat supra montes et collectus factus est unus, ita colligatur Ecclesia tua a finibus terrae in regnum tuum, quoniam tua est gloria et virtus per Jesum Christum in saecula*”. [Gracias te damos, Padre nuestro, por la vida y la ciencia que nos has revelado por Jesús tu Hijo: gloria a Ti en los siglos. Como este pan que rompemos estaba disperso sobre los montes, y recogido ha venido a ser uno, así tu Iglesia, desde los extremos de la tierra sea reunida en tu reino, pues que tuya es la gloria y el poder por Jesucristo en los siglos].

---

ret Eos qui in te crediderunt. Qui cumque traderetur voluntariae passioni Ut mortem solvat Et infernum calcet Et justos illuminet Et terminum figat Et resurrectionem manifestet Accipiens panem, Gratias tibi agens, Dixit: Accipite, manducate: Hoc est Corpus Meum, Quod pro vobis confringetur; Similiter et calicem, Dicens: Hic est Sanguis Meus, Qui pro vobis effunditur. Quando hoc facitis, Meam commemorationem facitis. Memores igitur mortis Et resurrectionis ejus Offerimus tibi panem et calicem, Gratias tibi agentes Quia nos dignos habuisti Adstare coram te Et tibi ministrare. Et petimus Ut mittas Spiritum tuum sanctum In oblationem Sanctae Ecclesiae. In unum congregans des omnibus Qui percipiunt sanctis. In repletionem Spiritus Sancti, Ad confirmationem fidei in veritate, Ut te laudemus et glorificemus Per Puerum tuum Jesum Christum, Per quem tibi gloria et honor Patri et Filio cum Sancto Spiritu In sancta Ecclesia tua Et nunc et in saecula saeculorum. Amen.

Traducción castellana.

Te damos gracias, oh Dios, Por tu amado Hijo Jesucristo, Que en los últimos tiempos Nos enviaste, Salvador, Redentor Y Ángel de tu voluntad; Que es tu Verbo inseparable, Por quien hiciste todas las cosas Y a tu agrado; Le enviaste del cielo al seno de la Virgen, Y se encarnó en sus entrañas Y se manifestó a Tí como Hijo, Por el Espíritu Santo Nacido de Virgen. Quien, cumpliendo tu voluntad, Y adquiriendo para Ti un pueblo santo, Extendió las manos, padeciendo, Para librar de padecimiento A los que en Ti han creído. Y cuando fué entregado (porque lo quiso) a la pasión Para destruir la muerte, Pisotear el infierno, Iluminar a los justos, Fijar el término Y manifestar la resurrección, Tomando pan, Dándote gracias Dijo: Tomad, comed: Este es Mi Cuerpo, Que por vosotros será quebrantado; E igualmente el cáliz, Diciendo: Esta es Mi Sangre, Que por vosotros será derramada. Cuando hacéis esto, Hacéis mi conmemoración. En memoria pues de su muerte Y de su resurrección Te ofrecemos el pan y el cáliz, Dándote gracias Porque nos hiciste dignos De estar en tu presencia Y servirte. Y pedimos Que envíes a tu Espíritu Santo Sobre la oblación de la Santa Iglesia; Y reuniendo en uno, des a todos Los santos que participan, La plenitud del Espíritu Santo, Para confirmación de la fe en la verdad. A fin de que te alabemos y glorifiquemos Por tu Hijo Jesucristo, Por quien gloria y honor a Ti Padre y al Hijo con el Espíritu Santo, En tu Santa Iglesia. Ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

## II

### DEDICACIÓN DE LAS IGLESIAS

La *Dedicación* corresponde a Pentecostés.

*Et Angelis coronata  
Ut Sponsata comite*<sup>174</sup>.

Coronada de Ángeles, ya que coronada de Dios.

Nuestro Señor llamado Ángel (*Magni Consilii Angelus* —Isaías, IX—, versión adoptada en el introito de la tercera Misa de Navidad).

Los Pontífices también. (Malaquías, II, 7; Apoc., II, III).

Los Ángeles sirven a Nuestro Señor. Legiones a sus órdenes. —Él es Cabeza de ellos. (San Pablo, Colos., II, 10; Ephes., I, 21).

La Ley y los Ángeles. [La Ley fué ordenada por Ángeles en mano de un mediador. — Gal., III, 19.] — [Que recibisteis la Ley por ministerio de Ángeles y no la guardasteis. Act., VII, 53]. Cf. Deuter., XXIII, 2 (Setenta).

El Himno Angélico. — La Salutación Angélica.

“*Spectaculum facti sumus mundo, et angelis*”. [Somos hechos espectáculo al mundo, y a los Ángeles. — San Pablo, 1 Cor., IV, 9].

“*Separabunt malos de medio justorum*”. [Saldrán los Ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos. — San Mateo, XIII, 49].

“*Gaudium in coelo pro uno peccatore*”. [Habrà más gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos que no han menester penitencia. San Lucas, XV, 7].

“*Corpus Ecclesiae mysticum non solum consistit ex hominibus, sed etiam ex angelis: totius autem hujus multitudinis Christus est caput*”. (Santo Tomás, *Sum. Theol.*, III p. q. 8, a. 4). [El Cuerpo místico de la Iglesia no está constituido por los hombres solamente, sino también por los Ángeles: y de toda esa multitud Cristo es la Cabeza].

La herencia de ellos (de los Ángeles) está en los Cielos, dulce país de la luz. (Dionisio, *Jer. Cel.*, XV).

§ Véase el maravilloso capítulo XV de la *Jerarquía Celeste*: “Entre todos los símbolos angélicos, la Teología emplea con una especie de predilección, el símbolo del fuego. Nos habla de ruedas ardientes, animales enteramente hechos de llamas, hombres como relámpagos candentes; nos muestra a las esencias celestiales rodeadas de brasas encendidas y de ríos que llevan olas de fuego, con ruido y rapidez. En su lenguaje, los Tronos son de fuego, los augustos Serafines, de acuerdo con la significación de su mismo nombre, están abrasados, y calientan y devoran como el fuego. En fin, tanto en el más alto como en el más bajo grado del ser, reaparece constantemente el glorioso símbolo del

---

174

Jerusalén, ciudad venturosa,  
Llamada visión de paz,  
Que está construida en los cielos  
Con piedras vivientes,  
Y que los Ángeles rodean  
Como el cortejo a la Esposa...

(Himno de Vísperas de la Dedicación de una Iglesia.)

fuego...”. Viene a continuación la espléndida descripción de los efectos del fuego como imagen de la naturaleza divina.

§ Dionisio se refiere muchas veces al doble ímpetu que mueve a las esencias angélicas; por el cual son primero arrebatadas hacia Dios, y luego traídas hacia los seres que están por debajo de ellas, para comunicarles sus luces.

§ “*Inferiora gubernat per superiora, non propter defectum suae virtutis, sed propter abundantiam suae bonitatis, ut dignitatem causalitatis etiam creaturis communicet*”. (Santo Tomás, *Sum. theol.*, I q. 22, a. 3). [Dios gobierna los seres inferiores por los superiores, no por defecto de su poder, sino por abundancia de su bondad, a fin de comunicar a las mismas criaturas la dignidad de ser causas].

§ [A los Ángeles de la primera jerarquía] les es dado imitar a Jesucristo de una manera más elevada; y participan de la primera efusión de sus virtudes divinas y humanas. (*Jer. cel.*, VII).

§ “*Usque ad diem iudicii semper nova aliqua supremis angelis revelantur divinitus de his quae pertinent ad dispositionem mundi et praecipue ad salutem electorum*”. (Santo Tomás. *Sum. theol.*, q. 106, a. 4). [Hasta el día del juicio continuarán revelándose divinamente a los Ángeles superiores nuevos misterios que se refieren a la constitución del mundo y principalmente a la salvación de los elegidos].

§ Comparación del ministerio de los Ángeles en la Iglesia, con el ministerio del Sacerdote.

“Por el ejercicio de las funciones sagradas nos asemejamos a los Ángeles, tratando de colocarnos como ellos en un estado de inmutable santidad”. (*Jer. ecles. I.*) —Esta idea está expresamente tratada en *Jer. cel.*, XII.

“*Tota virtus sacramentorum a passione Christi derivatur, quae est Christi secundum quod est homo, cui in natura conformantur homines non autem angeli, sed potius secundum passionem dicitur modico ab angelis minoratus (Hebr., II), et ideo ad homines pertinent dispensare sacramenta et in eis ministrare, non autem ad angelos: sciendum tamen quod sicut Deus virtutem suam non alligavit sacramentis quin possit sine sacramentis effectum sacramentorum conferre ita etiam virtutem suam non alligavit Ecclesiae ministris quin etiam angelis possit virtutem tribuere ministrandi in sacramentis*”. (*Sum. theol.*, III q. 64, a. 7). [Toda la virtud de los sacramentos deriva de la Pasión de Cristo, que Cristo ha padecido en cuanto hombre, de quien los hombres son semejantes en naturaleza, y no los ángeles; y de quien se dice, por su Pasión, que fué hecho un poco menor que los Ángeles (Hebr., II). Por eso corresponde a los hombres, y no a los Ángeles, dispensar los Sacramentos y ejercer un ministerio a propósito de ellos. Pero debe saberse que, así como Dios no ha ligado su poder a los Sacramentos de modo que no pueda sin los Sacramentos producir el efecto de los Sacramentos, tampoco ha ligado su poder a los ministros de la Iglesia, de modo que no pueda otorgar también a los Ángeles el poder de ejercer el ministerio sacramental]. Santo Tomás piensa, al decir esto, en ciertos hechos milagrosos, pues agrega: “*Sicut quaedam templa dicuntur angelico ministerio consecrata*”. [De esta manera se refiere que algunos templos han sido consagrados por el ministerio de los Ángeles]. De ahí resulta que el poder sacramental no hace al hombre, necesariamente, superior a los Ángeles...

§ El Ángel vengador del Paraíso terrestre reemplazado en la Iglesia por los Ángeles que la coronan, guardianes de sus torres, luces de su palacio.

\*

*Los Ángeles Malos.* — La Iglesia “tentada” como Nuestro Señor por el demonio.

“*Nescitis quoniam Angelos judicabimus?*” [¿No sabéis que hemos de juzgar a los Ángeles?— I Cor. VI, 3].

La vista de ellos está ciega para la hermosura de la Iglesia, en tanto que los Ángeles Buenos la ven con arrobamiento.

“*Si cognovissent, numquam Dominum gloriae crucifixissent*”. (I Cor., II, 8.) [Si ellos (los ángeles malos, los príncipes de este mundo) la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria]. —“... *Si autem perfecte, et per certitudinem cognovissent, ipsum esse Filium Dei, et effectum passionis ejus, nunquam Dominum gloriae crucifigi procurassent*”. (*Sum. theol., q. 64, a. 1, ad 4.*) [Si hubieran conocido perfectamente y con certidumbre que Él era el Hijo de Dios, y cuál sería el efecto de su Pasión nunca hubieran procurado que se crucificase al Señor de la gloria]. De este modo, Santo Tomás parece inclinado a sacar en consecuencia, conforme con el sentir de San Agustín, que menciona, que el misterio de la Encarnación no les fue conocido sino lo bastante para mantenerlos en el temor, y por lo tanto no previeron sus efectos benditos. De otro modo, se hubieran guardado de procurarlos indirectamente, incitando a los hombres a crucificar al Hijo de Dios.

§ Las Puertas de Dite coronadas de demonios. (Infierno, VIII, 82.)

Apéndice:

### Prólogo de J. Maritain

El Padre Humberto Clérissac nació en Roquemaure, el 15 de octubre de 1864. Hizo sus estudios en el colegio de los Jesuitas de Aviñón. A la edad de dieciséis años resolvió entrar en la Orden de Santo Domingo. La lectura del libro *Vida de Santo Domingo*, de Lacordaire, le había revelado cuál habría de ser su familia sobrenatural. Con gran resolución, ejecutó en seguida su propósito; abandonó la casa paterna, con el beneplácito de su madre, y se dirigió a Sierre, en Suiza, donde empezó su noviciado. Terminó sus estudios en Rijckholt, Holanda; profesó el 30 de agosto de 1882.

Predicó mucho en Francia, más todavía en Italia (en Roma, en Florencia, donde a menudo predicó la Cuaresma en francés), y en Inglaterra, sobre todo en Londres; y Dios le concedió en todas partes traer almas a la Iglesia. Cuando la dispersión de 1903, se fué a Londres, donde esperaba hacer una fundación dominica francesa. Ese proyecto fracasó a último momento, después de haber trabajado larga y ardentemente por su realización; y el Padre Clérissac debió volver a Francia. Sin abandonar su labor apostólica, especialmente la predicación de Cuaresma en Italia, prefería predicar retiros a las comunidades religiosas, en las cuales hallaba espíritus más aptos para entenderle y un medio favorable a la expansión de su alma. De ese modo, fué muchas veces huésped de Solesmes, abadía por la cual sintió siempre un gran cariño y que, por cierto, sabía retribuirse-lo. También era un gusto para él hospedarse en Rijckholt. Una de las últimas veces que estuvo allí, le tocó presidir la entrada en la Tercera Orden dominica de Ernesto Psichari, a quien él mismo había recibido en la Iglesia, en febrero de 1913.

La dispersión de su orden había abierto en él una herida incurable; necesitaba de la vida del coro y de esa común habitación fraterna tan buena y tan gozosa, en el decir de David, y que es como una imagen abreviada de la Iglesia. Pero si el contacto del mundo le hacía sufrir cruelmente, manteniéndose más que nunca extraño al mundo, más que nunca ocupado en solo Dios, elevaba su alma en regiones de paz y, según la palabra de Dante, *se ocultaba en la luz*. Cuando llegado a la plenitud de su madurez, podía creerse que iba a dar de sí, ante los hombres, todo aquello de que era capaz, fué retirado repentinamente de este valle. Después de una breve enfermedad que todavía le dio tiempo para celebrar la misa el día de Todos los Santos, murió la noche del 15 al 16 de noviembre de 1914, con una de esas muertes muy humildes, que Dios parece reservar a sus más próximos amigos. En conformidad con esa vocación religiosa, a la que permaneció fiel de una manera tan perfecta, siempre fué *reservado para Dios*. Dios era toda su heredad, y él era, enteramente, de Dios. Por eso su vida exterior y sus trabajos apostólicos, de cuyos detalles se tiene noticia muy incompleta, pues nunca hablaba de ellos, sólo contribuyen de un modo secundario al conocimiento de su persona. Se diría que Dios, ayudado por la humildad del P. Clérissac, quería mantener esa vida y esos trabajos en la sombra, y aún conducirlos a lo que podríamos llamar un relativo fracaso, si se tiene en cuenta la influencia que un alma tan grande hubiera debido, quizá, ejercer. Pero esa alma obraba de una manera más profunda y misteriosa: por la invisible irradiación de su ser mismo, de la luz sobrenatural de que estaba penetrada.

Lo primero que impresionaba al abordar al P. Clérissac, era la nobleza de su fisonomía y la inteligencia, casi temible a fuerza de penetración, que brillaba en sus ojos. De ahí que en las primeras entrevistas se sintiera ante él una especie de temor, y el sentimiento de que él también sabía demasiado *quid esset in homine*. Ese sentimiento desaparecía después, cuando conociéndole mejor, ya había podido apreciarse su amor hacia las almas y la gran dulzura de su bondad.

Pero lo que más le caracterizaba era esa maravillosa pureza de espíritu y de corazón que tanto amaba en Santo Domingo, y que Dios le había comunicado a él tan generosamente. Pureza, integridad, virginal vigor del alma, tales eran, creemos, los caracteres más profundos de su vida interior y exterior.

De la pureza y de la santidad divinas tenía una idea tan patente y verdadera, que había noches, según nos contaba, en que le sacaba del sueño, tembloroso, el pensamiento de comparecer ante esa luz sin sombra alguna. *Confige timore tuo carnes meas*. Sabía bien, lo sabía seria y prácticamente, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría. No podía sufrir el desenfado con que algunos se mueven en las cosas de Dios. La divina trascendencia de Aquel que sólo conocemos por analogía, era materia preferida de sus meditaciones.

Siempre que pensaba en los santos, su alma era llevada a considerar las grandes purificaciones padecidas bajo las últimas pruebas interiores, en ese punto en que Dios, retirando todo sentimiento y toda luz, quiere la pura adhesión de la voluntad desnuda. Veía en esas grandes pruebas uno de los signos distintivos de la mística divina<sup>175</sup>. *Noli me tangere*: iba a Jesús con un impulso enteramente inmaterial, no deseando nada que no fuera el mismo Jesús.

Su profunda humildad provenía de esa exquisita pureza de corazón. Solía decir, con enérgico acento: “La sed de honores y dignidades, es un indicio de reprobación”. En su trato con los hombres, ponía la más alerta y delicada reserva, manteniéndose oculto a todo lo que no fuera Dios.

Amaba la verdad con toda su alma. Atendía principalmente a que su visión se conservase pura de toda mancha de error. Tenía amor a la verdad y a la inteligencia, porque de ellas vivía. “La vida cristiana, solía decir, se funda en la inteligencia”. Tenía un gran cariño a Santo Tomás, en quien hallaba, sin cesar, nuevos goces y nuevas maravillas. El vivir la verdad, el practicarla en la doctrina y en la teología, es lo que más admiraba en algunos de sus maestros, y lo que en él también se vio realizado. El centro de su actividad estaba en la contemplación de la verdad. Comentando la frase de San Agustín, *gaudium de veritate*, decía con frecuencia: “Ante todo, Dios es la Verdad; id hacia Él y amadle bajo ese aspecto”.

---

<sup>175</sup> “Las pruebas que con más dificultad comprendemos son aquellas que purifican la fe. Eso viene de que, siéndonos desconocido el precio de la Verdad sobrenatural creemos que lo estimamos lo bastante porque adherimos a ella a través de sombras. Olvidamos que, en razón de su carácter sobrenatural y la infinita dignidad de su objeto, nuestra fe puede siempre crecer en desinterés, en firmeza, en independencia con relación a las cosas humanas. En nuestros días, hay quienes no colocan el motivo formal de la fe donde debieran, es decir, en la autoridad de la Palabra divina, sino en cosas tales como, por ejemplo, las tendencias y las necesidades del corazón. De ese modo, y por mucho que pretendan hacer lugar a la gracia, multiplican los peligros de una aleación de lo sensible en la fe. Por desgracia es probable que los que así rehúyen en sus consideraciones el verdadero motivo formal de la fe, lo hagan precisamente para impedir la mezcla de elementos sensibles. Muy al contrario de lo que ellos suponen, lo que Dios tiene en cuenta es la calidad de nuestra adhesión a la autoridad de su Palabra. Dios mismo viene un día a mortificar con rigor en sus grandes elegidos, todo lo que podría ser molesto a la absoluta pureza de la fe: muchas veces eso ocurre en un instante cuando la muerte se aproxima; en otras ocasiones, ese momento se multiplica en años; y siempre es a trueque de una noche en el alma, y de la ruina de todo humano sostén”. (Fragmento del *Triduum monastique sur la Bienheureuse Jeanne d'Arc*, 1910).

Amaba a la Iglesia con toda su alma. Lo que él pedía a quienes se le acercaban era una plena adhesión al *misterio de la Iglesia*. Entendía que, para eso, la razón y la fe necesitan ser auxiliadas por un vivo afecto de caridad, lo único capaz de enseñar al alma lo que es, en toda verdad, la Esposa de Jesucristo. Según el P. Clérissac la perdición de algunos en el error del modernismo provenía, principalmente, de cierta sequedad de corazón, y cierto frío amor propio, que oscurecían el espíritu ante el misterio de la Iglesia.

Estaba orgulloso de la Iglesia. Amaba su grandeza. No podía sufrir que se atacase a San Gregorio VII o a Bonifacio VIII. Cualquier disminución de los derechos de Dios y de los derechos de la Iglesia, y cualquier cobardía en la reivindicación de esos derechos, le agraviaba profundamente. Siempre he creído que Benson, que le conocía mucho, había trazado el personaje del Papa, en *El Señor del mundo*, pensando en él.

Por lo mismo que amaba a la Iglesia, amaba el estado religioso, y nada había que tomase tan a pecho como la dignidad de ese estado. Rectificando ciertos errores muy difundidos, se complacía en explicar que lo que da a los votos de religión su valor propio, es la intervención de la Iglesia; la cual, al aceptarlos públicamente y consagrar la persona humana a Dios, oficialmente, como un cáliz o un altar, constituye a esa persona en un *estado (status perfectionis acquirendae)* indispensable a la plenitud de vida del Cuerpo místico de Cristo.

Desarrollaba una magnífica doctrina sobre el papel providencial, el carácter esencial y la misión de cada una de las grandes familias religiosas: presentaba a la Orden monástica como archivo y testigo viviente de la antigüedad eclesiástica, dedicada a perpetuar el tipo de la primitiva y perfecta comunidad cristiana, enteramente ordenada a la alabanza de Dios; la Orden de Predicadores con la misión de mantener la Inteligencia cristiana en la luz de la Contemplación y de la Teología; los hijos de San Francisco, encargados de hacer irradiar en la vida cristiana la Pobreza, la Simplicidad, el espíritu y las Virtudes del Evangelio; los Padres de la Compañía de Jesús, enviados para asegurar, adaptándola a las condiciones de vida de los tiempos modernos, la disciplina ascética de la Voluntad cristiana<sup>176</sup>. Y no dejaba nunca de dar gracias a Dios por haberle puesto en la familia de Santo Domingo, a causa del amor que esa Orden tiene a la doctrina, y de su fidelidad a la pura Verdad. ¡Y qué celo tenía porque sus hermanos conservasen íntegra su casta intelectual, como él decía!

No es difícil imaginar lo que debió sufrir en la época que vivimos, un alma como la suya. Sufría en silencio, pero con profundidad e intensidad singulares: sólo en algunos retratos del gran Pío X, me ha parecido encontrar una semejanza de esas tristezas.

Las costumbres de nuestro régimen laico y democrático, no era lo único que le afligía; de las exigencias de la vida sacerdotal se hacía una idea tremenda, a la que no siempre respondía la realidad que en sus andanzas había encontrado por ahí; y el sentimiento de la responsabilidad que incumbe a *la sal de la tierra*, en la historia del mundo, pesaba sobre él de una manera dolorosa. Creía que la disminución de la fe, la desaparición de todo reconocimiento público de los derechos de Dios, y el debilitamiento de la razón en

---

<sup>176</sup> De los Carmelitas, cuyo restablecimiento en Francia había sido comprometido por la aventura del P. Loyson, y entre los cuales aún no se advertían las promesas de reflorecimiento que hoy comprobamos, el P. Clérissac hubiera podido decir que tienen la misión de transmitir a los hombres, las influencias santificantes de la vida eremítica, — *speciosa deserti*— y de enseñar al alma cristiana las vías de la unión mística y de la contemplación. (Cf. *Le Carmel*, par un Carme déchaussé, Lib. de l'Art Catholique, 1922; *La tradition mystique du Carmel*, por el P. Jérôme de la Mère de Dieu, Saint Maximin, 1929). — En cuanto a los Cartujos, que interceden por toda la Iglesia, retirados en lo más alto de la soledad, su misión de puros contemplativos es suficientemente manifiesta. (Cf. la Constitución Apostólica de S. S. Pío XI, 8 de julio de 1924, publicada en Acta del 15 de octubre de 1924).



los tiempos modernos señalaban uno de los más bajos niveles a que el mundo haya podido descender.

La Misa, decía San Vicente Ferrer, es la más alta obra de contemplación<sup>177</sup>. No he asistido nunca, y quizás no asistiré más a misas celebradas con tanta perfección, exactitud, amor puramente recogido, soberana y casi terrible majestad, como aquellas del P. Clérissac, que tuve la dicha de ayudar durante un año. Pronunciaba las palabras de la Consagración de una manera inolvidable, en voz baja, lenta, pero distinta, y con tanta energía en su acento, que parecía traspasar el corazón de Dios. El sacrificio de la misa, para él, era en verdad la consumación de todas las cosas, la Acción por excelencia. Aconsejaba unirse a ella de tal modo, que uno pusiera, por así decirlo, toda su vida en el cáliz del Sacerdote, ofreciéndola con él por los cuatro fines principales de esa oblación de Jesucristo, que cada vez que se renueva cumple la obra de nuestra redención<sup>178</sup>. Solía decir que la comunión es, ante todo, la consecuencia del sacrificio y la unión al sacrificio. Y consideraba un rebajamiento de la verdad, la tendencia de algunos a poner la comunión por encima de la Misa, si puede hablarse de este modo, o a decir que la Misa está solamente para la comunión.

Recitaba el oficio con mucha sencillez, sin ninguna tensión, pero detenidamente, alimentándose con cada una de las palabras. “*O Altitudo! O Bonitas!* La Iglesia, dice<sup>179</sup>, nunca termina de pasar de la una a la otra”, y él hacía como la Iglesia. No trabajaba sin interrumpirse a cada momento para rezar; y cuando se alojaba por algún tiempo en mi casa, desde la habitación contigua le oía recomenzar constantemente el bendito murmullo de sus rezos. Los cantos de la Iglesia le eran caros, como cánticos de la patria en el destierro; y gustaba cantarlos, especialmente el tracto de la Misa de Doctores *Quasi stella matutina*, o el responso *In pace in idipsum*, que, según se cuenta, hacía llorar a Santo Tomás.

Tenía horror por la ostentación de pobreza, pero tenía el espíritu de pobreza en alto grado, y la austeridad de su vida era extrema. Aunque se complacía en contar la anécdota de Santo Tomás enfermo, (según la cual, como alguien le preguntase qué plato comería con apetito, el santo pidió uno de esos *arenques frescos*, que había comido en Francia; y he aquí que por milagro, pues no era posible encontrar en Italia ese producto del norte, abriendo una de las cestas de un vendedor que acertaba a pasar provisto de sardinas, se la encontró llena de arenques frescos) en su terruño se privaba casi siempre de esas hermosas frutas del Mediodía, cuya descripción solía hacer con tan juvenil entusiasmo.

Su conversación era cautivante y llena de vida; se expresaba con gran elocuencia natural y en un lenguaje de clásica pureza. Tenía amor a todo lo hermoso, lo viviente, lo ingenuo. Releía constantemente a Dante, gustaba rodearse de las más bellas reproducciones del Angélico. Pero el *Diálogo* y las *Cartas* de Santa Catalina de Sena, constituían su lectura predilecta. Tenía profunda devoción a esta gran contemplativa que la Iglesia elogia por haber servido al Señor como una abeja diligente, *sicut apis argumentosa*. También era devoto a su Provenza, y sobre todo a la Sainte - Baume, y a los santuarios de Laus y la Salette. Un día en Laus en el momento de dar la comunión, la santa pastora Benoite le había hecho sentir los perfumes de su tumba. A la Salette volvió por última vez en 1912. Siempre hablaba con profunda emoción de las lágrimas que la Santísima

---

<sup>177</sup> *Missa est altius opus contemplationis quod possit esse.* (Serm. Sab. post Dom Oculi).

<sup>178</sup> *Quia quoties hujus hostiae commemoratio celebratur, opus nostrae redemptionis exercetur.* (Dom. IX post Pentec. *Secreta*).

<sup>179</sup> Véase más adelante, cap. V.

Virgen había derramado en aquella montaña, para recordarnos, decía, todas las exigencias de la vida sobrenatural, y movernos a la compunción.

Honraba con alegría a la Santísima Virgen, como Reina de los Espíritus angélicos y Trono de la Sabiduría. Y le alegraba ver que el esplendor de su inteligencia fuera objeto de veneración, según ocurría en la edad media, cuando se la representaba en un pórtico de Chartres, por ejemplo, rodeada de las siete *artes liberales* que adornaban su espíritu. Creía, según me dijo una vez, que la Virgen debió meditar habitualmente — ¡pero con qué profundidad divina! — en las más simples verdades de la fe, en la gran ley de la Cruz, especialmente.

¿Cómo decir la eficacia incomparable de su dirección en la vida espiritual? Bástenos recordar que se inspiraba siempre en sus maestros predilectos: San Pablo y Santo Tomás, y en la antigüedad cristiana. Hay un defecto que él perseguía sin cesar, y es el “espíritu reflejo”, según él decía, el espíritu de auto-inquisición, de preocupación de sí mismo. Tampoco daba tregua al individualismo, considerado como tendencia al predominio de la sensibilidad, o de la actividad exterior. El alma, decía, cuanto más se eleva, es más universal. El camino recto para ir a Dios, consiste en volver los ojos hacia Él, y mirar; mantener los ojos fijos en la verdad divina, y luego, dejar obrar a Dios. Más que los ejercicios ascéticos, estimaba el espíritu de oración y de contemplación, el espíritu de unión con la Iglesia. La escala de que se valía para las ascensiones de su alma, tenía por sostenes, la *doctrina* y la *liturgia*. Las definiciones meramente exteriores que de la liturgia suele hacerse, no eran de su agrado. Consideraba la liturgia como la vida misma de la Iglesia, su vida de Esposa y de Madre, el gran sacramental que hace participar a las almas de todos los estados de Jesucristo. Le parecía absurdo que se estableciera oposición entre la liturgia y la oración privada. Creía, en cambio que, en orden a la contemplación, la *opus Dei* es el medio por excelencia para formar al alma en la oración; y que, por otra parte, en orden a la virtud de religión, la oración privada, de igual manera que el *vigilate semper*, cumple su objeto preparando al alma para cooperar dignamente en esa obra soberana de la Liturgia, por la cual se derrama y distribuye la caridad de la Iglesia. “La participación en la vida hierática de la Iglesia aparece casi como un fin, o al menos como el medio por excelencia, para los estados de oración particulares, puesto que es la verdadera entrada en los estados de Cristo. Pretender simplificar demasiado en tal sentido la disciplina individual de la virtud, sería, sin duda, ilusión temeraria, pero esa tacha aún merecida con justicia, no probaría que toda la vida de la Iglesia tiene por fin el ascetismo individual. Probaría que toda participación en los estados de la Iglesia y de Cristo, supone ciertos resultados ya adquiridos en el orden de las virtudes, y confiere precisamente a la virtud individual su excelencia, la perfección de su eficacia y de su alegría”.

Como quiera que rodeaba a todos los santos en una misma dilección tiernísima, diversificada sin embargo en sus matices y llena de inteligencia, y que no disminuía, antes enriquecía la amorosa delicadeza de las preferencias, el P. Clérissac procuraba ver de qué modo de cada uno de los bienaventurados ha podido decirse: “y no fué hallado semejante a él en guardar la ley del Altísimo”. Si hubiera que formular uno de los grandes temas, — no aseverados, sino más bien propuestos y susceptibles de muchas gradaciones, — en que solía ocupar su pensamiento, yo diría que, en su sentir, la historia de la perfección cristiana tal como se la puede leer en la vida de los santos y en la de las instituciones, dependía, por una parte, de una especie de adecuación providencial con las necesidades del mundo que desciende, y por otra, de las leyes de crecimiento y de progreso orgánico del Cuerpo místico de Cristo. A decir verdad, mayor admiración causaba

en él la grandeza, la sencillez, la espontaneidad divina de los primeros santos, más próximos a la Pasión y a Pentecostés, a la plenitud indivisa de la gran efusión que dio nacimiento a la Iglesia. Prefería el Cristo *pantocrátor* de los bizantinos al crucifijo más dolorosamente humano de la Edad Media. Consideraba que nunca se habría de insistir lo bastante sobre la importancia histórica y la sublimidad de los Padres del desierto. No obstante su amor a Santo Tomás, y gustarle intercalar en la Suma la lectura del Evangelio, se complacía en repetir que la sabiduría de San Pablo, toda arrebatada e inspiración, es más puramente divina que la sabiduría científicamente elaborada de la Suma teológica.

Sabía que la doctrina auténtica de Santa Teresa sobre las vías de la unión con Dios es, en substancia, idéntica a la de los antiguos; sabía que la santa, capaz “de dar su vida por la menor ceremonia de la Iglesia”, era hija de la gran tradición monástica, cuyo espíritu quería resucitar, restaurando la regla del B. Alberto. Si, hablando como “simple mujer”, según suele decirlo ella misma, tuvo que entrar en descripciones psicológicas y análisis que los antiguos descuidaban, es porque su misión providencial consistió en fijar de este modo, en razón de las necesidades de la inteligencia de los tiempos modernos, la mística secular de la Iglesia. Sin embargo, cuando se trataba de caracterizar en su significación general las diversas formas que la espiritualidad adopta, según la condición de las épocas, Clérissac escribía (carta a una oblata de San Benito): “Santa Teresa os ha seducido. Eso es muy natural; y de vez en cuando conviene volver a la noción de *virtud adquirida* y de esfuerzo positivo, traídos por el ejemplo de esos santos de la edad refleja. Dios los ha suscitado, sin duda alguna, para mostrar que todo lo que hay de bueno y verdadero en el individualismo no se substraerá a su Gracia, y que de ella depende. Y también, en parte, por condescendencia hacia los hombres, al ver que ya no les basta la simple vida de la Iglesia; en fin, por un efecto de justicia vindicativa respecto a las infidelidades de las antiguas órdenes, que dejaron languidecer el fuego de sus lámparas”.

“Mas, cuidado no olvidaros de que sois merovingios, de que sois feudales, más aun, primitivos; que debéis llegar a que todo sea en vosotros operación de la Gracia, y a estimar en casi nada los productos de vuestra actividad...”.

Quería que todo lo que concierne a la virtud de obediencia fuese considerado de una manera exclusivamente sobrenatural. La orden o el consejo recibidos de un superior en el dominio de su autoridad legítima, pueden estar visiblemente mal fundados, y ser inoportunos y nocivos para los mismos intereses que deberían servir: no obstante, hay que escucharlos, — siempre que el acto así prescripto no sea pecaminoso, — porque vienen hasta nosotros como mensajeros lisiados del Único a quien obedecemos a través de todas las jerarquías creadas, y porque están sujetos a ese gobierno general y oscuro de la Providencia, que sabe ordenar a un bien mayor los peores achaques humanos.

El P. Clérissac aseguraba que siempre, aun en los casos en que no interviene un precepto expreso, es posible distinguir la pura línea espiritual según la cual se impone a la virtud de obediencia la dirección dispuesta desde lo alto. Agregando que tal asentimiento a la autoridad exige, por otra parte, los más delicados discernimientos, según los grados y especies de subordinación y de mandato; pues corresponde a una viviente y libre docilidad del juicio práctico, no a una ejecución servil y mecánica. Por más adicto que fuera a sus convicciones monárquicas, deploraba, por ejemplo, que los católicos franceses hubieran obedecido tan mal a León XIII: censuraba, en unos, el haberse quedado más acá de lo que una obediencia filial e inteligente exigía, y, en otros, el haber traspasado ese límite. Cuántos ejemplos más hubiera podido dar de semejantes faltas de obediencia, *en espíritu y en verdad*, a los deseos del Papa.

Ofrecía ante todo a Dios esos miramientos de la obediencia, esa discreción, esas reservas, esa castidad del querer. Fué varón de deseos, y parece que Dios se agradó tanto

en el espectáculo de esos deseos puros, que rara vez permitió que se cumpliesen. Hoy comprendo que cuanto menos le fué dado ver la realización inmediata de sus anhelos, tanto mayor fué el alcance de su acción, — hasta el punto de confundirse con esa acción absolutamente misteriosa de *instrumento* de la causalidad divina, que atraviesa el espacio y el tiempo. Todavía me parece oírle hablar de estas cosas, según pasábamos una noche frente a la catedral de Versalles, cuyo hermoso conjunto destacaba su masa obscura sobre el cielo claro. Jacques, me decía, no basta estar seguro de que una obra pueda ser útil a las almas para que nos pongamos a realizarla con toda urgencia. Es preciso que Dios la quiera para un momento dado (llegado el cual, no debe postergarse); y de Dios es el tiempo. Debe pasar primero por el deseo y enriquecerse en él y purificarse, y sólo será divina a ese precio. Y aquel que tenga por misión ejecutarla, quizá no sea quien mejor la haya concebido. Temamos que no se esconda una maldición en el éxito humano demasiado entero y demasiado hermoso. No andemos con más prisa que Dios. Lo que Dios necesita en nosotros, es nuestra sed, nuestro vacío; no nuestra plenitud.

Algunos de los grandes sueños del P. Clérissac han comenzado a realizarse después de su muerte. Alcanzó a ver el anuncio de la cosecha; pero otros, y no él, fueron llamados a trabajar en ella. Mucho rogaba porque la inteligencia y la belleza se convirtiesen a su Señor. Hoy, cuando recuerdo aquellas oraciones y veo tantos indicios de que han sido escuchadas, el hecho de que el P. Clérissac haya sido testigo de la muerte católica de un poeta tan trágicamente representativo como el pobre Oscar Wilde, adquiere para mí un gran valor.

Los últimos sermones del P. Clérissac, en Francia, por lo menos, fueron los de un mes de María predicado en 1914 en Nuestra Señora de Loreto. No puedo describir la impresión de dulzura, de simplicidad, de santidad, de ternura sobrenatural que se desprendía de aquellos sermones. Era aquel un puro esfuerzo del alma para conseguir que el conocimiento y el amor de Dios y de la Santísima Virgen penetrasen en lo más profundo de los corazones.

Es probable que en esos últimos años haya crecido aún más en caridad, en mansedumbre, en recogimiento. Una de las últimas veces que le vi, me dijo que su pensamiento se trasportaba con singular dulzura a sus días de novicio, y que en un religioso era gran equivocación el querer “emanciparse” de las prácticas del noviciado, pues para conservar siempre ante Dios la actitud de la infancia y mantener el alma dispuesta a la oración, había que permanecer fiel a las más humildes de esas prácticas. Y agregaba: “¡Si se supiera qué cosa es orar! ¡La oración verdadera es tan rara! Cuando nos hemos recogido bien, cuando tenemos cierto sentimiento de la presencia de Dios y nuestro ánimo se ve impulsado hacia Él, ya nos parece estar en oración, y aún no hemos ido más allá de sus requisitos previos...”.

Su alma se había colmado como un fruto maduro; era el momento de arrancarla. *Et cum produxerit fructus, statim mittit falcem, quoniam adest messis*<sup>180</sup>.

El P. Clérissac había escrito dos volúmenes que, no obstante su valor, daban una idea incompleta de lo que él era, debido a su excesiva reserva para franquearse: *L'Âme Saine* y *De saint Paul a Jésus-Christ*, y un opúsculo sobre Fra Angélico; más tarde publicó, fuera de venta y en edición de muy pocos ejemplares, un triduo de rica y admirable doctrina sobre Santa Juana de Arco, “Mensajera de la política divina”, como él decía; y, finalmente, un sermón sobre el amor propio en el estudio y en la vida. Muchos monasterios conservan valiosas notas sacadas de sus instrucciones. Un retiro *Pro Domo et Domino*, sobre la Orden de Santo Domingo, predicado en Londres hacia 1904 y publicado

---

<sup>180</sup> Marc. IV, 29.

en 1919 en una traducción italiana, acaba de editarse en francés con el título de *L'Esprit de saint Dominique*.<sup>181</sup> Citaremos aquí una página de ese hermoso libro, donde volvemos a encontrar un eco de las ideas más caras al P. Clérissac. Refiriéndose a la gran doctrina de la elevación del hombre al orden sobrenatural, escribía: “La utilidad práctica de esta doctrina, también se ve en el hecho de que es apenas posible comprender el sentido literal de ciertos textos evangélicos, y completamente imposible alcanzar su sentido interior, si no se tiene en cuenta la distinción de lo natural y de lo sobrenatural. Cuando Nuestro Señor dice que aquellos que le conocen poseen la vida eterna; que nadie va al Padre sino por Él y nadie va a Él si no es conducido por el Padre; cuando exige de sus discípulos renunciamentos tan grandes; cuando maldice al espíritu del mundo; cada vez que habla de la luz, no haciendo, sin embargo, la menor alusión a las ciencias naturales; cuando promete la felicidad a trueque de la persecución y del sacrificio; en fin, cuando se vé que, desde aquellos días, la Iglesia y la influencia del Evangelio han cambiado tan poco el orden natural de las cosas, entonces entramos en contacto con una vida implícita en nuestra vida presente, y que no sólo está agregada a ella, sino que la trasciende de un modo absoluto, como también trasciende todas nuestras esperanzas humanas y todas nuestras aspiraciones humanas. Si quitamos a esas ideas la luz que en ellas proyecta la noción de lo sobrenatural, pierden su fuerza y dejan de estar acordes con el misterio inicial de la Encarnación. Si de la exégesis se elimina lo sobrenatural, los escritos de San Pablo son los de un loco”.

La presente obra contiene el último trabajo del P. Clérissac. Al publicarlo, cumplimos con un deber de piedad, mezclado de tristeza, pues este resumen, muy substancial, pero excesivamente condensado, sobre el *Misterio de la Iglesia*, no pudo ser perfeccionado por su autor, y queda inconcluso. El P. Clérissac tenía la intención de desarrollar ciertas partes y redactar de nuevo el capítulo VII, que trata de *la Misión y el Espíritu*. Murió antes de escribir el último, sobre *las Fiestas del Misterio de la Iglesia*. Más que un tratado, lo que damos a publicidad es, pues, un conjunto de pensamientos y fragmentos. No obstante lo cual, esperamos que en esta alta meditación interrumpida por la muerte, encuentren muchas almas el alimento que apetecen.

Jacques Maritain

---

<sup>181</sup> *L'Esprit de Saint Dominique*, trad. del inglés por René Salomé, editado por *La Vie Spirituelle*, Saint - Maximin, (Var), 1924.

